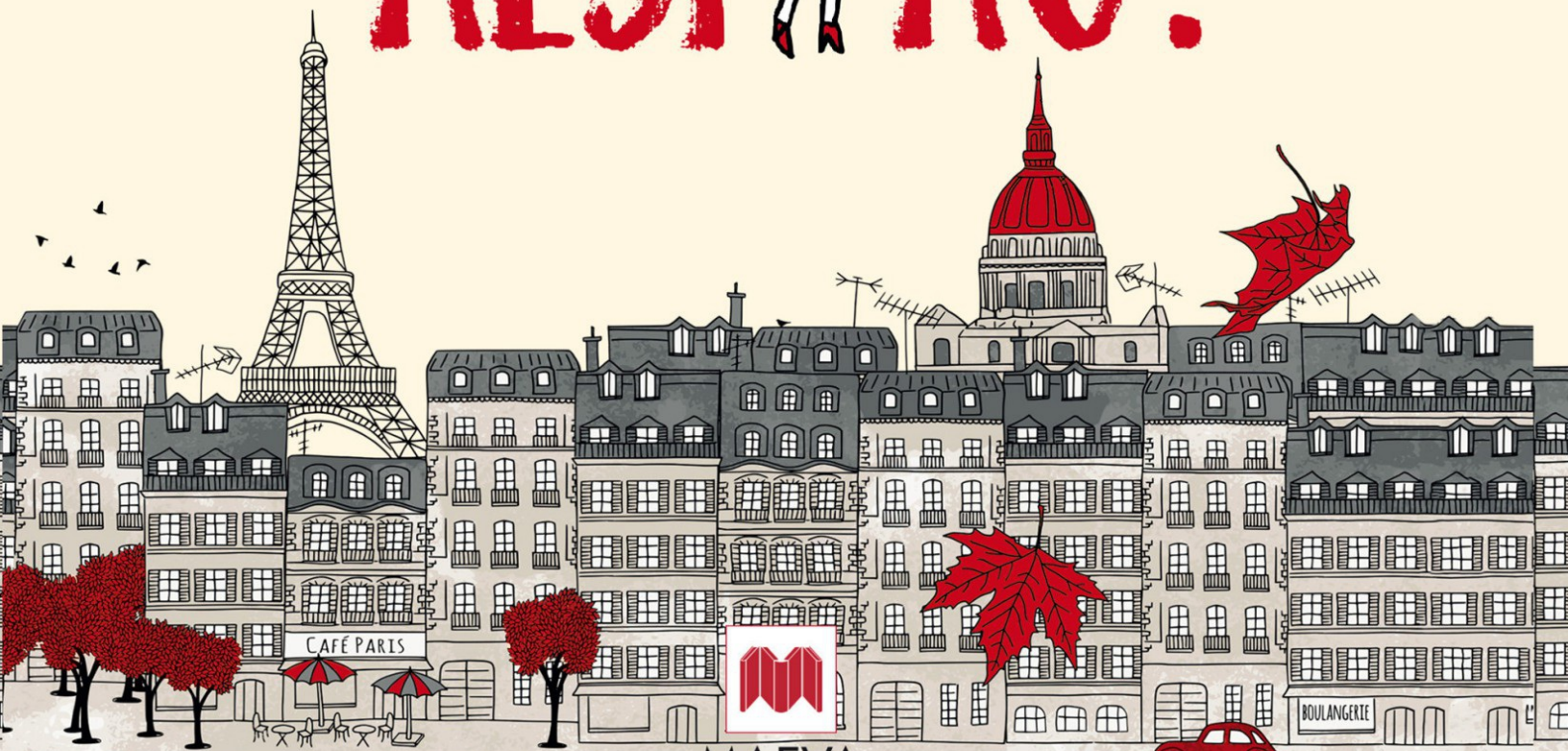




il DAME UN

AURÉLIE VALOGNES

RESPRO!



MAEVA

¡DAME UN AURÉLIE VALOGNES RESPIRO!

Traducción:
ROSA ALAPONT



Índice

Portada

Dedicatoria

1. *¡Y feliz año, por supuesto!*
2. *Como una pasa*
3. *¡La vida es una dura lucha!*
4. *¡Me importa un rábano!*
5. *La guinda del pastel*
6. *¡No puedo, tengo piscina!*
7. *Nadie te ha dado vela en este entierro*
8. *Como pez fuera del agua*
9. *Me rindo*
10. *¡Se las sabe todas!*
11. *¡Para matarla!*
12. *Como buscar una aguja en un pajar*
13. *¡Vaya con el chucho!*
14. *¿Y tu hermana qué?*
15. *¿Te lo puedes creer?*
16. *Una cena casi perfecta*
17. *De tal palo, tal astilla*
18. *Creced y multiplicaos (decían)*
19. *Confundir churras con merinas*
20. *¡Andando, que es gerundio!*
21. *Pisotear los propios sueños antes de cultivar la felicidad*
22. *A palabras necias, oídos sordos*
23. *A grandes males, grandes remedios*
24. *¡Me hierva la sangre!*
25. *¡Eh, toro!*
26. *Rendirse a la evidencia*
27. *¡Arriba ese ánimo!*
28. *¡A tu salud!*
29. *No me vengas con cuentos*
30. *Renovarse o morir*

31. *¡Gracias!*
32. *¡El tiempo se agota!*
33. *A quien no madruga...*
34. *¡Dímelo a mí!*
35. *El coach de surf*
36. *¡Así son las cosas!*
37. *Doña Pija*
38. *Una pastelería de ensueño*
39. *¡No me des más la brasa!*
40. *Quien no arriesga, no gana*
41. *Si te preguntan, ¡di que no sabes nada!*
42. *Perder de vista lo esencial*
43. *Como dos gotas de agua*
44. *Pensar antes de hablar*
45. *¡Esas confianzas!*
46. *¡A la mesa!*
47. *Un plato que se come frío*
48. *¡Pórtate bien!*
49. *El infierno son los otros*
50. *¡Un golpe así puede matarte!*
51. *Tres cuartos de lo mismo*
52. *La venganza es un plato que se sirve frío*
53. *No ser bien recibido*
54. *¡Dame un respiro!*
55. *Guardián entre el centeno*
56. *Corazón de melón*
57. *Y luego Colette...*
58. *Cierto aire de familia*
59. *Todos tenemos nuestra media naranja*
60. *Antojo de chocolate*
61. *El renacuajo*
62. *Lo mejor está por llegar*
63. *Érase una vez*
64. *Y vivieron felices*

Y para terminar...

Créditos

A Françoise y su asociación de Savigny le Temple.

A todos los clubes de lectura que luchan contra el analfabetismo y comparten su pasión por la lectura.

A Fatima Zohra, Karima, Thakun, Jabin, Amara, Thanushka, Maria de Fatims, Marie y Waliya, porque tras «el primer libro de su vida», ¡vendrán otros miles!

Y a todos aquellos para quienes Mémé, Simone o Papillon haya sido el primero.

¡Y feliz año, por supuesto!

Rose detestaba las cenas de Nochevieja. Sobre todo cuando las pasaba sola. Para levantar el ánimo, al final de la famosa cuenta atrás de medianoche, cargada de promesas, echó mano del móvil, con la esperanza de encontrar un mensaje de texto de su hijo. Nada. Se dirigió a la ventana, desde donde le habría gustado divisar su silueta a lo lejos. Sin embargo, no tenía a nadie a la vista, solo el gato negro de la vecina, que eligió justo aquel momento para cruzar.

¡Lo que faltaba!

Para conjurar el mal de ojo, agarró la revista de la tele, con el fin de consultar su horóscopo: lo menos que cabía decir era que el próximo año ¡Júpiter la hundía en la miseria! Para las Virgo, las previsiones eran menos entusiásticas que las de años anteriores: era el año del cambio, pero en amor, *niet! Nothing!* Una vez más.

A este paso, ¡más me valdría meterme monja!

A la hora de los buenos propósitos, cuando se desentierra el 1 de enero para volver a enterrarlo casi de inmediato, Rose acababa de tomar una decisión importante mientras bajaba a la basura los cadáveres de platos precocinados de sus últimas cenas. Se daba doce meses para recuperar las riendas de su vida. Familia, dinero, amor y trabajo: todo iría mejor. Bastaba con poner buena voluntad.

Propósito n.º 1: Ser positiva y no volver a creer en presagios, buenos o malos

Como mucha gente nacida bajo el signo de Virgo, Rose era una persona que vivía angustiada, que imaginaba siempre lo peor; el tipo de persona que para las vacaciones prevé un botiquín mayor que la maleta, con el fin de paliar

cualquier catástrofe, que forzosamente acabaría por ocurrirle: quemadura, medusa, piojos, tortícolis, conjuntivitis, esguince, picadura de avispa... Coleccionaba comprimidos para todos los males posibles: dolor de cabeza, de garganta, de espalda, de vientre, de regla y problemas de tránsito intestinal. Si sufría la menor insolación, obviamente pensaba: ¡Ya decía yo que algo acabaría pasando! ¡Siempre tiene que tocarme a mí!

La joven, que tenía escasa confianza en su propio criterio, dejaba la mayoría de sus grandes decisiones en manos del azar. Lamentablemente, cuando tiraba a cara o cruz, siempre elegía el lado malo.

Propósito n.º 2: Autoafirmación

Siempre se mostraba demasiado discreta y acababan por olvidarla. En lo sucesivo debía evitar de una vez por todas que le impusieran decisiones que no eran las suyas, aunque tuviera que violentarse y decir –por fin– lo que tenía en mente. Su hijo no volvería a dictarle su ley, creyéndose el único adulto de la casa; su hermana mayor tendría que dejar de apoyarse solamente en ella para volver al buen camino; su jefe dejaría de considerarla a su entera disposición.

Tendría que empezar a remontar la pendiente, y eso que se le hacía cuesta arriba.

Propósito n.º 3: Acostarme pronto

Debido a su trabajo, Rose se levantaba invariablemente a las 5:30, pero no conseguía irse a la cama antes de pasada la medianoche. Como resultado, el cansancio se le leía en el rostro, lo que no era seductor precisamente. Tenía que cuidarse, y para ello debía empezar por llevar unas costumbres más saludables.

Arrebujada en la cama, Rose no lograba soltar el móvil: seguía esperando un SMS de su hijo. Aparte de su hermana, postrada en la cama con gripe y que se había visto obligada a anular la cena, nadie le había deseado feliz año nuevo.

Se está pasando tres pueblos.

Su hijo, Baptiste, tenía permiso excepcional para volver tarde, pero podría

haberle enviado un mensaje, al menos para tranquilizarla. Rose era consciente de que ya no ocupaba el primer lugar en su corazón, y desde hacía tiempo, además. Tanto daba. ¡El año próximo se acabaría la angustia! ¡Y la soledad! ¡Y el insomnio!

¡¡¡Las 3:45!!! ¿Ya?

Como una pasa

A la semana siguiente, tras una interminable jornada de trabajo, Rose regresaba en uno de los últimos trenes de cercanías de la línea A, en dirección a la estación de Noisy-le-Grand. Empapada y agotada pero contenta de estar llegando a casa.

Con su empleo de niñera en París, a menudo se veía obligada a trabajar largas jornadas, que podían empezar a las siete y media de la mañana y no acabar hasta las nueve y media de la noche. En ocasiones su odisea entre metro y tren se prolongaba, como esa noche, en la que el maldito accidente de un viajero acababa de complicar la cosa.

¿No podía haber elegido otro momento?! Ay, perdón, lo que acabo de decir es horrible... Me corrijo. ¡Pooobree!

Entre la estación del tren y su edificio, las calles se hallaban desiertas. Tan solo un trabajador nocturno que ya empezaba a descolgar los adornos de Navidad. Únicamente se había cruzado con abetos abandonados en la acera, a los que no había tenido el valor de confesar el destino que les esperaba. Ya le estaban arrebatando los únicos regocijos que una vez al año animaban su trayecto por la noche y por la mañana, mientras que, sin la menor duda, como todos los años, las radios le torturarían los oídos hasta febrero, con las alegres canciones de George Michael y de Mariah Carey, que hacían que le entraran ganas de estrangular al primero que se cruzase en su camino.

¡Positividad, no lo olvides!

Estaba decidido: ese fin de semana iría al cine con su hijo.

Concederse un pequeño placer de vez en cuando no podía hacer ningún daño a su cuenta bancaria.

Podrían ver la última de Tarantino. Baptiste llevaba semanas hablándole de ella y, según el cartel que había visto en el metro, la película acababa de estrenarse.

La puerta del piso estaba cerrada con doble vuelta de llave. No era habitual que su hijo se encerrase dentro. Rose entró en el pequeño apartamento de dos habitaciones y se dirigió de inmediato a la de Baptiste. Vacía. En el salón no había ninguna nota. Y eran más de las once de la noche... Solo su bol del desayuno seguía reinando en la mesita de centro, junto a la revista abierta por la página del horóscopo. También su hijo debía de haber comprobado lo que los astros le tenían reservado. Leyó las escasas líneas que le concernían: para la Virgo iba a ser una excelente semana. No había reparado en ello.

Guardó el dinero de las horas extra en la caja secreta, escondida entre sus calcetines. Como siempre, lo reservaba para las vacaciones de verano. Ese año tenía prevista una bonita sorpresa: unos días en Londres con Baptiste. Se lo merecía. Se había aplicado en sus estudios de hostelería, se había mostrado profesional, maduro, y estaba casi seguro de que lo contratarían después de las prácticas. Se sentía orgullosa de él, y también de sí misma: aquel éxito era en parte un poco suyo. Había sabido darle una buena educación, severa pero justa. Al contrario que muchos de sus compañeros de clase, Baptiste no se había descarriado. Un buen chico, algo rebelde a veces, ciertamente, pero tampoco era raro a su edad.

Veinte minutos más tarde seguía sin aparecer. Rose refunfuñó. Oír su propia voz recalcando explicaciones probables para la ausencia de su hijo la tranquilizaba.

No pasa nada. Está bien. Se ha olvidado de avisar, son cosas que ocurren. Ahora que es mayor de edad, ¡cree que puede hacer lo que le dé la gana!

Agarró el móvil. Ninguna respuesta a su último mensaje de texto. Llamó y de inmediato saltó el contestador. Las once y media.

Pero ¿dónde podía estar a semejante hora?

A veces acababa las clases de hostelería pasadas las nueve de la noche, pero siempre la avisaba. Si le había ocurrido algo, jamás lo superaría. Él era toda su vida.

¿Por qué no ha dicho nada? A menos que se haya quedado sin batería...

Buscó frenéticamente en su lista de contactos los números de teléfono de los amigos de Baptiste. Freddy, Thierry, Willy. Y... Jessica.

¡Ella otra vez, me apuesto lo que quieras!

En el fondo, Rose esperaba que no estuviera con *ella*. Desde que la frecuentaba, Baptiste había cambiado mucho. Y no para mejor. Cada vez salía más el fin de semana, prefería pasar todo el tiempo con Jessica en lugar de

reparar. No se quitaba su nombre de la boca ni cuando estaba en casa.

Con su madre las cosas estaban tensas, discutían constantemente. Antes de eso jamás se había mostrado insolente. Ahora bien, Baptiste estaba avisado: ni siquiera con 18 años podía pasar toda la noche en casa de su novia. No mientras viviera bajo su techo. Rose solo esperaba una cosa, que su hijo pasara a la siguiente. ¡Aquella «nuera» no le entraba!

La joven madre soltera seguía echando chispas. El hambre había dado paso a la angustia. No pensaba cenar. Recogió el bol que su hijo había dejado tirado y lo fregó enérgicamente. Los cereales se habían pegado a las paredes y tuvo que frotar más de lo necesario. El recipiente acusaba su preocupación. Estuvo a punto de rajarse cuando lo depositó en el estante de la cocina. Maquinalmente, puso la mesa para su propio desayuno: un bol y, al lado, una cuchara sopera y una naranja. Al levantarse por la mañana, tan temprano, le gustaba tener la sensación de que alguien había pensado en ella.

A la espera de que su coinquilino reapareciese, Rose se refugió en la cama. Agarró el peluche que ocupaba el lugar de honor entre las almohadas. Un conejito que Baptiste le había regalado diez años atrás para el Día de la Madre. En el vientre de Conejín estaba bordado «Para mi querida mamá, a la que tanto quiero». Un poco irónico viniendo de alguien que nunca la había llamado «mamá». Ni siquiera podía reprochárselo, era culpa suya.

A veces, en calidad de progenitor, uno improvisa (a menudo, de hecho), y olvida que una acción irreflexiva, tomada en un instante, puede tener consecuencias permanentes.

Rose recordaba perfectamente aquel día. En sus comienzos como niñera, cuando cuidaba de su hijo además de otros niños (cosa que en la actualidad ya no se permite), le había pedido que no la llamara «mamá» delante de sus amiguitos para no dar la impresión de que era un privilegiado.

Una decisión tomada al vuelo para una sentencia ineludible: nadie había vuelto a llamarla nunca «mamá». Excepto aquel conejo, que mantenía a su lado para momentos difíciles, cuando estaba harta de fingir que era la más fuerte. Un peluche para compartir su soledad. Un muñeco favorito para la mamá soltera.

Rose estaba en el cuarto de baño, desmaquillándose, cuando oyó el ruido de la llave en la cerradura. ¡Baptiste! Aunque la angustia hubiera dado paso al alivio, no pudo por menos que soltar con voz aguda:

—¿Se puede saber dónde estabas? ¡Hace tres horas que deberías haber

vuelto a casa!

–Hola. Estaba en casa de Jessica.

–Dijimos que entre semana no. Mañana empiezas a las ocho y una vez más me dirás que estás demasiado cansado para ir a clase.

–Que no, mujer, no estaré cansado.

–¿Por qué no me has avisado? ¡Estaba muerta de preocupación!

–¡Ya vale! No tienes por qué hacer un drama. ¡Sencillamente, me quedé sin batería!

–¿Y Jessica no tiene teléfono?

–Déjalo ya. Tengo demasiada hambre. No nos ha dado tiempo a cenar. ¿Hay algo en la nevera?

–Puedo prepararte algo si quieres...

–Mientras me lo pienso, ¿puedes darme algo de dinero para la comida de mañana? Ya no me queda nada.

Rose suspiró. De nuevo tuvo la desagradable sensación de haberse convertido en un verdadero cajero automático. Vaciló: la disyuntiva era empezar una enésima pelea con su hijo al respecto o ceder y aprovechar un poco los escasos minutos juntos. Los únicos de aquel día.

Le tendió cinco euros.

–Gracias... ¿Puedes darme un poco más? Me gustaría mucho llevar a Jessica al cine este fin de semana a ver la última de Tarantino.

¿Y qué más? ¿No quieres un billete de cien y una chocolatina, ya puestos?

–¿No crees que te pasas un poco? ¿Qué haces con el dinero de tus prácticas? ¡Responsabilízate un poco, Baptiste!

–A ver si nos aclaramos: ¿soy demasiado mayor para pedirte la paga semanal o demasiado joven para dormir en casa de mi novia?

–Pues sí, ¡la vida es injusta! Además, este fin de semana me apetecía pasar algo de tiempo contigo. Ya casi no nos vemos.

–A propósito, Rose, tengo algo que decirte.

–No me gusta nada cuando pones esa voz. Me estás asustando, Baptiste.

–Siéntate, por favor.

–Te lo advierto, ni hablar de abandonar los estudios. ¡Esta vez irás hasta el final!

–No, no te preocupes, no es eso...

–Entonces, ¿qué? ¿Qué es lo que pasa?

–Jessica y yo hemos decidido vivir juntos, voy a instalarme en su casa.

¡La vida es una dura lucha!

Rose se había desmayado. Por segunda vez en menos de veinticuatro horas. Estaba sentada en el sofá de sus empleadores y había empezado a ver doble. Sus pensamientos eran confusos.

Recordaba no haber pegado ojo en toda la noche tras la dura noticia que le había soltado su hijo la víspera.

Había dado vueltas y más vueltas en la cama, tratando de comprender. Se había torturado la mente hasta ver despuntar el amanecer a través de la ventana de su habitación. Ingenuamente, Rose había creído que los conflictos con Baptiste acabarían por llegar a su fin. Al igual que su obsesión por la maldita Jessica. Tenía la impresión de haber pasado algo por alto. ¿Tal vez había sido demasiado dura con él los últimos tiempos? ¿No le había prestado la suficiente atención? ¿Qué clase de madre pone en fuga a su hijo? De nuevo recuperaba su peor defecto: culpabilizarse.

Luego volvía a verse en el primer tren de la mañana, intentando encajar la noticia, entre los trabajadores del turno de noche que volvían a casa para acostarse. Ella se dirigía a casa de los padres del pequeño León para relevar a la madre, que se iba muy temprano a trabajar.

Recordaba haber aceptado el ofrecimiento –nada habitual– de tomarse un café con la mujer. De hecho, le había sorprendido. Aunque mantenía relaciones muy cordiales con su patrona, esta no era de las que preguntaban cómo le iban las cosas. No había nada personal en su relación. Solo se cruzaban deprisa y corriendo, y su conversación se reducía a comentar las deposiciones de León, su resistencia a probar la verdura o los dientes que empezaban a salirle. En un primer momento, Rose se dijo que, por una vez, la mamá del pequeño León le había prestado atención, que había percibido su trastorno interior y había decidido que era el momento de tener una charla de mujer a mujer, de madre a madre. Un simple intercambio humano y

benevolente que iría más allá de la relación entre jefa y empleada.

Rose, un tanto turbada por aquella circunstancia nada habitual, había confesado su intenso apego al precioso bebé de un año, que se había convertido en el sol de sus días, sobre todo en los últimos tiempos... ¡Y de repente todo le volvió! Como una bofetada.

Esto es una pesadilla. No es posible. Mi tesoro no. No después del terrible año que acabo de pasar. ¿Por qué me abandonan todos? Primero papá, luego Baptiste y ahora Léon.

–Rose, ¿va todo bien? Le decía que se trata de una increíble oportunidad para nosotros. Mi marido se irá el mes que viene. Léon y yo nos reuniremos con él dentro de unas semanas. Lo justo para sacar el pasaporte al pequeño y acabar de embalarlo todo. ¡Cuántos cambios! Estamos muy emocionados. Lo hemos decidido a toda prisa...

¡Sí, claro! ¡Como si abandonarlo todo para largarse al otro extremo del mundo con un bebé pudiera improvisarse!

–Por supuesto, la vamos a echar muchísimo de menos, sobre todo Léon. Ya he redactado su carta de recomendación. En el barrio, una perla como usted no tendrá ningún problema en encontrar una nueva familia. ¡Estoy convencida!

Sí, encontrar empleo es un juego de niños, tres millones y medio de parados pueden confirmarlo.

–Me alegro por ustedes, aunque me pone un poco triste dejar a Léon. Es muy amable lo de la carta. De hecho, si conoce a alguien que pueda estar interesado en mis servicios, le ruego que le dé mi número. También hago limpieza por horas en fines de semana. Si se entera de cualquier cosa, estoy dispuesta.

–Vale, tendré los oídos bien abiertos. Bueno, me largo, Rose. Nos vemos esta noche. Una vez más, volveré tarde. ¡Es una semana terrible y no se acaba nunca!

¡A mí me lo vas a decir!

¡Me importa un rábano!

En la penumbra del cuarto de Léon, Rose recogió el librito tirado por el suelo. *La Cenicienta*. Los ronquidos del chiquillo eran regulares y profundos. No despertaría en un buen rato.

Mientras colocaba en su sitio el volumen, se detuvo en las líneas finales: «Se casaron, vivieron felices y tuvieron muchos hijos». Hasta aquel cuento le prometía que todo acabaría bien. Bien es cierto que entre el «Érase una vez» y aquella última frase Cenicienta había pasado por muchas adversidades. Algunas coincidían con las suyas. Perder a su madre muy joven, ocuparse sola de la casa, limpiar, cuidar de los demás. Solo le faltaba el hada buena.

¡Me pregunto dónde se habrá metido esa tipa!

No por eso Rose iba a ceder a la tentación de quejarse, tenía la suerte de contar con Lili. Una hermana mayor estupenda, una verdadera amiga. Su única amiga, en realidad. Se llamaban casi todos los días para hablar de nimiedades. Y reservaban los viernes por la noche para verse, las dos solas. Su pequeña porción de felicidad familiar. Se empeñaban en mantener el ritual desde la desaparición de su padre. Lili era la única familia que le quedaba.

¡Como dos cotorras inseparables!

Al principio Rose no había reaccionado mal cuando su hermana le comunicó la «noticia»: a finales de año Lili iba a mudarse a la otra punta de Francia. La habían ascendido en el bufete de abogados para hacerse cargo de la sucursal marsellesa. Era la recompensa tras años de esfuerzos y sacrificios. Su hermana se había entregado en cuerpo y alma a su trabajo y por fin cosechaba los frutos. Lo habían festejado juntas, y era reconfortante tener por fin algo que celebrar después de los duros momentos por los que habían pasado.

No obstante, finalmente Rose había tomado conciencia de que su hermana iba a marcharse lejos. Lo cual no había ocurrido jamás. Ahora que todo se

derrumbaba a su alrededor, veía claro que sin Lili a su lado se sentía incapaz de afrontar la vida. Iba a tener que aprender a vivir sin su compinche.

Le vino a la cabeza una frase de su padre: «No hay que poner todos los huevos en el mismo cesto».

Rose no tenía amigos y rara vez se hallaba rodeada de adultos. No veía muy profesional el hecho de parlotear en el parque con las demás niñeras del barrio, ni pararse a tomar un café, aunque el chiquitín estuviera durmiendo en el cochecito. Siempre anteponeía a los niños a todo lo demás. Incluso a su felicidad o sus propios deseos.

Besó al pequeño durmiente en la cabecita y salió sigilosa de la habitación. Acababa de sentarse en el sofá, cuando de pronto su móvil empezó a vibrar. Lili.

Hablando del rey de Roma...

La niñera, que nunca contestaba a las llamadas personales durante sus horas de trabajo, se lo pensó mejor al recordar que sin duda su hermana la telefoneaba en respuesta a su SMS de la mañana sobre Baptiste y el pequeño León. Como siempre, la charla arrancó con pasión, sin preámbulos, como si prosiguieran una conversación iniciada pocos minutos antes:

–¡Algún día tenía que pasar! ¡Ya no es un bebé!

–No me vengas con esas, Lili, no es en absoluto lo que necesito oír. Tienes que hablar con él. Ya te dije que esa chica era una mala influencia.

–Tu Baptiste ya es todo un hombre. ¡Tiene dieciocho años, por Dios! ¡No puedes seguir sobreprotegiéndolo así! Además, no dramatices tanto. Quizá solo necesite un poco de independencia...

–¡Pero si es independiente! ¡Seguro que hasta le hacen un contrato indefinido después de las prácticas!

–¡Sabes muy bien que no es esa la cuestión! A sus dieciocho años ¡ni siquiera puede dormir fuera de casa! ¡Necesita espacio!

–¡Ahora me dirás que lo estoy asfixiando!

–Tampoco he dicho eso... Anda, no te preocupes tanto. Después de todo no está tan mal que lo dejes instalarse en casa de su Jessica; tal vez sea la mejor manera de conseguir que vuelva...

–¿A qué te refieres?

–¡Pues a que tiene dieciocho años, te digo! Al cabo de un mes juntos las veinticuatro horas del día, ella no lo soportará y Baptiste volverá con el rabo entre las piernas a casa de mamá, ¡y si no, al tiempo!

–¿Un mes? ¡Eso es mucho! ¡No aguantaré tanto!

La guinda del pastel

Las canciones de George Michael y de Mariah Carey acabaron por saturar las emisoras de radio hacia finales de febrero.

Baptiste se había ido. Fue la mudanza más discreta de todos los tiempos. Día tras día, mientras Rose estaba en el trabajo, transportaba su ropa en una bolsa de deporte que se llevaba llena por la mañana y traía vacía por la tarde. Había decidido llevarse solo lo necesario para instalarse en casa de Jessica. No quería cargar con reliquias o con recuerdos del colegio. En lo sucesivo, estaba decidido a construir su vida de hombre.

A lo largo de todo ese período, Rose no se atrevió a abordar el asunto. Huía de los conflictos. Solo hablaban de trivialidades, de sus horarios, de la lluvia y del buen tiempo. Se daba perfecta cuenta de que Baptiste estaba nervioso. Evitaba cenar al mismo tiempo que ella para no tener que afrontar las falsas cortesías que ambos intercambiaban desde hacía varios días.

Todo había sido tan sutil, tan progresivo que Rose incluso acariciaba en secreto la esperanza de que hubiera cambiado de idea.

Después de todo, a esa edad uno lo que busca es provocar. Tal vez aquello no fuese sino una manera de decir a su madre que quería ser libre, pero no pensaba abandonarla definitivamente. ¿Y si Baptiste se estaba marcando un farol?

Si tal era el caso, su hijo sería un jugador de póquer extraordinario.

Esa noche, cuando Rose volvió, reinaba un extraño silencio.

Se decidió a empujar la puerta del dormitorio de su hijo, aunque llevara meses sin tener acceso a ese cuarto. Baptiste ya no soportaba las intrusiones en su intimidad, ni siquiera para hacer la limpieza. Y Rose se había resignado a ello. Así pues, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se atrevió a entrar en la habitación. Estaba vacía.

¡No puedo, tengo piscina!

Al día siguiente era el gran viaje del pequeño León. Las últimas semanas con el chiquitín habían transcurrido a la velocidad de la luz. Rose era la que más se había emocionado. El chiquillo no comprendía por qué todo el mundo tenía lágrimas en los ojos. Él quería su cocodrilo. Le había correspondido el besito habitual en el umbral de la puerta, en el recibidor ese día abarrotado de cajas de cartón, y esa misma puerta se había cerrado definitivamente detrás de Rose.

La joven ya había pasado por todo aquello con anterioridad. Aquel apego profundo a pequeños seres en ciernes, que ineludiblemente acababan por ir a vivir su vida a otra parte, sin ella. Había intentado no encariñarse con ellos, pero todas las veces, al descubrir su fragilidad y su inocencia, volvía a caer en la trampa y les entregaba todo su amor, sin reservas, como si fueran sus propios hijos.

Era consciente de que habría hecho mejor en ahorrarse sentimientos, en no implicarse, en guardar las distancias. Sin embargo, ¿cómo resistirse a un cuerpecito cálido contra su corazón o a su olor a leche? ¿Vivir consiste en aguantarse las ganas de dar, de emocionarse, de reír? Rose había preferido permitirse pese a todo querer sinceramente, aunque supiera que sufriría una nueva separación, que era muy poca cosa para aquellas familias y que no pensarían en ella cuando decidieran largarse a donde el destino los llevara.

De manera que se limitaba a decir «Enhorabuena» y apretar los dientes. ¡Qué más daba si se le encogía el corazón! Era lo mismo que sentía cada vez que pensaba en su primer amor. La primera herida del alma. Imborrable.

Tenía ante sí una nueva separación. Debía ser fuerte a toda costa y, sobre

todo, no perder la moral. Tenía que ver el lado positivo, como solía recordarle su padre. ¡Ver la oportunidad de llenar el vaso hasta el borde!

Aunque pasaran de las seis de la tarde, la jornada de Rose distaba de haber acabado. Todavía le quedaban dos horas de limpieza en casa de los vecinos de enfrente. Una pareja de simpáticos septuagenarios que al día siguiente recibían a unos familiares. Siempre se habían mostrado respetuosos con ella, lo que no podía decirse de todo el mundo, y disfrutaba echándoles una manita de vez en cuando.

Sacó de su enorme bolso una ropa más cómoda, se calzó las chanclas y puso música para escuchar en los auriculares. Frotó, sacudió y abrigó. Recogió lo que estaba fuera de su sitio. Como si su vida dependiera de ello. Desempolvó su propia existencia hasta que oliera a limpio. El rico olor a flor de algodón del limpiador de suelos, el aroma del detergente para manos sensibles dejado en cada plato. Un nidito acogedor. Impecable. Mejor que en su propia casa.

En las casas ajenas, se aseguraba de que la cama estuviera perfectamente hecha. Las sábanas limpias. Las habitaciones aireadas con las ventanas de par en par. Las almohadas bien mullidas, las pantuflas junto a la cabecera tras calentarlas bajo el radiador. Los productos de belleza alineados con esmero. Frotados con un paño. Los calcetines limpios emparejados, la ropa interior doblada, la ropa de hogar planchada. Lo que siempre había hecho para su hijo. Rara vez para ella misma.

Mientras quitaba el polvo, no podía por menos que dotar de vida la casa. Enderezaba los marcos de fotos y recreaba sobre el aparador familias sonrientes. Ordenaba los libros y dejaba expuestos los que, según ella, correspondían a los habitantes de la vivienda. Reunía las tarjetas postales y, por un momento, viajaba de un destino a otro, dando su primera vuelta al mundo. Ella que nunca había cogido un avión. La India, Corea, Japón, Italia...

Aunque hacer la limpieza no fuera su vocación, se aplicaba a realizar su trabajo lo mejor posible. Más que un hada del hogar, pretendía ser una especie de hada buena. La que se esforzaba por hacer más agradable y dulce la vida de los demás. A sus ojos, un hogar limpio y acogedor constituía el principio de la felicidad. Rose tenía un alma romántica, conseguía dotar de poesía la limpieza e imaginaba que sustituía las motas de polvo por unos gramos de amor.

Disfrutaba proporcionando la sensación nostálgica que se experimenta cuando uno vuelve a la casa donde ha crecido. Ante todo un aroma familiar. La

dicha sencilla de constatar que cada cosa sigue en su sitio. Como puntos de referencia estables, testigos de un amor invariable. Y luego la de reparar en los pequeños cambios, las nuevas fotos, los detalles que demuestran que la vida ha continuado su curso, aunque ya no haya niños en la casa. De hecho, cuando cerró la puerta a su espalda, Rose había dejado las cosas mucho mejor todavía de lo que lo habría hecho en su propio hogar.

¡Y su cactus pelado podía dar fe de ello!

En el portal, con las bolsas de basura en la mano, se vio abordada por una señora elegante de unos cincuenta años a la que no había visto nunca. En cambio, esta parecía saber más sobre ella, dada la pregunta que le soltó a bocajarro:

–¿Es usted quien se ocupa de León?

–Pues sí. Buenos días, señora. Soy yo, ¿por qué?

–Tengo un trabajo para usted. Está muy bien pagado. Y como he creído entender que tras la marcha de mi vecina sin duda iba a encontrarse compuesta y sin novio...

Esta mujer no sabe lo que es la delicadeza.

–Pásese el lunes a las seis de la tarde por el cuarto piso. Me llamo Véronique Lupin –dijo tendiéndole una tarjeta de visita en la que había garabateadas unas palabras que Rose fue absolutamente incapaz de descifrar.

Pese a que de entrada le había causado una mala impresión, no pudo evitar sentirse admirada. Las personas que emanaban tanta seguridad en sí mismas siempre le producían ese efecto. En el fondo, en ocasiones le habría gustado permitírselo. No tener que disculparse por existir. Aquella mujer hacía gala de tal autoconfianza que se habría dicho que acababa de descubrir la vacuna contra el sida. Rose se guardó el trozo de cartulina en el bolso y, en presencia del muy probable futuro premio Nobel de Medicina, declinó cortésmente la oferta:

–Es muy amable por su parte, señora Lupin. Sin embargo, lo lamento pero antes querría resolver algunas cuestiones familiares... Además, trabajo para otras personas aparte de la madre de León, con las que debería...

–Hasta el lunes, entonces.

Sin darse cuenta siquiera, Rose respondió:

–Vale..., sí..., hasta el lunes.

Nadie te ha dado vela en este entierro

Arrebujada en la cama, frente a la mirada vacía de Conejín, quien como es de esperar no tenía respuesta a sus numerosas dudas existenciales, Rose intentó llamar a su hermana, que desde la partida de Baptiste no había estado localizable. En cuanto a su hijo, se había limitado a enviarle un lacónico SMS. Lili contestó por fin y, sin preámbulos, la conversación se embolsó de inmediato:

–Estoy tocando fondo. ¿Qué puedo hacer para arreglar las cosas con Baptiste? Tengo miedo de que no vuelva. No contesta a ninguno de mis mensajes desde que se marchó a casa de Jessica.

–¡Las cosas siempre acaban por arreglarse! Eres tú quien me lo repite continuamente. ¡Te creía más optimista!

–Tengo un mal presentimiento...

–¡Oh, no, te lo ruego, no empieces otra vez con la superstición!

–Me siento sola. Y no consigo dormir. ¡Funciono en modo metro, curro y Trankimazin!

–Mejor prueba con la valeriana, ¡es inofensiva! Tienes que cambiar de aires, Rose. Debes pensar en ti. Y Baptiste ha de entender que no puedes ser su madre solamente cuando a él se le antoje. ¿Has empezado a buscar trabajo?

–Pues no, todavía no... Está esa mujer extraña que me propuso algo de un trabajo, pero no entendí bien qué era. Creo que la madre de León le había hablado de mí.

–A ver, cuenta.

–No hablamos mucho rato. Sabía que me ocupaba de León y me endilgó su tarjeta, en la que describía su «oferta». Quiere que me pase el lunes, para una entrevista, supongo. En todo caso, me puso la carne de gallina.

–¿Por qué? ¿Tan fea es?

–No sé, no entiendo de qué va. He visto a gente rara en mi profesión, pero

como ella, pocas veces. Además, no me dejó decir ni pío. Necesito trabajar, pero ¡no estoy dispuesta a vender mi alma al diablo!

–Todo depende de la remuneración.

–Dijo que estaba muy bien pagado.

–¿Lo ves? Además, creo que en este momento no puedes permitirte mostrarte quisquillosa. ¡Sé positiva! ¿No es eso lo que decía tu horóscopo chino? «Correr riesgos y hacer esfuerzos individuales», si no recuerdo mal. Que un trabajo te caiga del cielo no es algo que ocurra todos los días. ¡Pruébalo! En el peor de los casos, lo dejas. ¡Puede ser la solución a tus problemas! Aceptas el empleo a jornada completa, durante dos meses, y reúnes un dinerito para darte un capricho. ¡Léeme su oferta!

–Espera. Debo de tenerla por alguna parte en el bolso. Tiene letra de médico, no fui capaz de leerla...

–¡Envíame una foto! ¡Yo la descifraré!

Lili siempre tenía buenos reflejos, se dijo Rose mientras sacaba la tarjeta de visita de Véronique Lupin.

–Veamos...

Se busca señora de compañía. Una persona de confianza disponible lo antes posible. A jornada completa. Siete días a la semana, también noches. Incluye alojamiento en París. Remuneración: 3 500 € a la semana.

¡Madre mía, pues sí que está bien pagado! O bien son muy ricos o aquí hay gato encerrado...

Como pez fuera del agua

Cuando Rose llamó a la puerta, a las seis en punto de la tarde del lunes siguiente, fue una Véronique Lupin muy acelerada la que le abrió.

—Ah, hola. Como un clavo. ¡Se ha marcado un tanto! Bueno, me largo. La espera en alguna parte del piso. Le he dejado una nota con los diferentes menús. Ya preparados, como verá. Cuento con volver mañana a media tarde: Cannes siempre es mortalmente aburrido, y Richard y yo tenemos intención de reducir nuestra estancia al mínimo. Si la necesita, la llave de repuesto se encuentra en el rellano, pegada debajo del contador de la luz. En caso de urgencia, ¡tiene mi número! ¡Ánimo!

¿Y el contrato? ¿Las condiciones? ¿Las características del puesto? ¿La respuesta oficial? ¿La presentación? ¿Enseñarme la casa? ¿Preguntarme qué tal estoy? ¿Si tengo alguna pregunta? ¿Cuál es mi apellido? ¿Mi nombre de pila? ¿Solo se le ocurría decirme «Ánimo»?

Cuando Rose se encontró a solas en el inmenso salón del piso, le sorprendió la limpieza del lugar. No había nada fuera del sitio, ni una mota de polvo. Deben de tener una señora de la limpieza que se pasa por aquí todos los días. Como en un *loft*, habían derribado los tabiques. Y cada mueble, cada rincón parecía haber sido estudiado por un interiorista. Era sin duda el piso más bonito en el que jamás hubiera puesto los pies. Y eso que aún no había visto más que una ínfima parte. La estancia estaba bañada en una luz filtrada por estores modernos, pero hacía un frío polar.

Con paso sigiloso, Rose buscó la escalera que la conduciría a su misteriosa anfitriona. Ni el menor rastro. Ni el menor indicio. Reinaba una calma turbadora, una atmósfera casi angustiosa, uno de esos silencios que preceden al drama en las películas de terror. Imposible creer que alguien pudiera vivir entre aquellas paredes y no hacer el menor ruido. Rose se concedía cinco minutos más antes de salir pitando. No se sentía nada cómoda, más bien

observada.

Se aclaró la voz antes de atreverse a soltar:

–Hola, ¿hay alguien?

Fue de habitación en habitación en busca de algún indicio que la informase un poco más sobre lo que se esperaba de ella. Metódicamente, abrió cada puerta, cada armario. Tenía la sensación de haber entrado en un piso piloto del catálogo de IKEA, el de los ricos, porque saltaba a la vista que Véronique Lupin no compraba en el mismo lugar que Rose. Todo estaba combinado por colores, elegido por tamaños, ajustado al milímetro. Ni la menor imperfección. Como si nada humano hubiera pasado por allí antes que ella. Por lo demás, no había ninguna escalera que pudiera conducirla al piso superior.

No importaba. Al menos lo había intentado. La atmósfera empezaba a resultarle insoportable y Rose se descubrió claustrofóbica en aquel piso, pese a lo espacioso que era. Decidió largarse de allí, tirando de la puerta a su espalda, pero esta se negó a cerrarse. Intentó dar un golpe más fuerte, pero no hubo manera. Algo se lo impedía.

Lo cierto es que no podía irse dejando la puerta de par en par. Entonces se agarró al pomo con ambas manos antes de asomarse de nuevo al interior y... darse de bruces con una mujer muy menuda que se aferraba con todo su peso para impedir que cerrase. Rose se sobresaltó y soltó un grito agudo.

–¡Vaya susto me ha dado! Pero ¿quién es usted? ¿Y por qué sujeta de ese modo la puerta?

–Es evidente, ¿no? Para impedir que se vaya.

–¡He recorrido el piso y no he visto a nadie! ¿Se había escondido?

–En absoluto. Ya se me pasó la edad de jugar al escondite. ¿Se ha lavado las manos?

–¿Cómo?

–Que si se ha lavado las manos al llegar. La he visto tocar todos los armarios y los marcos. ¡Apuesto a que ha venido en metro! Vamos a tener que desinfectar todo el piso. Tenga, póngase un poco de gel antibacteriano.

Rose observó la mano enguantada de látex que le tendía el frasco. Su interlocutora iba vestida de blanco de pies a cabeza. De no haber tenido aquel aspecto aterrorizado que le crispaba el rostro, su belleza habría saltado a la vista de inmediato. Debía de rondar los 70 años, y todo dejaba adivinar aún a la hermosa joven que había sido: sus finos rasgos, la silueta esbelta, el cabello

rubio, que llevaba corto, todavía mojado.

–Le enseñaré dónde están los productos de limpieza y cómo desinfectar sus cosas. Yo voy a tomar una ducha. No olvide frotar bien las cerraduras. Son nidos de microbios. Y deme su móvil, por favor.

–No entiendo... ¿Mi móvil? ¿Por qué?

–Porque no podemos correr el riesgo de que conteste y olvide volver a lavarse las manos. Hay que descontaminar su teléfono. Será más seguro.

La mujercita desapareció. Rose se sentía superada por aquella grotesca situación. Incluso levantó la vista para escrutar los ángulos del techo en busca de cámaras ocultas, ¡pero ni rastro!

Tras varios minutos de espera, acabó por rendirse a la evidencia: nadie surgió de un armario riendo mientras le indicaba en qué rincones habían plantado las cámaras.

No se suponía que tuviera que hacer la limpieza. No es que le molestara, sobre todo dado el salario semanal del que le habían hablado y el poco trabajo que requeriría, visto el estado del piso. De repente, rememoró la tarjeta de visita. ¿Seguro que Lili había leído bien la nota de Véronique Lupin? Recordaba perfectamente haber oído a su hermana decirle por teléfono: «Señora de compañía».

Fue en busca de la anciana, que se había esfumado tan rápido como había llegado. Mas en vano. Oía el ruido del agua que corría en la ducha, por encima de su cabeza, pero seguía sin ver escalera alguna. Cuando su interlocutora llegó por detrás de ella, en silencio, Rose se sobresaltó.

–¡Deje de aparecer a hurtadillas de ese modo! ¡Me asusta!

–¿Todavía no ha empezado a restregar?

–¿Puede devolverme el móvil, por favor? Me gustaría llamar a alguien.

–No.

–¿Qué significa «no»?

–Está en remojo.

–¿Qué? ¿Ha metido mi móvil en el agua?

–No. Algunas piezas del aparato se están secando, otras siguen en remojo.

–Pero bueno, ¡un teléfono no se pone en remojo! ¡Lo necesito! ¿Y si alguien intenta llamarme? Debo estar localizable en caso de urgencia. Devuélvame lo..., ande..., ¡por favor!

–¡Ni hablar! Lo siento, está confiscado hasta nueva orden. Además, dadas las pocas llamadas que recibe, no existe el menor riesgo de que se pierda

alguna...

–¿Ha hurgado en mi móvil? ¡Estoy soñando! Ni siquiera sé qué hago aquí. Devuélvame mis cosas, por favor. Me marcho.

–No.

–¿Qué significa «no»? –repitió Rose–. ¡No puede retenerme por la fuerza!

Las dos mujeres se observaron de arriba abajo. Cada una sostenía la mirada a la otra, a la espera de una reacción, cuando de pronto un perro surgido de ninguna parte, como una especie de aparición mística, pasó lentamente entre ellas y se frotó contra la joven. Sorprendida por la intrusión del animal en la estancia, le dirigió un «¡fuera!» autoritario para espantarlo. El chucho, impresionado, salió disparado hacia una de las numerosas habitaciones de la vivienda.

–Por favor, no me iré sin mi teléfono. ¿Dónde lo ha metido? Se lo advierto, si no me lo entrega, yo... ¡me escupiré en las manos y tocaré todos los picaportes del piso! ¡Y Dios sabe que son muchos!

–¡No se atreverá!

–¿Ah, no? ¿Y qué le hace decir eso?

Rose trataba de mantenerse firme, pero un leve temblor en su voz la delató.

–Salta a la vista que es usted el tipo de mujer que no se atreve.

La observación de la anciana la había herido en lo más hondo. ¿Cómo aquella mujer que parecía medio ida y a la que apenas acababa de conocer había podido descubrir su problema más íntimo, más profundo? ¿Tan evidente era?

Rose no bajó la vista. En su cabeza resonaba la melodía de Ennio Morricone en la película *El bueno, el feo y el malo*.

–¿De veras? Ahora lo veremos –prosiguió, aclarándose la garganta ruidosamente.

–No, no lo hará. Además, «Rose», le resultaría difícil poder marcharse sin su bonobús... –la desafió la anciana, exhibiendo de pronto la tarjeta de transporte de Rose, que todavía chorreaba tras su paso por la zona de descontaminación.

La velada había durado una eternidad. Exhausta tras el duelo psicológico con aquella septuagenaria mochales, Rose se alegraba de haber vuelto a casa por fin. Las pocas horas pasadas como señora de compañía la habían alterado, sobre todo en lo tocante al papel que se esperaba que desempeñara. Después de ducharse de nuevo, la anciana había limpiado enérgicamente los zócalos y los picaportes de la sala de estar. No sabiendo qué otra cosa hacer, Rose había acabado por ayudarla, aunque no le quedara muy claro cómo era posible dejar esas superficies aún más limpias de lo que estaban.

Acto seguido, sencillamente la señora Lupin se había ido a la cama tras dar las buenas noches a Rose como si tal cosa. Su charla no había ido más allá. La joven ni siquiera conocía su nombre de pila.

El silencio que reinaba en su piso esa noche le resultó insoportable. Su pequeño hogar se le antojó vetusto, estrecho, sofocante. No habría sabido decir si era a causa de la ausencia de su hijo o del inmenso espacio de diseño en el que había pasado las últimas horas de la tarde. Desde hacía varias noches, Rose había adquirido la costumbre de acurrucarse en la cama de Baptiste. Observó la única foto de ambos que había en el escritorio. La habían sacado dos años atrás, en el País Vasco. Un *selfie* de los dos, todo sonrisas. Baptiste todavía no la superaba en estatura. No, por entonces Rose aún no se veía superada. Recordó que fue ese verano cuando su hijo decidió cursar estudios de hostelería. Se había pasado las vacaciones mirando con deseo el Hôtel du Palais de Biarritz desde el camping en el que se alojaban. Sin duda, un deseo de acercarse a una vida fastuosa que ella no podía ofrecerle.

Pese a la hora tardía, a Rose le sonó el móvil. Corrió en su busca, esperando de todo corazón que se tratara de Baptiste. En la pantalla aparecía una foto de su hermana, que sacaba la lengua con picardía. Lili había elegido esa imagen entre muchas otras para acompañar cada una de sus llamadas. Rose

contestó.

—¿Qué tal el nuevo trabajo?

—No me hables. ¡Menudo desastre! Mañana no vuelvo, te lo aseguro.

—¿Por qué?

—Ya te dije que la tal Véronique Lupin no me entraba. Pues bien, su madre es peor, solo que en otro sentido. Está chiflada.

—¿Cómo que chiflada?

—¿Sabes cuando tienes una cistitis y no puedes evitar ir a hacer pipí todo el rato? Pues bien, con ella ocurre lo mismo: se lava las manos cada diez minutos. Una obsesiva de la limpieza. Y mientras yo estaba allí, ¡se duchó cuatro veces!

—Bueno, mujer no parece que esté loca del todo tampoco.

—¡Que sí, que sí! No es de las que temblequean y se les cae la baba, pero un tornillo sí le falta. No dejaba de repetirme que no me necesitaba. Que estaba en un error, que su hija jamás contrataría a nadie para cuidar de ella. Le propuse salir a dar una vuelta y se aferró al pomo de la puerta chillando que no quería volver a salir, ¡nunca más!

—¿En serio creías que uno contrata a una señora de compañía para los casos fáciles? ¿Qué te dijo Véronique?

—¿Ella? Te digo que nada. En cuanto llegué, se largó, dejándome con la loca sin instrucción alguna. Ah, sí, perdón, me habló de los menús. Solo platillos de Lenôtre: a mediodía fuagrás, por la noche una especie de puré con huevas de lumpo.

—No me lo puedo creer... ¿La hija te ha dejado sola en el piso con su madre? ¿Cuando ni siquiera te conoce?

—Exactamente. No vuelve hasta mañana a media tarde.

—¿No se supone que tenías que quedarte a dormir y ocuparte de ella?

—No tengo ni idea, no me ha precisado nada...

—¡Estás mal de la olla, Rose! ¿Por qué crees que el trabajo incluye el alojamiento? Se supone que has de dormir allí para echar una mano en caso necesario. ¡Eso es omisión de socorro a una persona en peligro! Te pueden caer cinco años de cárcel.

—¿En peligro de qué? ¡Deja de hacer de abogada! Además, ni siquiera he firmado un contrato, nada me compromete ante la ley.

—¿Y tu conciencia? ¿Y si prende fuego al edificio al intentar hacerse la cena?

–¡Ostras! Tienes razón. Te llamo cuando llegue. Tengo que coger el último tren de la noche. Eso sí, mañana, cuando vuelva Véronique, ¡las dejaré con su fuagrás y sus huevas de lumpo!

–Creo que se trata de caviar, guapita...

Cuando Rose entró en casa de Véronique Lupin con la llave de repuesto, encontró a la anciana sentada en el sofá blanco, en bata, mirando al vacío. Parecía muy tranquila. Lejos de la agitación que había mostrado esa tarde.

Rose estaba incómoda. Tenía la sensación de ser una intrusa en la intimidad de aquella persona mayor, y el piso seguía dándole pavor. Entre los muebles de diseño, probablemente elegidos por Véronique, el orden impecable, sin la menor mota de polvo, y el frío polar del aire acondicionado, la vida parecía haber dado marcha atrás. Hasta el bonsái, única planta de la vivienda, estaba desnudo como un árbol en invierno.

Junto a la madre de Véronique se acurrucaba el perrillo al que Rose había reñido toda la tarde antes de volver a su casa. Era alérgica a los perros y ellos debían de percibirlo, pues, inexplicablemente, siempre acababan por ir a frotarse contra ella, dejándole un montón de pelos en la ropa. Aquel lulú de Pomerania no era una excepción. En cuanto la veía, se acercaba para saltarle encima.

—¡Fuera, *Microbio!*

Al sonido de su voz, la anciana salió de su sopor y volvió la cabeza hacia la joven, que le sonrió con timidez.

—¿Se acuerda de mí? Soy Rose, la mujer que se ocupa de usted.

—No tengo alzhéimer, ¿sabe? Sé muy bien quién es. Es la que no tiene amigos. La que dice estar aquí para ocuparse de mí y que, sin embargo, me abandona a la primera ocasión.

—Yo...

—Puede que sea vieja, pero no estoy loca. Solo soy quisquillosa en lo que respecta a la limpieza y no me siento demasiado a gusto en el mundo exterior. Mi hija cree que «hago teatro». Bueno, evitamos cruzarnos. Yo vivo de noche y ella de día. Es mejor así.

La mujer menuda fue a la cocina y regresó con una enorme carlota de fresas.

—¿Le apetece? La he preparado cuando «ha huido». No sé qué mosca le ha picado, hace un rato, para tratar de hacerme comer esas cosas tan saladas con caviar. Lo que me pierde son los pasteles. ¡Pruebe un trozo!

Dubitativa, Rose agarró el plato que la madre de Véronique le tendía. Pese a que no tenía apetito desde hacía varios días, de repente sintió cómo su estómago reclamaba su parte. La tarta tenía un aspecto delicioso, pero había leído *Blancanieves* y, si bien seguía creyendo en el príncipe azul, desconfiaba asimismo de la madrastra envenenadora.

Ante la mirada interrogante de la anciana, probó un pedacito. De inmediato sus mejillas se sonrojaron de placer.

—¿A que está buena? Ya se lo había dicho. Y es muy fácil de hacer. Puedo enseñarle si quiere. Cuando tenga hijos, ¡con esta carlota triunfará!

—Tengo un hijo, ¿sabe? ¡Tiene dieciocho años!

—¿Dieciocho años? ¡La edad ingrata! ¡No le arriendo la ganancia! En fin... Perdóneme... Quiero decir «enhorabuena»... ¿Usted no cocina?

—La gastronomía y yo somos incompatibles: nadie me enseñó nunca, ¡y ahora es demasiado tarde!

—¡Bah, bah! No es demasiado tarde en absoluto. Tiene unos cuarenta años, sigue estando a tiempo de aprender. Y a su marido, ¿no le hace la comida?

—Treinta y seis y medio, y...

Rose se calló.

—Bueno, uno no siempre tiene cuanto desea en la vida. De hecho, supongo que si la vida le hubiera sonreído más, ahora no estaría aquí. ¿Me equivoco?

El silencio de la joven era elocuente. Dio otro bocado de tarta con el fin de tener un buen motivo para no contestar (y además, estaba realmente deliciosa).

—En cuanto a mí, si a uno le tocara la existencia que merece, ahora tendría nietos en edad de sacarse el bachillerato, iríamos al teatro juntos y los llevaría a ver exposiciones. No había previsto que mi única hija se negaría a quedarse embarazada para no engordar ni un gramo. Por lo demás, joven, seguro que se ha dado cuenta del fresquito que hace aquí. El aire acondicionado a quince grados forma parte de su programa de crioterapia para adelgazar. Hasta su perra tiene tanto frío que se pone pegajosa.

Se levantó despacio y se dirigió al espejo giratorio, que ocultaba la escalera, con el lulú trotando tras ella.

—Me voy a dormir, y usted debería hacer lo mismo. Son casi las dos de la

madrugada. En el último piso encontrará su estudio. Supongo que Véronique no le habrá hecho la cama. Coja de los armarios lo que necesite. ¡Buenas noches! Mañana vuelve y se acabará su calvario. Por cierto, me llamo Colette.

¡Para matarla!

Rose esperaba a solas en el gran salón de Véronique a que Colette acabara de ducharse (una vez más) y bajara a reunirse con ella. Transcurridos varios minutos, como esta no regresaba, se decidió a subir. Probablemente Colette prefería quedarse en su habitación, cosa que a Rose también le venía bien.

Encontró a la anciana sentada en la biblioteca leyendo el periódico, con la perrita a sus pies. Aún tenía el cabello mojado.

–Buenos días, Colette. ¿Ha dormido bien? Le he comprado un cruasán en la panadería de abajo. Creí entender que era golosa.

–Es muy amable. Hace mucho que no pongo los pies en la panadería. Hacían unos bollos de azúcar deliciosos. Nunca he conseguido que me salieran tan buenos. ¿Sigue siendo Isabelle la que despacha? ¿Y Christophe, su marido, el que amasa?

–Pues... no lo sé, supongo que sí. Ahora que lo pienso, tiene cara de llamarse Isabelle. ¿Qué desea hacer hoy, Colette?

–Bueno, ya lo ve, leer un poco, tomar una ducha. Hacer el crucigrama, tomar una ducha. Comer un pedazo de tarta y luego tomar una ducha. Mientras usted limpia los aposentos de mi hija. Sigo convencida de que la necesita mucho más que yo. ¿Sabe?, es una verdadera marrana. Nadie lo diría, pero no le deseo que se tropiece con una de sus braguitas.

Rose hizo una mueca de desagrado. Le apetecía más trabar mayor conocimiento con la mujer sentada frente a ella y, sobre todo, tomar un poco el aire. Después de semanas de tiempo desapacible, los bonitos días de mayo llegaban por fin.

–¿No le tienta dar un pequeño paseo por el parque? Acaban de nacer los patitos y esta mañana armaban un buen jaleo. Iremos con calma. Nada de estresarnos. ¡Tenemos todo el día por delante!

Justo cuando Colette se disponía a rehusar cortésmente –pero con firmeza–

la propuesta, que se le antojaba grotesca, el teléfono fijo del piso inferior empezó a sonar. Rose bajó corriendo los escalones y agarró el auricular con la mayor celeridad. Sin duda se trataba de Véronique, que la avisaba de su regreso esa tarde.

Había decidido decirle cuatro verdades a su empleadora. Quería poner fin a aquella mascarada. Colette no deseaba ser atendida y Rose nunca se había sentido tan inútil. La joven ansiaba dedicarse a las cosas que realmente contaban para ella y dejar de perder el tiempo, es decir, reconciliarse lo antes posible con Baptiste. Sus llamadas y mensajes de texto seguían sin respuesta. Rose no se rendiría hasta que se arreglaran las cosas con su hijo. Tal vez el ver a la anciana sola, enclaustrada en aquel piso y completamente abandonada por su hija, le devolvía una imagen angustiada de su futuro con Baptiste. Estaba más decidida que nunca a arreglar la situación y recuperar la complicidad que tenían hasta no hacía mucho.

Al otro extremo del hilo, la voz estridente, probablemente en busca de maese Cuervo, confirmó a Rose que en efecto se trataba de Véronique.

—¡Ah, por fin! ¡Vaya lentitud! Puede que todavía no lo sepa, pero detesto esperar. Es el único lujo que no me permito. No le pago para quedarse sentada en mi sofá viendo sonar el teléfono. Escúcheme con atención: casi no me queda batería y, sobre todo, detesto repetirme. Bien, a lo que iba: los idiotas de los controladores aéreos siguen de huelga y el *jet* de Richard no puede despegar. ¡Tendremos que quedarnos en el Martínez toda la semana! Es una catástrofe, no tengo nada que ponerme. De nuevo voy a tener que soportar a la incompetente *personal shopper* del hotel. Bien, sea buena y ocúpese de ella cinco días más. Es un poco especial y una verdadera comedianta, pero oblíguela a comer y a salir un poco. Calculo que a lo sumo volveremos el domingo a media tarde. Hasta entonces no la deje sola, tiene tendencia a deprimirse.

—Esto...

—Me alegro de que todo vaya bien. Una preocupación menos para mí en este momento. ¡Y espabile, por Dios! La noto pasiva. La categoría se ve en la calidad de los empleados. Hala, no la retengo más...

—Señora Lupin, espere. ¡El domingo no puedo!

El tono regular en *la mayor* hizo comprender a Rose, si es que aún tenía la menor duda, que la conversación había concluido. Estupefacta, todavía sostenía el auricular en la mano cuando, al volverse, se cruzó con la mirada

compasiva de Colette al pie de la escalera.

–¡Pobrecilla! Al parecer seguirá retenida aquí varios días más. Confío en que no tuviera nada previsto.

Como buscar una aguja en un pajar

Rose no habría podido decir quién de las dos, si ella o Colette, estaba más decepcionada con aquella prórroga. La anciana, acostumbrada a los continuos cambios de programa de su hija, no parecía en absoluto sorprendida. Solo cansada. Harta de ser un estorbo, además de suponer una carga para Rose, porque esta no ocultaba su exasperación al verse retenida lejos de sus prioridades familiares.

Mientras Colette se metía con renovados bríos bajo la ducha, la joven la avisó de que salía a hacer algunas compras al supermercado de la esquina. Al pasar por delante del café donde había desayunado tan a gusto, el camarero la saludó con un discreto asentimiento de la cabeza, al que ella respondió con un tímido gesto de la mano, muy cargada con sus compras, principalmente platos congelados, queso, un poco de embutido, gruesos tomates, dulces y pienso para *Lassie*.

Al guardar la compra, Rose encontró sitio con facilidad en la nevera vacía de Véronique, pero se quedó boquiabierta ante la ausencia de congelador. Un triplex de más de doscientos cincuenta metros cuadrados y ni un congelador digno de tal nombre. Pequeñas máquinas de hielo, que por lo demás cerraban mal, sí, pero nada que garantizase una larga vida a la colección de congelados que había comprado. La joven sudaba de puros nervios y no veía otra solución que guardarlo todo en el frigorífico (y, a ser posible, comer como cuatro durante los próximos días).

Colette, que se había acercado y veía el desasosiego de Rose, sugirió tímidamente:

—¿Lo ha intentado en la cabina de crioterapia de mi hija? ¿Al fondo de su vestidor?

—¿Cree que me está permitido?

—No. Pero ¿solo hace lo que le autorizan a hacer? Su vida debe de ser muy

triste...

¡Tienes más razón que un santo!

Rose dirigió una mirada entusiasta a la anciana y corrió a instalar sus congelados, ante la mirada severa del pequeño lulú de Pomerania.

—¡Deja de gruñirme, *Trankimazin*, si no, te meto a ti también! ¡No estoy haciendo nada malo! Solo asegurarme de que la cabina de frío de la señora sigue funcionando. Eso sí, ¿cómo se las arregla para permanecer ahí dentro más de diez segundos? Parece una cámara frigorífica para grandes piezas de carne, o algo peor... ¡Y tú, deja de pegarte a mí si no quieres acabar en la «cabina de frío»!

Instaladas en la cocina de Colette, las dos mujeres guardaban silencio, cada una con una taza delante, que se había quedado fría. Rose había intentado entablar conversación, pero la anciana miraba a lo lejos, como absorta en los azulejos del frente de la cocina. Desde luego, Colette, especial lo era un rato largo: con ella era negro durante el día y blanco por la noche, o a la inversa. No había quien la entendiera. Rose intentó de nuevo romper el hielo:

—Mire, la verdad es que no estamos obligadas a charlar, pero al menos así el tiempo pasaría más deprisa... ¡Una semana no dejan de ser más de ciento cincuenta horas! Deberíamos esforzarnos un poquito. Hace un tiempo espléndido, es una pena permanecer encerradas. Su hija me dijo que tiene usted tendencia a deprimirse...

—¿Deprimirme yo? ¡Qué cara más dura tiene! —replicó Colette, herida—. Yo no me atiborro de pastillas, al revés que ella. ¡No tengo el menor interés en desahogarme sobre asuntos que no le conciernen! No vea en ello nada personal, pero lo que ocurre entre mi hija y yo no le incumbe a nadie. ¡Y de salir ni hablar! Puede guardarse sus ideas geniales. Todo para ver a unos minúsculos patos que dependen de su madre; ya verá lo que tardan en llevarse una decepción.

De nuevo la anciana dirigió la mirada al otro lado del cuarto y se mantuvo en silencio. Por un momento, Rose se planteó volver a su estudio del piso de arriba, dejando a la anciana entregada a sus no ocupaciones, pero cambió de opinión por mala conciencia. Una caída podía sobrevenir de sopetón...

De manera que decidió ir en busca de uno de los numerosos volúmenes de la biblioteca y ocupar su tiempo con una novela rosa. Sus favoritas. Tras bastantes minutos de mirarla de soslayo, Colette soltó un comentario:

—Ha tenido que elegir el único libro que no me pertenece... Esas historias

de amor que siempre acaban bien. Pero ¿quién sigue creyendo en tales tonterías?

—¡Yo! Y confío en tener la suerte de encontrar al hombre adecuado y rehacer mi vida. El tiempo vuela, pero todavía no se me ha pasado el arroz.

—¿Lo dice por mí?

Rose la miró con el rabillo del ojo para comprobar si se trataba de un toque de humor, pero comprendió que la anciana se sentía realmente ofendida.

—Pero bueno, Colette, ¿está paranoica? No me refiero a usted en absoluto. ¡Y ya no puedo con esta perra que me chupetea los dedos de los pies! ¡Ya basta, *Pastis!* Me voy al parque con ella, así nos distraeremos. ¿De veras no quiere acompañarnos, Colette?

—¡No, gracias!

—No tardaremos. ¿Necesita algo? ¿Caviar o fuagrás?

—Creo que tiene razón. No sobreviviremos una semana a esta cohabitación forzosa.

¡Vaya con el chucho!

Se suponía que Véronique Lupin volvía a casa a media tarde ese domingo. Rose y Colette estaban tensas. Su último día juntas debería haber supuesto un alivio, pero les dejaba en la boca un regusto a inacabado, una sensación de fracaso.

Cuando Véronique llamó a la puerta de su casa, al principio le sorprendió darse de narices con una desconocida. Sencillamente, no tenía ningún recuerdo del físico de la joven a la que había contratado, ni la menor idea de su nombre. Así, Rose pudo presentarse –por primera vez– e informarla de que todo había ido bien.

Cuando la otra le respondió: «No, ve a aparcar el coche a tu casa. Dejaré las bolsas e iré a buscarte en el Mini dentro de veinte minutos. ¿Quién habrá en el Racing?», Rose comprendió que Véronique, con un pinganillo sin cables del tipo organizadora de bodas, se hallaba en plena conversación con el que debía de ser su compañero, Richard, el cirujano, que, si uno miraba más de cerca, había ya más que restaurado la fachada de la Lupin.

¡Bienvenida al baile de los vampiros!

–¿Dónde está?

Era la tercera vez que lo preguntaba y empezaba a salirle humo por la nariz. Rose estaba pensando que era evidente que Richard llevaba poco saliendo con Véronique si ignoraba que no soportaba esperar, cuando de repente esta le clavó los ojos verdes en los marrones de Rose, repitiendo por cuarta vez la pregunta.

–Ah, esto... ¿Hablabas conmigo? Supongo que arriba, en la cocina. Allí estaba cuando he bajado a abrirle.

Véronique silbó dos veces, muy secamente, y gritó:

–¡¡¡Pitusa!!! ¡Baja, nos vamos! Ah, lo olvidaba. Su dinero. Puede volver a su casa. La llamaré esta semana para decirle si continuamos «la aventura

juntas», como dicen los jóvenes en la televisión; antes quiero asegurarme de que todo ha ido bien.

Rose miró boquiabierta el fajo de billetes que sujetaba en la mano derecha, y luego se dijo que, a fin de cuentas, no era el momento de quejarse. Ya lo haría por teléfono, cuando Véronique Lupin la llamara. Si es que pensaba hacerlo. Si encontraba su número. Y si Rose conseguía meter baza...

La joven vio a la perrita bajar trotando la escalera para saltar sobre los pantalones blancos de su ama. Más excitada que nunca, le olfateaba el bolsillo.

—¿Te has portado bien, bonita mía? ¿Te mereces una golosina? —le preguntó Véronique con la voz chocha con que uno se dirige a veces a los bebés.

Se apresuró a sacar una chuchería de una cajita muy chic con el logo de Lenôtre y se disponía a dársela al animalillo cuando, de nuevo, giró fríamente hacia Rose y le soltó:

—¿Alguna vez contesta a las preguntas que le hacen?

La verdad es que no entiendo para qué necesita instalar una cabina de criogenia en su casa, ¡si ella misma es un iceberg!

—Discúlpeme, señora Lupin, pero no estaba segura de que se dirigiera a mí, y menos que requiriese una respuesta —se atrevió a decirle Rose.

Pero ¿se da cuenta del tono que emplea? ¡Menuda arpía! Tiene más miramientos con su perra que conmigo.

El animal daba saltitos cada vez más nervioso sobre los pantalones de Véronique, que la fulminó con la mirada.

—Sí. Se lo merece —resopló Rose.

—¡Por fin! —soltó la otra—. Sea como fuere, no sé si usted merece el puesto en nuestra casa: ¿ha visto su pelaje? Ya no es blanco, sino marrón. ¿La ha paseado por el arroyo o qué? ¿Y cuántas veces la ha llevado a la peluquera? Visto el resultado, espero que no le haya dejado propina...

Si bien estaba claro que Véronique Lupin había exigido una respuesta a las preguntas anteriores, no parecía tan evidente que Rose tuviera que replicar a la andanada de «la señora», que salió con su lulú debajo del brazo dando un portazo.

La joven se quedó dándole vueltas a las palabras de Véronique. Algo se le había pasado por alto. Desde el pie de la escalera y sin hacer ruido, como era su costumbre, Colette asomó la cabeza y dijo:

—Ya le dije que me sorprendía mucho que la hubiera contratado para cuidar

de mí.

¿Y tu hermana qué?

Rose vociferaba a Lili en el tren que la devolvía a Noisy-le-Grand:

–¡Señora de compañía para perros! Pero ¿te das cuenta, Lili?

Su hermana se partía de risa al teléfono, lo que la exasperaba todavía más.

–¡No te rías! ¡Estoy alucinada! Y me siento tan mal por esa pobre mujer...

–No me burlo, pero ¡confiesa que resulta cómico! ¡Es la primera vez que oigo algo semejante! No entiendo por qué alguien necesita a una canguro para el chucho, sobre todo las veinticuatro horas del día, cuando tiene a su madre en casa.

–Conocía a los «paseadores de perros», pero creía que más bien lo reservaban para los perrazos que necesitan actividad... O en el caso de personas mayores que ya no tienen fuerzas para sacar al animal.

–O de mujeres que jamás se rebajarían a recoger las cacas de su perro. Prefieren pagar a alguien para las tareas más cutres.

–En todo caso, puedo adelantarte que no creo que Véronique vaya a llamarme.

–¿Por qué? ¿No recoges con la suficiente gracia? –respondió Lili, burlona.

–Me he pasado la semana martirizando a su perra, que ya estaba bastante neurasténica. Y yo que creía que era su madre la que se deprimía... Después de todo lo que le he hecho pasar, todavía debe de estar temblando en brazos de su querida amita. Cabe decir que no me anduve con contemplaciones. Le hice comer pienso reseco, cuando salta a la vista que está más acostumbrada al caviar y al fuagrás. Sea como fuere, ¡al final conmigo ni rechistaba!

–¿De qué raza es?

–Es un lulú de Pomerania. Como un perrito de peluche.

–Debe de ser una raza de perro masoquista.

–¡Qué va! ¡Estoy segura de que conseguiré que me echen por haberme saltado sus sesiones de peluquería y haberla cubierto de insultos! Y pensar que

Colette estaba en lo cierto... Conoce tan bien a su hija que tenía muy claro que no podía haberme contratado para que me ocupara de ella.

–Las relaciones familiares siempre son un poco complicadas. A propósito, ¿tienes noticias de Baptiste?

Rose suspiró en el auricular. Hacía ya más de dos meses que ni dormía en casa ni respondía a sus mensajes.

Entonces, Lili tomó cartas en el asunto.

–Voy a organizar una cena en casa el viernes. A mí tu hijo no tiene nada que reprocharme. Vendrá a ver a su vieja tía para charlar un poco y tú te reunirás con nosotros por sorpresa, eso os permitirá poner las cartas sobre la mesa de una vez para siempre.

En lo más hondo de su ser, Rose sabía que aquello era muy mala idea. Conocía bien a su Baptiste, ¡le horrorizaban las sorpresas! Hasta era capaz de ponerse furioso cuando lo pillaban de improviso. Aquella «brillante sugerencia» no auguraba nada bueno. Ahora bien, ¿acaso le quedaba otra opción, dado que llevaba semanas negándose a hablar con ella?

La conversación acabó en el mismo momento en que entraba en su casa. Sus muebles baratos y su ambientador le dieron ganas de vomitar. Sin Baptiste aquello ya no era su hogar. La decoración, los adornos, la pintura, todas aquellas cosas que había elegido con esmero junto con su hijo para fabricarse un rinconcito de felicidad la llenaban de nostalgia. Todo resultaba tan fácil cuando Baptiste no era más que un niño al que le encantaba dibujar barcos de vela que ella fijaba en la nevera con tremendo orgullo...

De pronto tomó una decisión: se cambiaría de casa. Lo que sentía en aquel instante era el dolor de una separación, como si el hombre al que amaba la hubiera dejado por otra. Menuda ironía tratándose de una mujer que jamás había compartido la vida cotidiana con un hombre.

Su hermana interrumpió sus pensamientos insistiendo en organizar una cena sorpresa el viernes siguiente.

–Vale –se limitó a responder Rose.

–¡Hasta el próximo episodio, hermanita! Estoy segura de que todo irá bien, y además, seguro que solo se trata de una fase. Tal vez a su edad necesite respuestas...

–Escucha, Lili, cada cosa a su tiempo, no me presiones... Todo eso lo tengo presente, ¿acaso crees que no pienso en ello?

Después de todo, no andaba equivocada. Tenían que hablar y librarse por

fin de aquel peso, eso les haría avanzar a los dos. Tal vez hubiera llegado el momento. Además, ¡la cosa no podía ser peor! ¿O sí?

¿Te lo puedes creer?

A solas en su piso, donde ni siquiera se había tomado la molestia de encender la luz, pese a que hacía largo rato que había oscurecido, Rose pasaba revista a su vida, que se estaba haciendo pedazos. Encima de la mesa, la media docena de facturas recibidas en menos de una semana absorberían buena parte del salario que acababa de percibir. Al lado, el horóscopo del día, ofrecido por el periódico gratuito del metro. Balance de los pronósticos: amor, trabajo, dinero, ¡todo viento en popa! Tomó nota mental de que tendría que hablar seriamente con el redactor de la sección para darle un *feedback*. Era tan preciso en sus predicciones como parecía serlo la astróloga Élizabéth Teissier según la Wikipedia.

Le entristecía haber dejado de ver a su hijo, pero, en el fondo, una vocecita seguía susurrándole que las cosas iban a arreglarse. ¿Cómo? Aún no lo sabía. Para ello, Júpiter debía poner algo de su parte.

A su pesar, se preocupaba por Colette. Y eso que ya tenía bastantes cosas que gestionar en su vida. Rose tenía la obsesión de prodigar afecto a su alrededor, de implicarse emocionalmente, aunque no hiciera falta. La mujer se le antojaba un tanto chiflada, cierto, pero al mismo tiempo adorable. No podía evitar sentir compasión por ella. ¿Por qué se pasaba la vida lavándose? Rose se entregaba a la psicología barata, pero realmente ansiaba entenderlo. Si no se preocupaba por ella, ¿quién iba a hacerlo? La probabilidad de que sus caminos volvieran a cruzarse algún día era remota; Colette nunca salía de casa.

Tal como imaginaba, Véronique no había vuelto a llamarla. En consecuencia, se pasó la semana ordenando, ocupándose de la limpieza, arreglando los cajones, con el fin de distraerse. El tipo de cosas que uno no hace nunca, para las que rara vez encuentra el momento, o que se limita a ir dejando para el siguiente fin de semana. Tiró tres enormes bolsas de basura

con cosas suyas inservibles. Las de Baptiste las había metido en cajas de cartón, que había apilado en un rincón de su cuarto. Había dejado en los cajones todos sus recuerdos, el globo terráqueo luminoso sobre el que tantas veces había imaginado sus futuras vueltas al mundo en velero, sus dibujos infantiles, que, sin embargo, había guardado como algo preciado hasta entonces, la correspondencia con su madre, cuando se iba de campamento de verano y un montón de cosas más. Rose no se decidía a desembarazarse de ellas. ¿Y si algún día su hijo las necesitaba?

Tras poner orden en todo el piso empezó a sentir angustia. ¿Y si Baptiste había dejado de ir a clase? ¿Y si, además de a su madre, había abandonado también los estudios?

Decidió dirigirse a su instituto de formación profesional. Hacer el trayecto que su hijo había recorrido todos los días desde el comienzo del año escolar la emocionó; tratar de adivinar en qué sitio se sentaba en el autobús, o si en ocasiones se dormía con la frente pegada al frío cristal de la ventanilla.

Ya en la avenida, Rose se instaló en un café de la acera de enfrente, para tomar un chocolate caliente mientras se hacía la hora de la salida de clase. Sentada a la barra, hojeaba el periódico a disposición de los clientes y, al llegar a la página de sucesos, el corazón se le aceleró. Ya no soportaba las malas noticias. Cuando se abrió la verja, salió del café para observar a los jóvenes que se iban dispersando, con la esperanza de ver a su hijo. No se atrevió a cruzar la calzada que la separaba del establecimiento, hasta que reconoció a Freddy, uno de sus más íntimos amigos, un muchacho bien educado; le caía bien. A menudo había animado a su hijo a frecuentarlo.

Freddy, siempre tan atento, le respondió que hacía varios días que no veía a su hijo en clase. Y cuando le preguntó si Baptiste estaba bien, la joven madre desamparada notó que se le contraían las mandíbulas y la espalda. Era incapaz de responder a la pregunta. Y se avergonzó de ello. Rose ignoraba lo que hacía su hijo, dónde estaba o si estaba bien.

Respirar hondo.

Esperaba de todo corazón que no hubiera abandonado también las prácticas. Hasta el momento su jefe se mostraba sumamente elogioso con respecto a él y ya le tenía reservado un empleo.

Se consoló al recordar que el viernes lo vería en la cena sorpresa en casa de su hermana, en plena forma, dispuesto a hablar con ella tranquilamente. Rose sabría dar con las palabras, no tardarían en reconciliarse y Baptiste

reemprendería el camino al instituto a tiempo para los exámenes finales, que estaban próximos.

La semana se le había hecho larga. Había visto mucha televisión, en especial las series que emitían una y otra vez. Había comido poco. Y sobre todo había pensado mucho en su padre. No podía evitar decirse que si él hubiera estado allí en los momentos difíciles, todo habría resultado más sencillo.

Por fin llegó la noche de la cena con Baptiste. Rose eligió su atuendo con esmero, como para una primera cita, se esforzó por tener buena presencia. Su hijo le reprochaba en ocasiones que vistiera como una vieja, que no cuidase su aspecto, de manera que deseó agradarle. Primero probó a recogerse el cabello hacia atrás, pero, al ver que ponía de relieve su rostro, se lo pensó mejor: tenía los ojos hinchados y ojerosos, sin duda había llorado demasiado los últimos días. En el metro, de camino a casa de Lili, con los auriculares en los oídos, se dedicó a escuchar la radio. La conexión era pésima, solo oía una de cada dos estrofas de la canción de *Rocky*.

The final countdown. Tatatá tatatá, tatatá tatatá...

A Baptiste le encantaba esa película cuando era más joven. Se sabía las réplicas de memoria.

Le quedaba una parada para apearse, cuando de pronto le sonó el móvil. En la pantalla apareció un número desconocido. ¿Habría cambiado de número su hijo? Eso explicaría por qué había dejado de contestar al otro... Respondió con el corazón palpitante.

¡Poner voz alegre! Y hacer como que paso de todo...

–Hola. Soy Véronique Lupin.

¡Mandíbula colgante a lo Sylvester Stallone! Sin duda Rocky le habría dicho a Rose: «Lo que cuenta no es la fuerza de los golpes que das, sino el número de golpes que encajas».

–Finalmente, la necesito. Vuelvo a irme de viaje sin *Pitusa*. Richard ha de asistir a un congreso. La dejo instalarse definitivamente en el pequeño estudio. El mismo sueldo, la misma implicación irreprochable. Tendrá que llevarla dos veces por semana a la peluquera y tres veces al terapeuta. No sé cómo se las apañó con mi adorada perrita, ¡pero parece que la cosa funcionó!

Menuda sorpresa. Francamente inesperada. No obstante, la señora marquesa no sabía cómo las gastaba Rose. Ignoraba lo que era el tratamiento criogénico. Muy pronto se enteraría de dónde podía meterse su propuesta.

¡Ya puedes ponerte en guardia, Véronique, voy a devolverte golpe por golpe!

–Verá, señora Lupin, se lo agradezco, pero voy a tener que rehusar. Va contra mis principios hacer de señora de compañía de un perro cuando, a todas luces, es su madre quien necesita ayuda. Si desea contratarme para Colette, será un placer. Si es para su querido chucho, paso.

¡Toma ya, en plenos morros!

¡Por fin! Rose le había soltado lo que llevaba dentro. Por una vez. Sin duda había sido la primera en cerrar el pico a Véronique, y eso la llenaba de orgullo. Sentía que podría tomarle el gusto. Tanto más cuanto que renunciar a semejante salario suponía un verdadero sacrificio.

En sus adentros, confiaba en que Véronique Lupin aprovechara la ocasión y la contratase para Colette, pero no. Nada, aparte de un largo silencio seguido de un:

–¡Perfecto, hasta mañana entonces!

Bien, saltaba a la vista que Véronique no había entendido nada de la provocación de Rose. Vale, le faltaba entrenamiento. Pero como decía Rocky: «La cosa no ha terminado hasta que no suena la campana».

Una cena casi perfecta

Cuando llegó a casa de Lili, el corazón de Rose empezó a latir desbocado. ¿Y si él no acudía? O peor aún, ¿y si acudía pero las cosas no iban según lo previsto? Sintió que le temblaban las piernas.

Estaba dispuesta a dar un paso hacia Baptiste, a perdonarle su silencio. Por lo demás, ¿acaso tenía otra opción? Lili estaba en lo cierto, seguramente había enterrado tantas frustraciones en su interior que se habían transformado en cólera, y la había dirigido contra Rose. Esta siempre le había ocultado determinadas cosas, con el fin de protegerlo, pero sin duda dicho método tenía sus límites.

Siguiendo su mala costumbre, había consultado su horóscopo antes de aquella cena improvisada.

¡Vale, los buenos propósitos! ¡Lo sabemos de sobra! Pero bueno, ¡una pequeña excepción de vez en cuando nunca ha matado a nadie!

Virgo: Hoy, renovación a la vista. En pareja: Nada de dormirse en los laureles, ¡debes pasar a la acción! No te aferres a antiguos hábitos de vida. Plutón no podrá ayudarte mientras no hagas esfuerzos por liberarte. ¿Quién ejerce mala influencia o te impide navegar hacia vientos nuevos? Trabajo: Hoy tu empleo no te aportará grandes sorpresas, pese a tu necesidad de cambio.

Aquello no auguraba nada bueno. Pero ¿qué sabía realmente Plutón de sus relaciones con Baptiste?

Rose seguía vacilando ante la puerta de Lili cuando esta se abrió de par en par. Cubierta de harina, su hermana la recibió con un:

—¿Cuánto tiempo pensabas seguir esperando antes de decidirte a llamar? ¡Vaya cara! Oye, que no se ha muerto nadie, ¿sabes? Al menos, todavía.

Rose se instaló en el sofá y descubrió una veintena de aperitivos ya dispuestos encima de la mesita de centro: samosas, esas empanadillas al estilo

indio, vasitos salados, hortalizas crudas cortadas en láminas con salsas diversas para mojar, blinis y una copa de vino tinto ya mediada. Lo cierto es que Lili llevaba ya rato esperando a Rose y había empezado a celebrar el fin de semana sin ella.

–Veamos, señora *dog-sitter* del año, ¿un kir de moras, como de costumbre?

–No. Hoy Plutón me pide que me arme de valor. ¿Tienes con qué prepararme un tequila sunrise, o incluso ron para hacer un mojito? Sea lo que sea, lo tomaré doble. El valor no es algo que se encuentre en una esquina. De hecho, al hablar de mi talento como «niñera de perros», ¿no sabes cuánto has dado en el clavo! Tengo que contarte la llamada telefónica kafkiana que acabo de recibir...

La informó de la conversación que había mantenido con la señora Lupin hija mientras Lili preparaba en la cocina un estupendo cóctel con sabor a naranja que arrancó una mueca a su hermana al primer sorbo.

–No te has andado con chiquitas. Me quema los labios y el estómago. Atacaré los pepinos con tzatziki para empapar un poco. ¿Tienes noticias de Baptiste? –preguntó Rose de la manera más despreocupada posible.

–Sí, se supone que se pasará esta noche, a la hora del postre. Me hizo un recado la semana pasada y le debo cien euros. Vendrá, puedes confiar en mí. Entre tanto, empecemos a cenar.

Debido al estrés, Rose tragaba ruidosamente, lo que hizo que su hermana torciera el gesto. Para disimular, dio un largo trago al cóctel y quiso desviar la conversación.

–Oye, ¿por qué llevas el delantal cubierto de harina, y también el pelo?

–¡Ah, eso! He preparado masa de sal. He empezado un curso de meditación y recomiendan que te busques una actividad para dejar la mente en blanco. He probado a colorear, pero no es para mí. De manera que me he pasado a las actividades manuales, que echan a perder mi cocina y mi color de tez. Y atención, ahora me levanto todos los días a las cinco de la mañana. Lo llaman *Power Morning*. Resultado: estoy reventada y en el bufete me paso el rato bostezando. He conseguido desacreditarme por completo ante los demás abogados, porque el otro día uno me sorprendió echando la siesta en mi despacho.

–A ver, recuérdame por qué haces todo eso. ¡No tienes hijos y el bufete no abre antes de las nueve!

–Sinceramente, ya ni lo sé. Lo leí en algún sitio y un colega me dijo que era

genial.

–Tendrías que haberme preguntado, hermanita, yo me levanto a las cinco de la mañana desde hace años y no por eso soy más zen. ¿Me sirves otra copa? Noto un coraje renovado...

Dos tequila sunrise más tarde, y engullidos los pastelillos de chocolate fundido, Lili y Rose estaban muy relajadas. Arrellanadas en el sofá, viendo la tele, aunque sin sonido, cuando sonó el timbre de la puerta se dieron cuenta de que habían olvidado por completo guardar parte del postre. Rose se puso rígida de inmediato. Lili retomó el control de la situación:

–No digas nada. Deja que me ocupe yo, ¿de acuerdo?

Su hermana asintió con la cabeza e inspiró profundamente. Baptiste entró en el salón y, al descubrirla, se quedó plantado en el sitio.

–¿Qué significa esta encerrona?

–Eh, eh, tranquilo. Hoy es viernes y, como todos los viernes, es nuestra noche, de mi hermana y mía. Voy a buscar el dinero que te debo. Entre tanto, saluda a tu madre.

Lili se esfumó, dejando a Rose y a Baptiste sumidos en un pesado silencio. Este se inclinó hacia su madre para darle un educado beso. Ella era incapaz de levantarse y aunque hubiera querido intentarlo, sin duda las piernas no habrían podido sostenerla. Baptiste apartó la vista. Rose se dijo que tendría que haber devuelto el sonido al televisor para caldear el ambiente, que de pronto se había vuelto glacial. Al ver a su hijo tan cordial como un portero de club nocturno, le sugirió:

–¿No te sientas?

–Sí, sí.

–¿Quieres beber algo?

–Esto... vale, me tomaré una copa de vino...

–¿Ahora bebes vino? Eso es nuevo.

–No tienes por qué saberlo todo sobre mi vida, Rose. Sí, estoy descubriendo el vino, me interesa, y te recuerdo que en el instituto nos dan clases de enología...

–Creo que no te pasas mucho por allí últimamente...

Baptiste, que seguía plantado en medio del salón, dudó entre no responder, gritar o mostrar un mínimo de cortesía.

–Ah, ¿es que ahora me espías?

–No, sencillamente soy tu madre, te has ido de casa y desde entonces ni una

palabra, ni siquiera contestas al teléfono, es normal que me preocupe, ¿no?

–Bueno, vale, pero ya ves que no hay motivo alguno para ello. Estoy muy bien.

Se sirvió una copa de vino, manipulando la botella como un consumado sumiller, y dio un breve sorbo.

–Escucha, Baptiste, lo he pensado mucho y tal vez fui dura contigo. Estoy de acuerdo en que lo hablemos, para replantearme las cosas, pero tendrás que cooperar un poco. Solo quiero que me aclares lo que me reprochas.

–Me siento, será lo mejor...

Mientras jugaba nervioso con el móvil, Rose se dio cuenta de que había cambiado el fondo de pantalla... Había sido un breve vistazo, lo justo para reconocer el cabello pelirrojo y el rostro juvenil de Jessica, pegado al de Baptiste mejilla contra mejilla. El muchacho se apresuró a meterse el *smartphone* en el bolsillo de los vaqueros. A Rose le entró dolor de estómago. Su hijo levantó la cabeza y la miró de arriba abajo.

–Me parece un poco tarde para hablar de ello.

–Nunca es demasiado tarde, Baptiste.

–¿De veras? ¡Perfecto! Entonces, si nunca es demasiado tarde para decir las cosas, ¿aún estamos a tiempo de que me hables de mi padre?

Rose se quedó paralizada. No lo había visto venir. Lili tenía razón desde el principio. Baptiste estaba lleno de rabia, de rencor. Ya contaba con que algún día las respuestas evasivas con que se había contentado desde la infancia no le bastarían, pero ¿por qué ahora? ¿Por qué su amargura se había disparado tan repentinamente?

–Es complicado, Baptiste. Hay que hablarlo con tranquilidad.

–Estoy muy tranquilo. Siempre tienes una buena excusa para soslayar el tema.

–¿Por eso te marchaste de casa?

–No solo por eso.

–¿Por qué estás tan resentido conmigo de repente?

–Necesito saber quién es mi padre. Se ha vuelto urgente.

–No lo entiendo...

–Rose, escucha, Jessica está embarazada. Voy a ser papá.

¿¿¿Cómo??? ¿Qué es lo que ha dicho?

Rose estaba tendida en el suelo. Baptiste la abanicaba con la revista de la tele. Cuando volvió en sí, se encontró sentada ante la pantalla curva de última generación que Lili se había regalado recientemente. El presentador de tez bronceada parecía mirar a Rose a los ojos. Seguía sin sonido, pero imaginó que le hablaba: «¿Qué tal, Rose? Respira y todo irá mejor...».

Una vez recobrado el conocimiento, la futura joven abuela quiso bombardearlo a preguntas, pero de su boca solo salió un «hic»; le había entrado un violento hipo. Decididamente, la réplica rápida nunca había sido lo suyo. Lili le llevó un gran vaso de agua mineral, estaba claro que se había perdido el motivo de su indisposición.

—Toma, bébetela... y la próxima vez evitaremos los cócteles y las mezclas, ¡parece ser que no te sientan bien! Nos limitaremos al kir de moras, ¿eh, abuelita...?

Sorprendida ante la mirada de reproche de su hermana y el aire incómodo de su sobrino, Lili tardó en comprender que su pequeña broma resultaba fuera de lugar, habida cuenta de los acontecimientos.

—¿He dicho algo que no debía?

Baptiste agachó la cabeza. Rose se incorporó.

—¿Y hace mucho que me lo ocultas?

—Seis meses, no sabía cómo decírtelo.

—¡¡¡Seis meses!!! Pero entonces, es verdad. Voy a ser abuela. ¡Podrías habérmelo dicho antes, caramba! Qué bonito que encima me vengas con sermones sobre tu padre...

—He guardado el secreto seis meses, ¿vale?! En cambio tú llevas haciéndolo dieciocho años, ¡de manera que aún estoy lejos de batir el récord!

En cuestión de réplicas rápidas, definitivamente el crío no había salido a su madre.

Lo primero que le vino a la mente fue: Va a cometer el mismo error que yo. No obstante, sabía muy bien que no podía decir eso a Baptiste, porque interpretaría su nacimiento como algo que lamentaba, cosa que distaba de ser lo que Rose sentía.

Sin embargo, aquello era tan penoso para el chico... ¿Por qué precipitar las cosas siendo tan joven? Debería haber aprovechado un poco más antes de comprometerse para toda la vida.

Lili no entendía nada de la conversación. Se sentía como si acabara de llegar de un viaje a la Luna.

Baptiste recuperó una expresión severa.

–Debo asumir mis responsabilidades, como siempre me has enseñado.

¡Oh, claro, como tengo tan buenas espaldas!

–En principio, el parto está previsto para dentro de tres meses, pero como Jessica ya tiene contracciones, puede que el bebé se adelante.

¿Mi hijo papá? ¡Pero si es un bebé! Mi bebé. ¿Y yo abuela? ¡¡¡Abuela a los 36 años!!!

–La verdad es que hace unas semanas, cuando nos enteramos, fue una sensación rara, bueno, sobre todo para los padres de Jessica, pero se han hecho a la idea y nos apoyan mucho.

¿Y a mí, pensabais contármelo o soy un cero a la izquierda?

–Cuando supe lo del embarazo de Jessica, me resultó evidente: necesitaba comprender de dónde venía, saber quién era mi padre. Traté de investigar por mi cuenta, pero nada, no me habías dado nada, ni el menor indicio. Voy a ser papá, necesito que me digas la verdad ahora y que contestes por fin a mis preguntas.

Rose no lograba recuperar la calma. No conseguía desenredar la mezcla de emociones que la embargaba, una violenta agitación reinaba en su interior. Lili se había sentado al lado de su hermana en cuanto comprendió, y le había cogido la mano.

¡Es demasiado joven! ¡Yo soy demasiado joven! ¡No es posible! No me encuentro bien.

Baptiste se había quedado mudo. Era muy consciente del malestar que acababa de suscitar. Lili dirigió una mirada a su desamparada hermana y, para distender el ambiente, dijo con una sonrisa:

–Es una buena noticia. ¡Nuestra familia va a aumentar!

–Así es, y por si os lo estáis preguntando, no ha sido un accidente. Jessica y

yo nos queremos y ambos deseábamos tener un hijo. Ya ves, al revés que tú, Rose, jamás pensaré que este bebé es un error de juventud. ¡Ha sido deseado!

–¡Baptiste, no seas tan duro con tu madre! ¡Te estás pasando! Además, ¡sabes que eso no es verdad en absoluto!

–Sinceramente, ya no estoy tan seguro. ¡La que se pasa es ella! Me ha privado de mi padre toda la vida.

–Lo hice lo mejor que pude. Solo quería protegerte.

–Pues mira, te ha salido mal, ya ves. Te corresponde a ti reparar los errores. Tendrás ocasión de que te presente a tu nieto cuando me hayas dicho el nombre de mi padre.

Rose se incorporó de un brinco y suplicó:

–No, espera, Baptiste. No puedes hacer eso. Hablemos del asunto con calma.

La puerta se cerró con un portazo. Rose lloró a lágrima viva sobre el hombro de Lili. La cosa duró largo rato, hasta que cayó en la cuenta y dijo entre sollozos:

–¿Ha dicho nieto? ¿Crees que será un niño?

Creced y multiplicaos (decían)

Rose estaba hecha polvo. Su hijo la había dejado *KO* en el primer *round*. No tuvo valor para volver a su casa sola donde no la esperaba nadie. Aceptó sin rechistar la cama que su hermana le había preparado. No obstante, sumida en la oscuridad, no lograba conciliar el sueño. Repasaba una y otra vez lo ocurrido. Imaginaba réplicas más inteligentes para rebatir a su hijo, que sin duda habrían cambiado el tono de la conversación. Aunque puede que no el contenido.

Se sentía inepta. Nada se había desarrollado según lo previsto. Lili, por su parte, había sabido lidiar con la situación. Tanto en el caso de Baptiste como en el suyo. Apenas este se hubo marchado, le dio una nueva motivación. ¿La petición de su hijo? «Algún día tenía que pasar. Es ley de vida», le había dicho. Sin duda Baptiste no pensaba lo que había dicho: no iba a romper con Rose, ni con su familia. Simplemente, estaba en plena crisis de identidad. ¿Cómo ser un buen padre cuando uno jamás ha conocido al suyo, cuando no sabe por qué fue abandonado?

Lili había intentado cambiar de tema. A su modo de ver, debía aceptar el trabajo en casa de Véronique Lupin. Si bien le indignaba la idea de que una persona pudiera contratar a alguien las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, para cuidar de un perro, cuando abandonaba a su suerte a su propia madre, Rose no había tenido fuerzas para contradecir a su hermana. No después de semejante discusión.

De hecho, había que dar al César lo que era del César. Lili había recurrido a argumentos muy convincentes para demostrarle que aquel trabajo podía suponer una oportunidad; esgrimió sobre todo el hecho de que, si no se decidía a aceptar aquel empleo, otra menos escrupulosa lo haría y no se preocuparía ni un segundo de Colette. Rose empezaba a comprender que, en efecto, podía tratarse de una oportunidad de oro. Eso sí, debía mostrarse convincente ante

Véronique para poder abandonar unas horas a la perrita a fin de ocuparse «gratuitamente» de Colette.

Último argumento de Lili que había acabado de convencer a Rose:

–Así redefinido, ese puesto te ofrece mucha mayor estabilidad: un perro no vive mucho tiempo, ¡y tú bien que necesitas comer todavía algunos años!

La frialdad de su análisis dejó perpleja a Rose. Deseaba un trabajo gratificante, en el que pudiera sentirse útil. Señora de compañía para perros distaba de ser una vocación. Ahora bien, si podía seguir estando al lado de Colette, probaría suerte. Le escandalizaba que alguien pudiera descuidar a su madre de esa manera, cuando tenía la fortuna de que todavía continuara a su lado.

Ella y Lili no habían conocido a la suya, bueno, no mucho tiempo. No el suficiente, dado lo distante que se mostraba. Ninguna de las dos recordaba un momento de complicidad con ella. Su padre rara vez evocaba a su esposa, aunque siempre lo hacía con ternura y nostalgia. Las hermanas jamás le habían planteado la pregunta, ni acerca del porqué, ni del cómo. Era como un pacto secreto entre los tres, que ninguno había querido romper, ni siquiera la víspera de la muerte del anciano. No habían querido herirlo, cuando había hecho todo lo posible por compensar la ausencia de una mujer a su lado.

Por su parte, con Baptiste, Rose se había esforzado por asumir los dos papeles para que a su hijo jamás le faltase de nada. Creía haberlo conseguido, hasta aquella noche en que resultó evidente que había sufrido más a causa de ello de lo que nunca había demostrado.

Por supuesto, a menudo le había hecho preguntas. ¿Quién era su padre? ¿Qué aspecto tenía? ¿Por qué no vivía con ellos? ¿Seguía vivo al menos? ¿Cómo se habían conocido? ¿Estaban enamorados? Rose siempre se salía por la tangente con engaños –un nombre falso, otra profesión–, y de ese modo había protegido a Baptiste de la verdad. Para que no sufriera. No obstante, ahora se daba cuenta de que sus silencios habían creado un abismo en el corazón de su hijo y cavado un foso irreductible entre ambos. Tal vez tuviera razón, quizá había llegado el momento de que le contase la verdad. Era un adulto. Después de todo, iba a ser padre... Se lo repetía como para creérselo de una vez por todas.

En ocasiones, al permanecer en la ignorancia, uno imagina cosas mucho peores que la realidad. A decir verdad, ¿cuántas veces no le había reprochado que fuese una madre inepta, que ni siquiera había sido capaz de retener a su

marido? La verdad distaba mucho de sus acusaciones, pero Rose había encajado los golpes sin contradecirlo.

Rose daba vueltas y más vueltas en la cama. Se le había hecho un nudo en la garganta. Se sentía dividida entre las ganas de liberar todas las lágrimas que su cuerpo pudiera contener y el ansia de agarrar el teléfono para soltarle cuatro verdades a Baptiste. Como toda madre tiene derecho a hacer cuando su hijo rebasa los límites. Ahora bien, en su caso, los límites se habían vuelto borrosos, y los errores, compartidos.

Llamaron a la puerta de la habitación. Lili asomó la cabeza.

–¡Servicio de habitaciones! Sabía que no podrías dormir. ¿Te estás aguantando las ganas de llamar a Baptiste?

–Con dificultad, pero sí. Sigo deseando arreglar las cosas con él y no quiero ser la que lo eche todo a perder. ¡Estoy dispuesta a dar el primer paso y todo!

–Creo que es él quien acaba de hacerlo. Mira lo que me ha enviado hace un momento. Sin duda intuye que te has quedado a dormir en mi casa.

Rose agarró el móvil de su hermana, que salió del cuarto. Mensaje de texto de Baptiste recibido a las 3.41. También a él debía de estar costándole conciliar el sueño.

Ningún mensaje. Solo un archivo adjunto. Una foto de la ecografía. Mirando con mayor atención, nada ponía de manifiesto que se tratase de un niño. ¿Y si era una niña? Siempre había soñado con ello. Finalmente, Rose se durmió estrechando el móvil de su hermana contra su corazón. Tanto daba, sentía que amaba ya a ese pequeño renacuajo.

Confundir churras con merinas

Cuando Rose entró en el gran salón aséptico de Véronique Lupin, para aceptar oficialmente sus funciones, el valor estaba a punto de abandonarla. Sin embargo, debía aguantar. Tenía un mensaje importante que transmitir:

«De acuerdo en lo de cuidar de *Pitusa*, pero con la condición de ocuparme también de Colette.»

Rose no pensaba revelárselo a Véronique, pero, una vez aceptado el trabajo, contaba con despachar pronto las actividades del animal y dedicar el mayor tiempo posible a la anciana para ayudarla a recuperar su libertad.

Véronique estaba arrellanada en el sofá, vestida con un pijama blanco. Los pantalones de algodón parecían extremadamente suaves. La perrita no se había engañado al respecto: tenía la cabeza apoyada en el delgado muslo de su ama.

Véronique Lupin estaba absorta en un vídeo que se reproducía en su ordenador. A su alrededor, una mujer de la limpieza, a la que Rose jamás había visto, pasaba la escoba por cada rincón, en un silencio sepulcral. Era obvio que tenía prohibido utilizar el aspirador a fin de no molestar a la dueña de la casa. No había ni rastro de Colette. Debía de estar en el piso de arriba, probablemente en la ducha.

Cuando Rose carraspeó para revelar su presencia, Véronique apenas apartó la vista de la pantalla. En tono muy tranquilo y seguro, cosa que a ella misma le sorprendió, Rose expuso con claridad que estaría encantada de aceptar el empleo ofrecido, pero con una condición. Lo cual hizo dar un respingo a la mujer, que se apresuró a levantarse y hacerle frente. Rose hizo ademán de retroceder. El rostro de Véronique tenía un aspecto muy extraño, completamente paralizado e hinchado.

—Hoy no es un buen día. Estoy cansada. Esta mañana me he pasado por el consultorio de Richard y ya no tengo energía para pelearme con la gente humilde. ¿También usted quiere un aumento? Creía haberme mostrado

francamente generosa. El alojamiento, el salario... Vale, me rindo. ¿Puedo reanudar mis actividades o tiene otras peticiones de capital importancia que hacerme?

–Esto... Pues sí, en efecto.

–Me lo temía. Por lo visto, no recuerda que detesto que me hagan perder el tiempo. Y por su culpa me he perdido la última escena.

Rose se acercó y reconoció la serie que Véronique Lupin estaba viendo: *Criadas y malvadas*. Una especie de *Mujeres desesperadas*, cuyas protagonistas eran criadas al servicio de grandes familias ricas. La situación era más que inapropiada para el gusto de Rose: Véronique se entretenía viendo a mujeres de la limpieza en la pequeña pantalla en el mismo momento en que la suya se atareaba en el salón. Había algo perverso en ello.

Rose prosiguió:

–No es más que un detalle: solo aceptaré su oferta si me autoriza a cuidar igualmente de su madre, además de la perrita.

–Se llama *Pitusa*, procure no olvidarlo. Resulta descortés denigrarla así en su presencia. En este momento está delicada.

Véronique Lupin rebobinó el vídeo unos minutos y volvió a arrellanarse en el sofá. Rose aguardaba. Cuando se aclaró la garganta de nuevo, Véronique le dirigió una mirada vacía; era evidente que había olvidado que ella, Rose, seguía en el salón y, lo que es más, no había respondido a su petición. Rose estaba muy decidida a no marcharse sin una respuesta.

–Pero ¿se puede saber qué más quiere? –preguntó la mujer, exasperada.

–¿Tengo su aprobación para ocuparme de Colette además de... *Pitusa*? Si está de acuerdo, hoy mismo hago el traslado y me instalo en el pequeño estudio. Puedo empezar mañana mismo.

–¡Cuánto ruido! Haga lo que le parezca. Realmente, hoy no me queda saliva que gastar en negociaciones fútiles. Pero recuerde: su prioridad debe ser *Pitusa*. Lo es todo para mí. Esta perra es el hijo que nunca tuve.

O deseó, se dijo Rose.

–De acuerdo entonces. Hasta mañana, señora Lupin.

–Eso es. ¡Lárguese! –le soltó fríamente Véronique. Luego, volviéndose hacia la mujer de la limpieza, añadió–: Y usted, ¡no haga tanto ruido con la escoba! No oigo la televisión.

¡Andando, que es gerundio!

Al salir de casa de Véronique Lupin, Rose se enteró del programa que esta tenía preparado para *Pitusa*. Una verdadera agenda de ministro: todas las semanas, tres sesiones con un psicoterapeuta para perros y dos de peluquería. Y todos los días, una cesta de la compra en Lenôtre, dos paseos por parques situados en los extremos de París y visita de amigos de cuatro patas probablemente conocidos en el Racing. Sin olvidar las sesiones de fotos diarias para alimentar la página de *Pitusa* en las redes sociales. Rose empezaba a ser consciente de que aquel chucho tenía una vida mucho más plena que la suya. Eso sí, no forzosamente más interesante.

¡No es sorprendente que el perro esté perturbado! Le prodigan un trato de favor digno de la reina de Inglaterra, ¡cuando su única hazaña es hacer sus necesidades solo donde no debe!

Saltaba a la vista que dedicar tiempo a Colette resultaría más complicado de lo previsto. Sobre todo si debía cruzarse todo París en transporte público para ofrecer lo mejor a aquel animal malcriado. Se disponía a meterse en la boca del metro para volver a Noisy-le-Grand, a ocuparse de la mudanza, cuando una enorme berlina negra redujo la velocidad a su lado. Un hombre con uniforme de chófer bajó la ventanilla y se dirigió a ella:

–Señorita, ¿adónde vamos?

Rose lo fulminó con la mirada. ¿Por quién la tomaba? ¿Por una profesional? No había sido insensible al «señorita», que no le dirigían con la frecuencia que habría deseado, pero de todos modos no era una manera apropiada de intentar ligar. Se disponía a hacérselo entender, cuando él prosiguió:

–Soy el chófer de la señora Lupin. Como hoy no saldrá a la calle, tras su visita de esta mañana al consultorio de estética, tengo todo el tiempo del mundo para ayudarla con el traslado. Si lo desea, claro... A menos que ya haya previsto otro medio de locomoción para traer todos sus efectos

personales. ¿Reside en París?

Una vez en Noisy-le-Grand, en menos de tres horas las pertenencias de toda una vida quedaron empaquetadas, los muebles cubiertos y la limpieza hecha. Rose había alquilado un trastero para almacenar algunos muebles de los que no deseaba desprenderse pero que no cabrían en el pequeño estudio. Prudente como era, aquella mudanza se le antojaba del todo prematura e irrazonable, puesto que aún no había pasado el período de prueba (a menos que lo hubiera hecho la semana anterior), pero, una vez más, Lili se había mostrado convincente al manifestarle que, en el peor de los casos, siempre podría ir a vivir con ella si perdía su alojamiento.

¡Una vez puesta de patitas en la calle sin contemplaciones por Véronique Lupin!

Rose había decidido llevar consigo las cosas de Baptiste, a sus ojos eran como reliquias. Los cuadernos de canciones infantiles del parvulario, las últimas redacciones del colegio o las fotos de clase constituían los vestigios de una época que la colmaba de nostalgia.

Solo el cacto reseco había ido a parar a la basura, sin el menor remordimiento. Georges había vuelto con una camioneta y la había ayudado a transportar los últimos objetos, los que dejaría en el trastero. Cuando recorrió de nuevo el piso vacío, se le encogió el corazón. Era el fin de una era. Abandonar aquel lugar le dejaba un regusto a duelo. Aunque le constaba que ese día tenía que llegar, nunca lo había imaginado así. Y sobre todo no tan pronto. Agarró la última caja de cartón llena de fotos y de cartas que se habían escrito, cerró la puerta a su espalda y se despidió de su vida anterior. Al presente, avanzaba hacia delante. Sola. Sin posibilidad de volver atrás.

Plutón estaría contento. ¡Pase lo que pase!

Pisotear los propios sueños antes de cultivar la felicidad

El estudio de Rose era funcional, y ahora, con sus cosas, daba la impresión de ser un desván acogedor, lleno de promesas. Había instalado sus fotos, sus cortinas y colchas multicolores, y encendido una varilla de incienso para sentirse como en casa.

Agotada tras un duro día pasado llenando y vaciando cajas de cartón, se acomodó en el sofá y se permitió unos minutos de respiro. Tomó la caja que contenía las fotos y otros momentos memorables de su vida con Baptiste e inició un retorno al pasado.

Se le encogió el corazón al sacar su primera ecografía y la pulserita de nacimiento azul de la maternidad. Al ver las primeras fotos, de repente recordó que Baptiste había sido un recién nacido realmente muy delgado. Cuando nació, ella tuvo mucho miedo de que no aguantase, que perdiera demasiado peso. Era un bebé endeble y tuvo dificultad para entrar en calor por sí solo, de manera que pasó la primera noche en la incubadora, y ella, al otro lado del cristal, contemplando aquel diminuto torso desnudo que se levantaba con regularidad. Lo amó desde ese preciso instante. Cuando al día siguiente lo tuvo por fin en sus brazos, su pequeñín le aferró el dedo y ya no lo soltó. Fue a partir de ese primer contacto cuando se juró no volver a separarse de él jamás. Y sus comidas en la intimidad habían dado fruto: como si hubiera querido tranquilizarla, se había recuperado, gramo a gramo, ofreciéndole unos bonitos y rollizos mofletes para comérselos a besos. Si, tal como dicen, todo se decide antes de los seis años de vida, Rose estaba muy tranquila con la relación afectiva que había consolidado con su pequeño: había besuqueado a su Baptiste hasta la sobredosis.

Bueno, tampoco es de extrañar que trate de despegarse de su madre.

Extrajo asimismo un estuche diminuto, de los que por lo general contienen un bonito anillo. Guardaba en él los dientes que el Ratoncito Pérez había

encontrado, noche tras noche, debajo de la almohada. ¡Aquellos diente-cillos eran como verdaderos diamantes a sus ojos! Si Colette llegaba a descubrir esos pequeños tesoros, sin duda le daría un infarto. Y eso que podía considerarse afortunada: el esmalte era algo bastante higiénico, en comparación con el trozo de cordón umbilical que había acabado por tirar a la basura al cabo de varios años, y con gran esfuerzo.

Acto seguido redescubrió las tarjetas postales que su hijo le había enviado con ocasión de su primera clase de esquí, luego en la granja escuela o en los numerosos campamentos de verano. Su letra, siempre aplicada pero irregular, dejaba a su paso ciertas tachaduras, no pocas faltas y, sobre todo, arrebatos de amor. «Te quiero, mamá.» En aquellas cartas lacónicas y pasablemente descriptivas, se permitía unas últimas líneas sinceras que todavía hoy seguían emocionándola.

Rose se hizo la reflexión de que uno siempre debería empezar por leer las últimas frases de un mensaje. Son las que brotan del corazón y expresan realmente lo que uno no se atreve a decir desde el principio. Al final de la carta surge esa especie de urgencia que traiciona el temor a quedarse sin espacio e incita a decir por fin lo más importante.

Aquella vuelta atrás le hacía bien. Su bebé había crecido. Lo sabía, por supuesto, pero no había calibrado hasta qué punto estaba listo para realizar sus propias experiencias... sin ella. Experiencias que ella llamaba «errores», pero que él designaba sencillamente como «la vida».

Estaba decidida. Hablaría a Baptiste de su padre, le diría su nombre, aunque sabía de antemano que su hijo se quedaría frustrado: ella no tenía modo de saber dónde se hallaba en la actualidad, ¡ni siquiera con la mejor voluntad del mundo! Se habían perdido de vista hacía más de dieciocho años y no habían mantenido el menor contacto. Ella misma había intentado buscarlo en internet, pero era invisible, una de las escasas personas que no tienen un perfil de Facebook.

Nostálgica, buscó en la caja de recuerdos la única fotografía que conservaba de él y que había ocultado numerosos años para no tener que enfrentarse a las preguntas de un Baptiste demasiado joven. Al final la encontró. Estaba metida en un sobre.

El hombre parecía muy joven, no mayor de veinte años, y ya llevaba bata de médico. La instantánea parecía haber sido tomada en el exterior, en un país cálido. El muchacho sonreía al fotógrafo con una mirada seductora. Rose dio

la vuelta a la foto, en el dorso había algo anotado: «Pierre Chenais. 1998. Mali».

La fuerza del recuerdo reavivado era intensa. La herida de su separación no había cicatrizado por completo, ni siquiera más de dieciocho años después. Rose guardó de nuevo la foto en el sobre y metió la caja debajo de la cama.

Esa noche tuvo sueños extraños. Se encontraba en el transbordador espacial de *Star Wars*. Todo era muy confuso, pero al parecer estaba en la piel de Baptiste. De repente aparecía Darth Vader y le revelaba con voz sintética: «Soy tu padre». ¡Rose confiaba en que Pierre no hubiera cambiado tanto!

A palabras necias, oídos sordos

Primer día oficial. A las ocho de la mañana Rose ya estaba lista. Había ido en busca de *Pitusa* al recibidor de Véronique Lupin. El frío polar soplaba por encima de ella. Se dijo que al día siguiente se pondría una camiseta térmica; a ese ritmo, no sería un kilo lo que perdiera, sino la salud.

En la lujosa cesta, ni rastro del perro al que se suponía que debía sacar. Ni rastro tampoco de Véronique, ni siquiera de Colette, que debía de estar en su apartamento. La joven llamó al chucho con un silbido, pero no lo veía por ninguna parte.

Se permitió recorrer todas las habitaciones, de puntillas, en busca de la bola peluda, cuando de pronto se dio de narices con Véronique Lupin, que la fulminó con la mirada. Los labios y las mejillas se le habían deshinchado un poco, pero conservaba cierto aire a *El hombre elefante*.

—¿Qué está buscando? —le soltó con voz glacial.

Probablemente acababa de pasar horas en su nevera adelgazante. Rose se disponía a disculparse y lanzarse a un exhaustivo alegato, cuando de repente recordó que a su patrona no le gustaba perder el tiempo, y menos con la gente «humilde». De manera que optó por una respuesta directa.

—A *Pitusa*. No la he encontrado en su cesta. Quería llevarla a dar su paseo matutino. ¿Quiere que haga alguna compra para la comida o la cena?

—¡Y yo qué sé! ¿De verdad cree que es a mí a quien corresponde abrir la nevera? ¿Le parece que pago a empleados para tener que hacerlo todo yo misma?

—No, desde luego que no, señora. Ya me ocupo yo.

—Está visto que no entiende nada. Le pagan, y muy generosamente, para cuidar de *Pitusa*. Y punto. Ocúpese de sus asuntos y todo irá bien. Sea como fuere, tendrá que apañárselas, me llevo a la cocinera conmigo toda la semana. En los congresos de Richard siempre se come mal, y demasiado.

¿La cocinera? ¡Pero si nunca he visto a una cocinera aquí! ¡No entiendo nada!

–De acuerdo. ¿Cuándo está previsto su regreso?

–Cuando me dé la gana. No voy a rendirle cuentas a usted, ¿no le parece? Hale, largo. Tengo cosas importantes que hacer.

La manicura, seguro, se dijo Rose.

–¿Y qué hay de *Pitusa*? –se atrevió a preguntar.

–Está en mi cama, ¿qué creía? Después de todo, tengo corazón. No voy a dejar a mi pobre bebé tiritando detrás de la puerta.

Creía que se había congelado como todo lo demás.

Véronique Lupin entró en su dormitorio, agarró a la perrita todavía dormida, envuelta por entero en las suaves sábanas de su ama, y se la tendió a Rose.

–¡Y muestre alguna iniciativa, por el amor de Dios! Estaré ausente varios días, tendrá que arreglárselas sola. Georges podrá llevarla a donde le plazca, pero le toca cuidar de la casa. De hecho, próximamente invitaré a varias personas importantes. *Pitusa* tendrá que estar irreprochable y hacernos algunos numeritos.

–¿Importantes en qué sentido?

–Que cuentan desde el punto de vista político. Hay un nuevo proyecto de centro de acogida para personas sin hogar, que el Ayuntamiento de París quiere construir al pie de nuestra casa. ¿Se da cuenta?, estamos llegando a un nivel de indecencia inimaginable. Solo en un año, nuestras viviendas han perdido el diez por ciento de su valor a causa de los sintechos que merodean por aquí y hurgan en nuestros cubos de basura. De manera que si les construyen un alojamiento fijo, ¡el precio caerá en picado! ¡Pero no vamos a permitirlo! Al fin y al cabo, somos nosotros los que pagamos impuestos en este país, los que mantenemos a Francia en pie. Por cierto, ahora que lo pienso, tengo que reprogramar la cita con mi asesor de optimización fiscal...

¿No me digas?

Véronique Lupin había conseguido acallar a su empleada. Rose llevaba varios segundos boquiabierto. Confiaba en que su patrona se echara a reír y le confirmase que se trataba de una broma de mal gusto. Pero no hubo nada de eso. Solo cuando *Pitusa* empezó a agitarse en sus brazos, Rose salió de su ensimismamiento y se decidió a largarse del piso. Necesitaba aire. No aquel aire frío y aséptico, sino el contaminado de la calle, el que rebosaba de vida.

A grandes males, grandes remedios

Véronique la sacaba de sus casillas. Con paso decidido, Rose se encaminó directamente al Café des Batignolles. A *Pitusa*, que iba rezagada, le costaba seguirla. El encantador camarero, Edgar, la recibió con una sonrisa de oreja a oreja y le preparó un capuchino humeante sin necesidad de pedírselo. Siempre se mostraba tan amable que habían acabado por trabar amistad. Charlar con alguien del exterior era algo poco frecuente y muy agradable. La joven fue consciente de que, por primera vez desde hacía mucho tiempo, era cliente habitual de un establecimiento.

Pensó en Colette. Aquella mujer era desconcertante y misteriosa. Resultaba difícil de imaginar, pero no siempre había vivido recluida; Georges, el chófer, le había contado que en otro tiempo la anciana conducía su propio coche, que había trabajado toda su vida, aunque no lo necesitara. Dedicaba horas y horas de su tiempo al servicio de los demás. Le describió a una Colette completamente distinta, volcada en la vida, en el mundo exterior, sociable y servicial. Lo cual todavía despertaba más su curiosidad. ¿Qué le habría ocurrido para encerrarse hasta tal punto?

La perrita se agitaba entre sus piernas. Rose no tenía ningunas ganas de volver a la nevera de Véronique. Como si hubiera percibido su desazón ante la idea de abandonar el café, Edgar le ofreció un chocolate caliente mientras él llevaba al animal un poco más allá para practicar unos ejercicios básicos de adiestramiento, con la ayuda de un trozo de cruasán. El joven era hábil y el chuchó se mostraba cooperativo. Sentado, tumbado, de pie: un trocito. Rose los miraba de lejos, agradecida por aquel momento de tregua. Estaba hojeando el periódico, en esta ocasión evitando la página de sucesos, cuando un grupo de alegres comerciantes entró en el café. Edgar se acercó a saludarlos y se sentaron a la mesa contigua. Acto seguido, se dirigió a Rose:

—Rose, le presento a mis amigos. Morgane, Isabelle, Anne y Laurent. Todos

tienen tienda en el barrio y empiezan aquí su jornada, juntos, tomando un café. ¡Es todo un ritual! Morgane lleva la tienda de ropa para niños; Isabelle, la panadería; Anne, la pequeña tienda de objetos de segunda mano, y Laurent es florista y paisajista.

Rose los saludó con una tímida inclinación de la cabeza. Cada cual le dirigió una sonrisa, un gesto de la mano o una mirada amable. Era poca cosa, pero para ella suponía mucho. Edgar continuó:

–Rose vive en el barrio desde hace poco. Trabaja para la hija de la señora Lupin. Ya sabéis, Véronique.

Todos intercambiaron miradas de entendimiento. Isabelle, la panadera, la miró con aire compasivo y exclamó:

–¡Sí, había reconocido al perro!

Laurent, el florista, prosiguió riendo:

–¡Sepa, querida señora, que tiene usted toda mi admiración!

Rose esbozó una sonrisa incómoda.

–¿Tan grave es?

–¡Claro que no! ¡Están exagerando! –intervino Anne.

–Tiene usted un bebé, ¿no? –le preguntó Morgane–. ¡La vi en la tienda el otro día mirando ranitas!

Rose notó que las lágrimas acudían a sus ojos. Pero bueno, ¡no iba a derrumbarse a la primera pregunta! Parecían todos tan simpáticos... Sería una pena que la tomaran por una depresiva que estaba para el arrastre ya en el primer encuentro. Afortunadamente, Edgar intervino de nuevo:

–¡Estás de coña! ¡Rose tiene un hijo de dieciocho años! ¡Aunque nadie lo diría!

–Desde luego, no aparenta la edad que tiene –aseguró Anne.

Rose se ruborizó. Notó que le ardían las mejillas.

–¡Me halaga!

Mientras servía los cafés a sus vecinos de mesa, Edgar, sin pretenderlo, se disponía a responder a las preguntas que esta pudiera tener.

–¿Sabe, Rose?, ¡también conocían muy bien a Colette! La frecuentaron mucho en la época en que todavía salía a la calle.

–¡Es una pena, me caía muy bien! –dijo Laurent, al tiempo que engullía un enorme pedazo de tarta de fresas–. Todas las semanas paraba en la tienda para comprar un ramo de claveles. Una vez quise regalárselos, ¡pero se negó! Recuerdo que me dijo: «Escuche, joven, ¡sabe muy bien que regalar un ramo

de claveles trae desgracia!». ¡Qué divertida era esa mujer!

–¡No tenía ni idea! –replicó Morgane–. A menudo se los regalo a mi suegra. Claro que, al mismo tiempo, puede que se trate de un acto fallido: me saca de mis casillas con sus alusiones fuera de lugar. «Creo que ya es hora de que penséis en tener un bebé...» «El tiempo pasa.» Como si la espera no resultase ya lo bastante dura de por sí.

Para consolarla, Anne le soltó jovial:

–Hazme caso, lo presiento, ¡la próxima fecundación *in vitro* será la definitiva!

Todos empezaron a cruzar los dedos, tocar la madera de la mesa o incluso darse golpecitos en la coronilla como para desafiar a la mala suerte. A Rose le emocionaba ver a aquella gente sencilla revelar su intimidad tan espontáneamente.

Morgane, en concreto, despertó de inmediato sus simpatías; de entrada le había dado la impresión de que era una persona fuerte, con su voz ronca que, sin embargo, una vez rota por la emoción, la había vuelto tan frágil. Morgane comentó:

–Colette era también una de mis mejores clientas, me compró un montón de ropa de niño. Al principio pensé que era abuela y adquiría regalos para sus nietos, pero más tarde comprendí que hacía donaciones a asociaciones benéficas, cuando me contó que la majareta de su hija no quería críos. Tengo la impresión de que eso la ponía triste. Qué injusta es la vida, habría sido una abuelita estupenda.

Isabelle intervino:

–Es verdad que tenemos clientes habituales y de pronto resulta extraño dejar de verlos de un día para otro. Por entonces era Colette quien hacía la compra, se compraba el pan y los bollos de azúcar ella misma. Ahora, casi siempre es a las empleadas de su hija a las que veo desfilar. De hecho, son pocas las que se quedan. No lo digo para meterle miedo, Rose, pero la mayoría no duran mucho. Lo cierto es que Véronique es insoportable.

Rose se había quedado estupefacta al oír todas aquellas cosas sobre Colette y su «vida de antes», lo cual la intrigaba más aún. Respondió a los comerciantes:

–Perdónenme, pero tengo la impresión de que hablan de alguien que ha muerto... Parece que le hagan un homenaje. ¡Pero Colette sigue viva!

Edgar asintió. Y Laurent, incómodo, respondió:

—Debo confesar que al principio eso fue lo que pensé al ver que ya no venía.

—¡Yo también! —exclamó Isabelle.

—¿Sigue conservando la mesa de granja que le vendí hace algunos años? — quiso saber Anne—. Venía con frecuencia a curiosear por mi tienda, le encantaba encontrar viejos objetos, esos que tienen alma, no como los de la casa de su hija, decía.

Rose comprendía por fin por qué se había encariñado tanto con Colette. Era una persona sensible, un poco como ella. En el fondo, ambas se parecían.

Hizo una pausa y, tras quedarse mirándolos un momento, tomó una gran decisión.

¡Me hierve la sangre!

Colette estaba arrellanada en su sillón de piel, leyendo el periódico que Rose le había llevado por la mañana, cuando llamaron a la puerta. Qué raro, Rose tenía llave. La anciana hizo oídos sordos y volvió a sumirse en su artículo, mientras se ensañaban de nuevo con el timbre.

Rezongando, la menuda mujer trotó hasta la puerta. A través de la mirilla vio varias siluetas. Dio un paso atrás, decidida a no abrir a ningún vendedor, y menos aún a los testigos de Jehová, no estaba de humor para un debate místico. De repente, la puerta se abrió.

—¡Sorpresa! —gritó Rose, entusiasmada con el efecto causado—. ¿Se acuerda de ellos, Colette? Anne, Morgane, Laurent e Isabelle, no les presento a Colette, ¡la conocen mejor que yo!

La anciana se ajustó mejor las gafas en la nariz y miró de arriba abajo a los intrusos que invadían su recibidor. No le eran del todo desconocidos, pero le costaba ubicarlos. Sobre todo se preguntaba que hacían en *su* recibidor, plantados en el sitio como postes de mejillones a la espera de que subiese la marea.

—Sí, creo que sí... Sus caras me resultan familiares... ¡Ah, sí, por supuesto! ¡Pasen!

Colette fingía entusiasmo, pero era una pésima actriz. Rose dirigió una sonrisa crispada a sus invitados y prosiguió:

—¡A la mesa! He comprado chucrut. Luego podremos probar el postre que Colette ha preparado esta mañana. Qué lejos estaba de sospechar que lo compartiríamos entre varios, ¿eh? ¡Me siento como un niño con zapatos nuevos! ¿Qué tal, Colette, está contenta?

Alrededor de la mesa de granja, seis asientos. Por una vez, todos ocupados. De pie junto al horno, la anciana vigilaba el far bretón, una tarta típica de Bretaña, que iba cociéndose suavemente. En la cocina reinaba un silencio

incómodo. Rose empezaba a dudar de lo acertado de su idea, pese a que sobre el papel se le había antojado genial.

Los cuatro, Morgane, Anne, Isabelle y Laurent, habían conocido a Colette en la época en que todavía lograba salir de casa. Y todos la apreciaban. No obstante, ahora que se hallaban reunidos alrededor de aquella vieja conocida, contando los últimos chismes del barrio, la magia no se obraba.

En recuerdo de un tiempo no tan lejano, y con el fin de agradar a la anciana, Isabelle, la panadera, había llevado bollos de azúcar, y Laurent un ramo de claveles. Sin embargo, la conversación había llegado a un punto muerto. Colette, que había acabado por sentarse y servir una porción de tarta a cada uno, escuchaba distraída mientras acababa el crucigrama. Al rato, se levantó de pronto, y estuvo ausente casi media hora. Los comerciantes, que habían aprovechado la pausa de la comida para hacerle una visita, se vieron obligados a marcharse antes de que volviera. Se fueron con la barriga llena (sobre todo Laurent, que había repetido tarta dos veces), pero con el corazón en un puño.

Cuando la anciana volvió a la cocina, con el cabello mojado tras la enésima ducha, Rose no pudo evitar levantar la voz.

–Se ha pasado, Colette. Consigo hacer venir a unas personas a las que conoce y no les hace ni caso. ¡Las dejas aquí plantadas para ir a ducharse! Perdona que se lo diga, pero esas no son maneras.

En un principio, Colette, perpleja, no entendió la acusación de Rose. Se disponía a salir de la estancia para escapar de aquella ridícula discusión, cuando de pronto cambió de opinión y soltó:

–Pero ¿acaso me pidió mi opinión?

Rose estaba estupefacta. Se balanceaba en la silla para ocultar su malestar.

¿Cómo que su opinión? ¿Sobre qué?

–Cree saber lo que es bueno para los demás. Es de esa clase de gente, ¿a que sí?

–Pero bueno, Colette, pensé que la idea le complacería, ¡la aprecian mucho!

–Pues bien, ¡no me apetecía que me pillaran desprevenida! ¡No tiene la menor idea de lo que siento! ¿Con qué derecho se permite hacer algo así?

Rose prosiguió, muy lanzada:

–¿De manera que esa es su excusa? ¿Cuánto tiempo más piensa seguir eludiendo la vida, Colette? Para qué venir si soy incapaz de ayudarla. ¡Me siento tan inútil como un lápiz de color blanco!

–Mire, ¿sabe una cosa? ¡Basta ya! Deje de ocuparse de mí o de tratar de salvarme. Yo no le he pedido nada. Claro que me gustaría volver a ser la de antes, recuperar una existencia normal, reencontrarme con los amigos, ver el color del cielo, respirar el aire puro entre los árboles, el aroma de las flores del parque. Pero no puedo. Y por si no se había dado cuenta, su vida está mucho peor que la mía. Fíjese, si no, en cómo la manipula mi hija. ¡Lo que le hace falta, Rose, es una buena patada en el trasero! Es una pena que nadie se preocupe por usted lo bastante como para propinársela.

Como fulminada por un rayo, Rose se cayó de la silla.

25
¡Eh, toro!

Colette se había pasado un poco y trató de arreglar las cosas. Ironías del destino, ahora era ella quien ofrecía su ayuda.

–Estoy dispuesta a ser quien le dé la patada en el culo, si quiere –dijo–. A sus cuarenta años, tiene todo el tiempo del mundo para corregir el rumbo, su vida no está del todo echada a perder.

–¡Treinta y seis y medio, si no le importa! ¿Está intentando subirme la moral? Pues le ha salido mal.

–Para empezar, necesita amigos. Deje de limitarse a hablar de los demás y empiece a tejer verdaderos lazos con esas personas, Laurent y toda la panda. Hágalo por usted, no por mí. Cuando su hermana abandone París dentro de unos meses, se alegrará de tener amigos simpáticos con los que charlar.

Rose tenía la sensación de estar oyendo a su padre repetirle una y otra vez tan sabio consejo. Era como si Colette leyera en ella con la misma facilidad que su progenitor.

–¿Sabe?, me cuesta abrirme; no es casual que mi hermana sea mi mejor amiga.

–Vamos a resolver todas sus dificultades, pero una por una. ¿Y si empezáramos por la cocina? Ignoro cómo se retiene a un hombre, pero para atraerlo, lo esencial es impresionarlo, y no estoy segura de que sus platos congelados estén a la altura. De manera que, después del café matutino, me hará el favor de ir a comprar los ingredientes que le indicaré. Le enseñaré una nueva receta cada día. Tras una pelea, algún día podrán serle útiles.

–¿Sabe?, mis platitos congelados están muy buenos, nadie se da cuenta de nada –replicó ofendida–, pero, de acuerdo, ¿por qué no? ¡Eso nos mantendrá ocupadas!

–Una última cosa, Rose. Se lo ruego, ¡haga el favor de autoafirmarse!

–¡Pero si ya lo hago!

–A otro perro con ese hueso... Empiece por practicar con *Pitusa*. Con ella no tiene nada que perder, usted solo desea una cosa, me he dado perfecta cuenta, y es que la deje en paz...

Rendirse a la evidencia

Tras buscar durante más de veinte minutos la maldita correa de *Pitusa*, Rose estaba lista por fin para su misión exprés alrededor de la manzana. En el ascensor, el animalito no dejaba de dirigirle curiosas miradas interrogantes, como si a su vez estuviera descubriendo que existía un mundo exterior.

En primer lugar, en dirección al parque para un paseo rápido y aliviar la vejiga. Al tener que tirar del carrito de la compra que Colette le había insistido en que se llevara, porque «las patatas pesan como un muerto», Rose no avanzaba muy deprisa. En cuanto a la perra, había decidido no colaborar en absoluto. Se negaba a moverse. La joven estaba a un paso de llevarla a rastras. No pensaba ceder bajo ningún concepto a los chantajes de un peso pluma. Si no lograba imponerse a ese perrillo gruñón, no existía la menor probabilidad de que lo consiguiera con una persona.

Saltaba a la vista que aquel bonito lulú de Pomerania perfectamente peinado no tenía costumbre de desplazarse por sí mismo. Justo entonces, Rose pensó en la bolsa de Louis Vuitton del recibidor y que, probablemente, servía para transportar al animal allá donde fuera Véronique. Sin embargo, en lo que a ella se refería, *Enana* tendría que obedecer sus reglas. Y andar a cuatro patas.

Todavía les faltaba bastante para acabar de dar la vuelta al parque y el tiempo iba pasando. Irritada, la joven miraba al animal tumbado cuan largo era sobre el costado, que aceptaba su destino de ser arrastrado como un fardo hasta el piso, cuando de pronto se le ocurrió una idea. Se sacó del bolsillo una de las golosinas para perro que había comprado esa misma mañana, al recordar un anuncio que proclamaba unos dientes más sanos para chuchos menos protestones (o algo parecido), y se la tendió a *Gruñona*.

Al instante, el bicho se irguió sobre las patas traseras y corrió a atrapar el hueso, que agarró entre los minúsculos colmillos. Rose aprovechó para avanzar. Ahora, la perrita trotaba a su espalda, ocupada en mascar. No

obstante, recorrida la mitad del paseo, seguía sin hacer pipí.

Durante sus compras en los comercios, Rose descubrió estupefacta que la carne picada «no había nacido» envasada en su plástico ovalado. ¡Antes había tenido una vida! Una vida que terminaba violentamente ante su vista: un hermoso trozo de carne roja acababa de pasar a través de la picadora en pocos segundos. Se dijo que la próxima vez obligaría a *Mosquita* a disfrutar del espectáculo, para que dejase de hacerse la chula, con su kilo y medio de peso como mucho y su incontestable talento de actriz. En efecto, en el camino de vuelta, terminada su golosina, de repente el chucho se había puesto a ladrar. En cuanto ella se volvía para instarla a hacer sus necesidades antes de llegar a casa, pasaba de un trotecillo rápido a un paso cansino. Trataba de engatusarla por todos los medios, sospechando que llevaba más golosinas en el bolsillo. Pero Rose no era Véronique, y no se dejaría ablandar por una manipuladora bola de pelo.

Por supuesto, las ganas de hacer pipí le entraron justo delante de su edificio, y la perrita se alivió largo rato, ante la mirada estupefacta de la portera, a la que Rose saludó a toda prisa fingiendo que la esperaban. ¿Tan impaciente estaba por volver junto a Colette con objeto de reducir patatas a puré y preparar un pastel de carne para chuparse los dedos? Y encima con el sofocante calor de junio. La anciana habría podido enseñarle la receta de la paella o del gazpacho, eso le habría molado más.

A su regreso, encontró a Colette en el sofá de Véronique. Parecía preocupada. Rose se adelantó a presentarle sus disculpas: el periplo canino había requerido el doble de tiempo del inicialmente previsto. La anciana no parecía haberla oído. Miraba fijamente una botella de vinagre blanco. Rose la llamó por su nombre varias veces, pero parecía que «el abonado al que llama está ocupado, por favor, inténtelo de nuevo más tarde». Varios milenios más tarde, a juzgar por el aspecto imperturbable de Colette. Parecía estar bajo los efectos de la hipnosis. O tal vez fuera sonámbula y en aquel momento se hallara sumida en un profundo trance.

—Entonces, ¿qué, preparamos ese pastel? —preguntó de repente la anciana Lupin.

Rose se sobresaltó. Las palabras de su hermana, Lili, le vinieron a la mente. «Nunca se necesita a una señora de compañía para los casos fáciles...» Estaba claro que aquello no era moco de pavo: Colette era corta de luces.

Colette, 45 kilos estando mojada, exhibía una energía impresionante delante de los fogones. Aunque la receta fuera sencilla, no por eso requería menos organización. La cocinera lo supervisaba todo y Rose jugaba a hacer de pinche dócil. Pero lo cierto es que era una inepta, una inútil redomada, de esas personas que son un lastre para el grupo. Mientras quitaba la piel a un cuarto de patata, el tiempo necesario para entender cómo funcionaba aquel extraño pelador, Colette ya había mondado, cortado y puesto a hervir cuatro de ellas.

La anciana la vigilaba, preguntándose sinceramente dónde estaba la dificultad del ejercicio... Por su parte, Rose era ya consciente de que nunca volvería a cocinar con ella, ni intentaría confeccionar jamás un pastel de carne. Cuánto esfuerzo y tiempo perdidos, se decía, cuando podía comprarlo tan bueno, ya preparado. Se prestaba al juego para contentar a Colette, pero, a decir verdad, esta debía adaptarse a la época y comprender que las mujeres activas tienen otras tareas que desempeñar, ¡en vez de preparar una pierna de cordero tras una dura jornada de trabajo!

Rose había tratado por todos los medios de reorientar la conversación. No porque no le apasionara la vida de un pasapurés, sino porque le habría gustado saber más sobre aquella extraña mujer, sobre lo que hacía antes, su relación con los demás, en especial con su hija... Cada uno de sus intentos se había estrellado contra una estricta llamada al orden hacia la siguiente fase de la enseñanza culinaria. Tal vez la gastronomía fuera una cuestión demasiado seria para que Colette pudiese plantearse estar de cháchara al mismo tiempo. Rose había intentado romper el hielo hablando de sí misma, pero la chef del día se había apresurado a regañarla, ni siquiera la ablandaron sus ojos llenos de lágrimas:

—¡Las cebollas cortadas más finas!

Con el pastel de carne gratinándose en el horno, Colette propuso empezar

con el postre: una *crème brûlée*, crema quemada.

Su cabeza sí que está quemada, se dijo Rose.

–¿No prefiere que le prepare mi especialidad? Creo que lo necesito. ¡Un Spritz! Una bebida estimulante bien fresquita nos sentará bien. ¿Qué opina, Colette?

–Si la idea de beber mientras trabaja no le molesta, entonces por qué no... Detesto brindar sola, al revés que mi hija.

–Tiene razón, Colette. Mejor hacemos un virgin mojito. Es como un mojito pero sin alcohol. Nos vendrá bien, ¡hace tanto calor! Por cierto, bajemos un momento al piso de Véronique, si no le importa. El aire acondicionado nos refrescará. Tengo como sofocos. Si no tuviera treinta y seis años, empezaría a preocuparme...

–¿Nunca ha oído hablar de la menopausia precoz? –preguntó Colette aferrada al brazo de Rose, que la ayudaba a bajar los últimos escalones.

Rose nunca se había emborrachado tanto con un cóctel sin alcohol. Era como si se hubiera equivocado al prepararlo. Hasta Colette se había vuelto algo más locuaz. A su lado, *Chupito de tequila* estaba atenta a la conversación y a los palitos de sésamo caseros que Rose había confeccionado ante la mirada quisquillosa de su profesora.

Colette hacía muchas preguntas, al tiempo que procuraba hablar lo menos posible de sí misma.

—Pero hay algo que no entiendo, Rose. Cursó estudios, se sacó el bachillerato, ¿y luego lo dejó todo de un día para otro para trabajar como niñera?

—Para ser «madre a jornada completa» sería más exacto. Llegó Baptiste, algo que no estaba previsto. Algunas lo llamarían «un error de juventud». Yo diría «la más bella sorpresa» de mi vida. Aunque su papá no estuviera a mi lado, tuve claro que aquel bebé era la cosa más maravillosa que había podido ocurrirme. Fui niñera los tres primeros años de su vida para poder estar a su lado al tiempo que me ocupaba de otros niños. Y continué por comodidad. Así son las cosas: ya han pasado dieciocho años y sigo siendo niñera. En la época en que me quedé embarazada, estaba preparando la prueba de acceso a Enfermería. Tenía aptitudes, pero, lamentablemente, no conseguí aprobar el examen.

—¿Y no ha vuelto a intentarlo?

—No. Renuncié a ello. Y ahora es demasiado tarde.

—«Demasiado tarde»... ¡Es lo único que sabe decir! Qué deprimente es usted... Créame, a fuerza de ocuparse de los demás, uno acaba por olvidarse de sí mismo... Su hijo jamás valorará la magnitud de los sacrificios que ha hecho por él.

—No se trata de sacrificios. Me he limitado a cumplir con mi deber.

Además, estoy acostumbrada. Así son las cosas. Siempre he antepuesto las necesidades de los demás a las mías... Sí, fui madre muy joven. Supe arreglármelas, porque ya lo había hecho por mi hermana mayor y por mi padre cuando mi madre nos dejó; tenía yo diez años. Como sin duda imaginará, los platos que les preparaba no eran alta cocina, pero ponía en ello todo mi corazón y lo cierto es que nunca se quejaron. Este año fue mi padre quien nos dejó. Y todavía no sabe lo mejor... No sé usted, Colette, pero yo necesito un pequeño estimulante.

Se levantó y fue en busca de la botella de ron. Llenó el fondo de la copa y completó el cóctel, que ya no tenía nada de «virginal».

–¿Lo mejor? –repitió Colette.

–Lo mejor, decía, es que dentro de unos meses voy a ser abuela. ¡Como se lo cuento! De manera que solo me falta la menopausia precoz, como usted dice, ¡y el vaso estará colmado!

Un tanto achispada, Rose soltó la copa y se disculpó ante Colette.

–Lo siento mucho. No pretendía aburrirla con mis problemas personales. Me he pasado de la raya. Y eso no es en absoluto profesional. Todo esto me supera y aparte de mi hermana, ya no tengo a nadie con quien hablar... Si mi madre siguiera ahí, tal vez habría podido ayudarme...

–¿Sabe? No por el hecho de estar vivos los seres queridos son perfectos o dignos de dar consejos. Seguramente su madre no lo habría hecho mejor que usted en una situación semejante.

Las dos mujeres se miraron en silencio, perdidas en sus pensamientos. Rose apuró la copa de un trago antes de lanzarse.

–Y bien, ¿a qué vamos a dedicarnos las dos? Esta semana, quiero decir. Tal vez haya cosas que le gustaría hacer. Le juro que no la obligaré a nada.

Colette no respondió. Se olía una trampa. En teoría, nunca querían imponerle nada, y sin embargo la juzgaban. La llamaban «perezosa», «exagerada» o le sermoneaban: «¡Hacer algún esfuerzo de vez en cuando tampoco es nada del otro mundo!». Sin embargo, no tenía que demostrar nada, ni a nadie. Ella sabía muy bien que no siempre había sido así.

Todavía recordaba aquel camino rural. El día en que todo dio un vuelco. Se dirigía a la sede de la asociación para jóvenes madres solteras, donde trabajaba como voluntaria. Una jubilada activa, de las que no abundan, solían decirle. Y de pronto, el pánico la embargó, los espasmos se adueñaron de ella y ya no consiguió controlarse. La incapacidad de recuperar el dominio de sí

misma. La sensación de asfixia. De estar muriéndose. Y el coche que avanzaba solo, cada metro de los ocho kilómetros del trayecto, con las luces de emergencia encendidas, antes de estamparse contra un pequeño terraplén. Lloró sin parar durante más de una hora. De miedo. Su cuerpo era presa de convulsiones irreprimibles. Tenía los ojos cegados por tantos años de lágrimas contenidas. Y la sensación de haber alcanzado un punto de no retorno. De haber llegado al día después. No era un acontecimiento concreto, sino un cúmulo de cosas lo que la había llevado a aquella situación. La sensación de fracaso que intentaba colmar mediante una vida social muy intensa. Todo aquello ya no le bastaba.

A su espalda, reflejado en el retrovisor, un paso de peatones y una señal de tráfico que indicaba que no lejos de allí quedaba la salida de un colegio. Habría podido herir a un niño. Por primera vez comprendió que las frustraciones acumuladas la habían convertido en un peligro ambulante para los demás. Era esa idea la que le atormentaba y lo que definitivamente la convenció de que en el exterior no había nada bueno para ella. En consecuencia, decidió no volver a conducir jamás, ni a trabajar. En pocas palabras, decidió no volver a salir de casa jamás. Para no ser un peligro.

Colette tomó conciencia de que, creyendo actuar bien, llevaba años provocando catástrofes. La mayor de las cuales era su propia hija, Véronique, que se había convertido ante sus ojos en un monstruo egoísta oculto bajo una espesa capa de superficialidad. No lo había visto venir. Al implicarse en cuerpo y alma en sus asociaciones, no fue consciente de que desatendía a su hija: ¡cualquier perro perdido tenía prioridad sobre ella! A partir de aquel momento, la culpa empezó a corroerla. Véronique seguía una terapia y eso había hecho resurgir sus propios fantasmas. Colette tuvo que admitir que estaba inmersa en la negación. No había percibido en absoluto el sufrimiento de su hija, ni su bulimia, su fragilidad. Ahora la castigaban por haber estado ciega.

Véronique se vengaba ignorándola, igual que ella se había sentido ignorada durante años. El amor que profesaba a su perrita era como una provocación. Colette se había resignado, ¿cómo podía encontrar gusto a nada cuando, manifiestamente, merecía menos consideración que un animal?

Cuando Rose le propuso de nuevo pasear, ir a ver los jardines, escuchar el canto de las aves, tomar un capuchino en el bar de abajo, le habría gustado poder contarle todo aquello. No para disculparse o redimirse, ni para gozar de

paz, sino con el fin de que la joven supiera la clase de persona que había sido «antes». No obstante, Colette guardó silencio y respondió a la enésima propuesta con un simple «no».

No me vengas con cuentos

Sentada a la mesa ante un capuchino con un corazón dibujado en la espuma de leche, Rose hablaba con Edgar de cuánto la había decepcionado Colette cuando llevó a los comerciantes a verla a casa. La joven reconoció que se había precipitado y se lo reprochaba: había dado prueba de falta de tacto. Edgar se habría sumado gustoso a ellos a la fiestecita en casa de la anciana, pero tenía que seguir al frente de su establecimiento.

Cuando llegó a la barra y vio la expresión mohína de Rose, Laurent fue a sentarse frente a ella. La joven le contó la crispada discusión que había tenido con Colette. Laurent se sumió de pronto en una reflexión silenciosa. Larga. Muy larga, de hecho, durante la cual ni siquiera probó su Paris-Brest de masa choux rellena de crema. Rose lanzaba miradas interrogantes a Edgar para averiguar si el mutismo del florista era algo habitual, cuando de repente este declaró:

—Lo tengo, Rose, se me acaba de ocurrir. Ya sé lo que podemos hacer por Colette.

Dicho lo cual, engulló un trozo de pastel.

Al día siguiente ambos se pusieron manos a la obra. *Pitusa* no entendía nada de toda aquella agitación. Su pelaje blanco se iba volviendo imperceptiblemente beis, pero el hecho no parecía molestar a nadie.

Laurent no paraba quieto, sudaba la gota gorda. Rose lo ayudaba, levantaba grandes macetas, cortaba, cavaba. También a *Pitusa* le habría gustado cavar, pero nunca había tocado aquella materia marrón y aromática.

Estuvieron ocupados dos tardes enteras. Rose se pasaba de vez en cuando a ver a Colette para que no sospechase nada. Tuvo que tomarse también libertades en lo tocante a las obligaciones de peluquería y terapia para perros, pero sentía que esta vez valía la pena lo que estaba haciendo. La sorpresa iba a ser morrocotuda.

Finalmente, cuando todo quedó listo, Rose pudo conciliar el sueño encantada con la alegría que iba a llevarse Colette.

Renovarse o morir

La anciana aún dormía. Rose estaba inclinada sobre ella, observándola. Tenía un aspecto apacible. Nada dejaba adivinar la consternación que la había tenido despierta buena parte de la noche.

Rose se sentía superemocionada e impaciente. Solo albergaba un deseo: despertar a Colette y decirle que tenía una maravillosa sorpresa para ella. Sin embargo, la anciana dormía profundamente. Le recordaba las mañanas de Navidad, en que la joven madre era siempre la primera en levantarse, antes que Baptiste, e indefectiblemente acudía a la habitación de su hijo, donde daba vueltas y más vueltas hasta despertarlo, para contemplar por fin la ancha sonrisa que le iluminaba el rostro al descubrir los regalos que Papá Noel había depositado al pie del árbol.

Cuando dieron las nueve en el gran reloj de péndulo, Rose arrastró ruidosamente por el suelo la silla en la que estaba sentada. Colette abrió un ojo, luego se volvió de lado y de nuevo empezó a roncar, ignorándola olímpicamente.

Molesta, Rose se dirigió a la cocina y empezó a abrir todos los armarios y a cerrarlos de golpe en un concierto de música contemporánea muy audaz, hasta que Colette apareció por fin en el umbral de la puerta.

—No soporto que me miren cuando duermo. Y todavía menos que pongan los dedos sucios en mis muebles. Tendré que volver a lavarlo todo. Y lo sabe muy bien. Así pues, ¿a qué debo el honor de su presencia en mi dormitorio desde hace más de una hora?

—¿Sabía que estaba ahí? ¿Y fingía dormir? ¡Pero eso es pura tortura! ¡Tanto para mí como para usted!

—¡Al menos podría haberme preparado un té! El olor me habría sacado de la cama mucho antes. Bueno, ¿qué pasa, pues? ¿Se ha reconciliado con su hijo?

—No, no es tan fantástico como eso. ¡Tengo una sorpresa para usted!

–¡Eh, pare el carro! No me gustan las sorpresas, y menos las tuyas –replicó Colette sirviéndose una taza hirviendo–. Creía habérselo dejado claro. ¿Y si nos limitamos a decir que no me gusta y pasamos directamente a nuestra clase de cocina? Hoy me gustaría enseñarle a preparar chucrut.

–No es precisamente la temporada, pero encantada; eso sí, una vez que haya hecho los honores a mi sorpresa.

–Es usted muy «insistente», ¡y conste que estoy eligiendo las palabras!

–¿Acaso no fue usted quien me animó a autoafirmarme más?

–Sí, ¡pero no a mi costa!

–Pues bien, acompáñeme, y luego ya me dirá si he hecho mal.

La muy arpía se levantó y fue a encerrarse en el cuarto de baño. Rose tuvo que soportar la tortura de la ducha más de veinte minutos, cuando lo único que deseaba era subir corriendo al piso de arriba...

Cuando por fin Colette estuvo lista, vestida de blanco de pies a cabeza, la joven la agarró del brazo y la llevó al sexto y último piso del inmueble. Borearon el pequeño estudio de Rose, dejaron atrás la escalera del edificio, los antiguos aseos de las buhardillas, y se dirigieron hacia la ventana de guillotina situada al fondo del pasillo.

–Ahora necesitamos la flexibilidad de cuando era joven, Colette. Yo la ayudaré. Agache la cabeza y pase una pierna y luego la otra.

La anciana se disponía a obedecer como una niña buena, cuando de pronto se paró en seco.

–Rose, supongo que recuerda que no tengo ningunas ganas de pasearme por la calle, ¿verdad? Y menos bajando por la escalera de incendios...

Rose sonrió. A continuación le tomó la mano y le soltó:

–Sí, recuerdo todo lo que me dijo. Que soñaba con ver el color del cielo, con respirar el aire puro de los árboles... Cierre los ojos y confíe en mí, Colette. Yo la guiaré.

La anciana suspiró, levantó la vista al cielo exasperada y acabó por bajar los párpados. Rose la mantuvo pegada a ella con firmeza y juntas franquearon la ancha abertura. Dieron unos pasos y luego la joven pidió a Colette que abriera los ojos. Cosa que esta hizo.

Tenía delante un pequeño paraíso. Árboles, flores, un banco de madera, una fuente, pequeñas estatuas, enrejados con plantas trepadoras para ocultar el cemento de las paredes. En suma, en lugar de la azotea desnuda del edificio, Laurent, el florista y paisajista, había recreado un nidito de verdor de

cincuenta metros cuadrados, solo para Colette.

Esta no pudo evitar sonreír. Dio unos pasos para ir a acariciar las hojas de los árboles e inclinarse sobre las aromáticas rosas.

–Desde luego, ¡menuda sorpresa! –fue lo único que consiguió susurrar–. Me esperaba cualquier cosa de usted, pero esto no.

–Quería que me perdonara. Me pasé de la raya al hacer venir a su casa a unos simples conocidos, y sin avisar.

Colette le dirigió una sonrisa y prosiguió con su exploración botánica.

–¡Si hasta hay un pequeño huerto! ¡Tendré mis verduras a mano sin necesidad de salir de casa! –dijo burlona, sonriéndole de nuevo.

–¡Ese no es en absoluto el objetivo, como supondrá, Colette, al contrario! ¿Le gusta? –quiso saber Rose, bastante segura de la respuesta.

–Sí, evidentemente. Pero... ¿ha pedido permiso a mi hija para montar esta pequeña maravilla?

Rose replicó con una sonrisa crispada. No había pensado en ese pequeño detalle, que sin duda tendría repercusión en su futuro junto a Colette. Esta la tomó de la mano y la hizo sentar a su lado en el banco.

–No estamos obligadas a contárselo. Será nuestro secreto. Si lo descubre, qué digo, cuando lo descubra, porque siempre lo averigua todo, diré que fue idea mía. Contra eso no podrá hacer nada. ¡Estoy en mi casa, por Dios!

–Gracias –se limitó a decir Rose, consciente de que Colette le había resuelto la papeleta–. Como ve, estoy siguiendo sus consejos y aprendiendo a salirme del camino que trazan para mí.

–Por cierto, ¿cómo se las ha arreglado para pagar todo esto? Sé que mi hija es muy generosa en lo que se refiere a su perra, pero no creo que le haya dado un anticipo.

–La verdad es que yo no tengo nada que ver. Fue Laurent, ya sabe, el florista que vino el otro día, quien quiso regalárselo. Deseaba complacerla; ignoro el porqué, pero ¡se diría que usted le hizo tilín! Hasta plantó claveles. Sus favoritos... –recalcó Rose con un guiño–. Aprovechará este diseño *roof top*, como él lo llama, para incluirlo en su *book* y hacerse un nombre entre los parisinos.

Colette no decía ni mu. Era inconcebible que alguien, a quien por otra parte tampoco conocía tanto, pudiera hacerle semejante regalo.

–¿Y qué es eso de su *book*? ¿Tiene algo que ver con *Fasbook*?

–No, nada, pero si lo desea, puedo enseñarle su página web con todos sus

diseños. Ya verá, hace unos trabajos muy bonitos.

–¡Ya lo veo! Pero ¿cómo podría darle las gracias? ¿Y también a usted, Rose?

–En lo que a mí respecta, tengo una idea. En cuanto a Laurent, puedo preguntárselo, pero me parece que en realidad no espera nada. Aunque creo que una porción de su tarta de fresas casera lo colmaría de felicidad. Por si no se había dado cuenta, ¡es un goloso! ¡No fue *Pitusa* quien rebañó el plato de far bretón el otro día!

Colette sonrió y dijo:

–Ahora, lo que tenemos que hacer es conservar nuestro jardín secreto. Con *Pitusa* y *Véronique* por medio, no será fácil...

31
¡Gracias!

Era verdad que después de varios días, Pitusa se había vuelto gris. El polvo y la tierra del jardín en construcción habían dejado sin brillo el pelo del lulú. De manera que había llegado el momento de visitar la peluquería de lujo, situada en la otra punta de la ciudad. ¿Por qué simplificar las cosas cuando se pueden complicar? Y más cuando, al subir al coche al final de la calle, Rose se había dado cuenta de que en el edificio contiguo al suyo había un salón de belleza para perros.

La «perroquera», como le gustaba llamarse, pidió a Rose que tuviera la bondad de esperar en la sala mientras ella operaba. Rose se aseguró de que Karine —que así era como se llamaba la chica con las mechas verdes— le confirmase que «operar» no significaba que fueran a someter al chuchó a una intervención quirúrgica. Al echar un vistazo a través de la sala del fondo, había visto unas cadenas que colgaban del techo y una mesa de acero inoxidable. La peluquera canina se rio y, como si se dirigiera a un niño de cuatro años, le respondió:

—¡No, aquí lo que opera es la magia! Haga el favor de quedarse ahí y déjeme a solas con *Pitusa*.

En la sala de espera, Rose tuvo un ataque alérgico de campeonato. Hasta el presente había sobrevivido a *Pitusa* manteniéndola a distancia, pero, en el país donde los animales de pelo eran los reyes, la joven encadenaba estornudo tras estornudo. Sabía que no debería haber tocado las revistas especializadas, de varias décadas de antigüedad, pero la locura de los concursos caninos la había intrigado.

Salió a la calle para oxigenarse los pulmones. En aquel barrio popular y multiétnico, se cruzó con numerosos turistas asiáticos, que le hicieron preguntas sencillas en inglés, a las que fue incapaz de responder. Hasta Colette tenía más conocimiento que ella de lenguas extranjeras. Sabía que su nivel era

deplorable. Baptiste se había burlado de ella a menudo, sobre todo por inventarse la letra cuando cantaba en inglés, pero forzoso era reconocer que los varios fines de semana en Londres que le había regalado habían permitido a su querido hijo librarse de aquella pesada herencia limitadora.

A Rose le daba tanta vergüenza su bajo nivel de idiomas que durante mucho tiempo tuvo un sueño recurrente. Una pesadilla, más bien. Los servicios sociales pasaban de improviso por su casa y le arrancaban a su hijo. Después la llevaban a una enorme sala de exámenes silenciosa, donde se encontraba sola entre miles de pupitres; le prometían devolverle a su hijo si aprobaba el examen de inglés. Se despertaba bañada en sudor, tratando desesperadamente de recordar el pretérito de los verbos irregulares.

Le habría gustado poder mejorar, incluso pedir ayuda a Colette, pero realmente no cabía decir que entre las cuatro paredes de su vivienda necesitaran para nada la lengua de Shakespeare. Si bien Rose no tenía gran cosa que enseñar a la anciana, disfrutaba aprendiendo de ella. De ese modo Colette se sentía útil y Rose tenía la sensación de estar consolidando una relación parecida a la que le habría gustado mantener con su propia madre, si la hubiera conocido.

Perdida en sus pensamientos, Rose acabó por reencontrar el camino del salón de peluquería. A su regreso, fue recibida por la mirada de desaprobación de Karine.

—Pero ¿se puede saber qué le ha hecho a *Pitusa*? ¡Nunca la había visto en semejante estado! Nudos por todas partes, un pelo asfixiado que no respira desde hace varios días. La he dejado más de treinta minutos en el baño hasta conseguir que el color del agua volviera a ser transparente. A este nivel, estamos hablando de negligencia. La señora Lupin se halla ausente estos días, ¿no es así?

Rose se tomó aquella reflexión como una bofetada.

¿Qué estaba insinuando aquella insolente de mechas verdes? ¿Que descuidaba a *Pitusa*?

En momentos así, Rose intentaba recordar por qué había aceptado aquel trabajo. Ya desde el primer vistazo, aquella chica se le había atragantado. Aunque tuviera que codearse con ella todas las semanas, no cabía duda de que no llegarían a ser amigas.

Dog-sitter contra Perroquera: ¡*Pitusa* tendría que elegir!

¡El tiempo se agota!

Sentada en los peldaños de la gran escalera del edificio, Rose esperaba a que su hijo contestara al teléfono. Este se hacía de rogar, pero no pensaba darse por vencida. Se disponía a colgar, mientras iba y venía entre la puerta entreabierta de Colette y el rellano, cuando por fin contestó. Tal vez ya no estuviera enfadado con ella. Rose sonrió e hizo un gesto positivo a Colette, que la estaba observando, pero de pronto su rostro se ensombreció. La anciana salió al pasillo y pegó el oído al teléfono, de manera que también pudo oír:

–¿Digaaaa? ¿Digaaaaaaa?

Para Rose era evidente: no sonaba como de costumbre... No era Baptiste quien estaba al teléfono, sino una mujer con un acento afectado. Pero ¿dónde demonios se había dejado el móvil su hijo?

–¿Oiga? –respondió tímidamente Rose–. Querría hablar con Baptiste. Soy su madre. ¿Está por ahí?

–Sí, no se retire, señora, por favor.

Como si se dirigiera a algún otro, su interlocutora añadió, en un inglés perfecto, una frase que Rose no entendió: «Don't hang up the phone please, we'll take your reservation as soon as possible».

Presas de las dudas, Rose miró a Colette con cara de pánico, antes de proseguir torpemente:

–¿Jessica? ¿Eres tú?

Tras un instante de indecisión, una de esas vacilaciones que parecen durar horas, la joven repuso:

–Sí, señora, no se retire, voy a buscar a Baptiste.

Rose se dijo que la muchacha tenía una voz dulce, perfecta para calmar a un bebé y cantarle una nana. También pensó que sin duda su hijo estaba tranquilo con ella, había algo tranquilizador en su manera de hablar, de articular las sílabas, que de inmediato inspiraba confianza. Se dio cuenta de que en

realidad no sabía nada de su nuera. No la conocía, ni siquiera habían hablado por teléfono. Únicamente la había visto en foto en el fondo de pantalla del móvil de Baptiste –una guapa pelirroja con una llamativa melena–, pero en ningún momento había imaginado que aquella chiquilla pudiera ser de origen británico.

Más bien se había imaginado a una muchacha de barrio conflictivo que había hecho formación profesional debido a su fracaso escolar y que arrastraba a su hijo por el mal camino, mientras este intentaba seguir dócilmente su vocación de jefe de sala. Rose había permanecido ojo avizor. El grupo de rap NTM le había enseñado: *No dejes tirado a tu hijo si no quieres que se descarríe.*

La voz de Baptiste la devolvió a la realidad.

–¿¿¡Sí!??

–Dime, Baptiste, ¿es Jessica la que se ha puesto al teléfono?

–Sí, ¿por qué?

–Por nada, no me la imaginaba así.

–¿Qué significa «así»?

–Tranquilo, no es nada malo... Parece más bien pija... ¿Es inglesa? ¡No he entendido ni papa de lo que ha dicho antes de pasarte el teléfono!

–Ya te dije que te equivocabas sobre ella. Pero siempre tienes que juzgar a la gente antes de intentar conocerla. ¿Acaso querías charlar con Jessica? Ah, no, claro, olvidaba que el inglés se te da fatal. ¿Qué quieres?

Colette abrió unos ojos como platos, estupefacta ante el tono que aquel mocoso de 18 años adoptaba con su madre. Rose, que ya estaba acostumbrada, prosiguió:

–Quería saber cómo estabas.

–No me apetece hablar del tiempo como si no hubiera pasado nada. Ya sabes lo que quiero. Paso de fingir. Y además, ahora estamos en el trabajo, no tengo tiempo. La próxima vez que me llames, que sea para decirme quién es mi padre. De lo contrario, puedes ahorrarte la llamada. Hasta luego.

A Colette le impactó que colgara con tamaña brusquedad. Se quejaba de su hija, pero aquel crío insolente también se las traía. La joven puso cara de perro apaleado y entró en el pequeño apartamento para preparar la comida. La anciana se reconoció en Rose y por primera vez sintió verdadera empatía por ella.

A quien no madruga...

Colette le ofreció el brazo a la joven, que seguía estremecida. ¿Cómo podía su hijo ser tan duro con ella?

–Venga, pasemos a la cocina, vamos a preparar la dorada. Eso nos distraerá.

Rose no perdía su semblante deprimido. Ya no sabía qué hacer. Colette le había sugerido que no volviera a dejarse pisotear, pero su hijo seguía hablándole en un tono inadmisiblemente al que ella no sabía responder.

La anciana le tendió el delantal y tomó asiento. Le iba soltando las instrucciones una por una:

–El horno a doscientos grados. Compruebe que han vaciado bien el pescado. El zumo de limón por fuera, y también por dentro. No olvide echar aceite en la fuente, de lo contrario se pegará. Ahora baje la temperatura del horno.

Rose obedecía, pero no ponía el corazón en ello. De hecho, por mucho que había seguido todos los pasos de la receta al pie de la letra, cuando lo probó, el pescado sabía a fracaso. No había acertado con el punto de cocción. «La próxima vez saldrá mejor», le prometió Colette. Pero Rose sabía que no habría una próxima dorada. ¿Para quién iba a prepararla?

La anciana rompió el hielo:

–Cuéntemelo todo. ¿Cómo ha llegado a tal extremo con su hijo? ¿Por qué está tan furioso?

Rose suspiró y se dispuso a dar una explicación lo más sucinta posible. La anciana sirvió una taza de té a cada una, acompañada de *financiers* de naranja caseros.

–Por descontado que Baptiste me hacía a menudo la pregunta. Sencillamente, nunca le dije la verdad. Inventaba. Improvisaba respuestas. En el fondo, confiaba en que se le pasara, creí que acabaría por renunciar.

Colette depositó la tetera en la mesa y preguntó desconcertada:

–Pero ¿qué necesidad había de mentirle? ¿Acaso tuvo un hijo con un terrorista? ¿Un nazi? ¿Un extraterrestre? ¿Con su hermano? Dígamelo, le prometo que no la juzgaré.

–¡En absoluto! ¡Pero bueno, Colette!

–¡Y yo qué sé! En nuestros días se oyen tantas cosas...

La anciana percibió su malestar. Rose tenía los ojos empañados. Le tendió la caja de pañuelos y añadió, temiéndose lo peor:

–¿El padre no está al corriente de que tiene un hijo?

Rose exhibió una expresión culpable.

–No. Nunca lo supo, y después de todo lo que hemos vivido sin él, no veo qué interés pueda tener hurgar en la herida y hacerle tomar conciencia de lo que se ha perdido.

Colette se quedó pensativa. Hacía rato que de las tazas ya no salía humo. La joven la miró con desesperación. Era la primera vez que se confiaba sobre aquella cuestión. Ni siquiera a Lili se lo había contado todo. Se sentía perdida y había llegado a un punto que estaba dispuesta a seguir los consejos de cualquiera. ¡Hasta de una chiflada!

–Rose, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. Ahora es cuando le doy la patada en el trasero. Entone un *mea culpa* y corra a decirle a su hijo el verdadero nombre de su padre.

–¡Es imposible encontrarlo! Su nombre es demasiado común, fui incapaz de localizarlo tras varias semanas de búsqueda. No hay nada en internet. Además, después de dieciocho años probablemente habrá rehecho su vida, puede que tenga otros hijos... No está bien trastocarlo todo así como así...

–Precisamente. ¿Le parece bien impedir que su hijo sepa quién es, que conozca a su padre y a sus posibles hermanos? ¡Mire adónde la ha llevado su cantinela de que «es demasiado tarde»!

–No diga eso. Me siento tan culpable...

–De acuerdo, pero, en el fondo, usted no desea reencontrarlo y ha permitido que la situación se pudra.

A decir verdad, no anda errada.

–Su hijo espera este momento desde hace tanto tiempo que estaría dispuesto a mover montañas. Lo encontrará. ¿Cómo se llama?

–Pierre Chenais. Por entonces era un joven médico.

–¡Pues todavía más fácil dar con él!

–Lo era, pero nada garantiza que hoy lo siga siendo...

–¿Acaso conoce a muchos tarados que hayan cursado quince años de estudios para convertirse en médicos y de repente decidan hacerse mecánicos? Bien, deje de poner esa cara pesarosa y envíele un SMS a su hijo. ¡Ahora mismo!

¡Pero mira que es dura de pelar la tía! ¿Por qué no me dejará hacer como el avestruz y considerar que esta historia no necesita ser desenterrada?

Con todo, tragó saliva, tecleó a toda velocidad en el móvil los datos que tan celosamente había guardado y, una vez enviado el mensaje, corrió al lavabo.

Ya estaba bien de emociones por hoy: la voz de su nuera y su perfecto inglés, su hijo, que seguía enfadado con ella, y ahora el nombre de su primer amor desvelado. No le deseaba a nadie pasar días como aquel. ¡Al menos, Júpiter habría podido advertirla!

Desde la cocina le llegó la vocecilla cascada de Colette:

–¡Y mañana empezaremos las clases de reciclaje de inglés! *Isn't it, my dear?*

El mensaje que Baptiste había recibido de su madre realmente lo trastornó. Dieciocho años de espera y por fin conocía el nombre de su padre. Pierre Chenais. Se lo repetía en un susurro. Era como la solución a un enigma, la contraseña para acceder a un nuevo mundo, en el que podría borrar el concepto «de padre desconocido». Poco le importaba no disponer de una dirección precisa para contactar con él. Tenía aquellas trece letras en las yemas de los dedos y unas ansias locas de teclear «Pierre Chenais» en el móvil para recorrer Google y Facebook en busca de un rostro que asociar a ese nombre.

Por primera vez en su vida fue consciente de las consecuencias que podría acarrear dicho descubrimiento. Él, que llevaba tantos años esperando ese momento, que casi había sacrificado su relación con su madre por ello, comprendió que en lo sucesivo nada sería como antes. Baptiste, por lo general bastante lanzado, se contuvo. La fotografía de una familia feliz lo mataría de celos.

No informó de ello a Jessica, que dormía la siesta a su lado. Decidió que aquel momento solo le pertenecía a él. Su paranoia afloró de nuevo. Dadas las numerosas decepciones de los años transcurridos, las mentiras de Rose y las inquietudes que ello le había causado, temía llevarse una nueva decepción. ¿Y si los datos de su madre eran erróneos? ¿Y si se había inventado ese apellido solo como una estrategia para acercarse a él antes del nacimiento del bebé?

Todavía peor, ¿y si el tal Pierre era realmente su padre pero lo rechazaba? Baptiste había fantaseado con múltiples guiones para ese primer encuentro, que siempre había imaginado como el regreso del hijo pródigo. El muchacho estaba conmocionado. No soportaría el rechazo.

Esa noche Baptiste no consiguió pegar ojo.

Colette estaba concentrada en la lectura del periódico. Se había pasado la mañana reuniendo sus viejos libros de inglés para enseñar la lengua de Shakespeare a Rose. Era esencial volver a motivar a la «niñera de abuelas», que estaba deprimida desde que había comprendido que entre la familia política de su hijo y ella podía surgir un abismo cultural. Rose no llegaba a admitirlo, pero también había comprendido que probablemente su hijo se avergonzaba de ella.

La joven había empezado a mirarse de otra manera. En el reflejo del espejo, escrutaba con desprecio la ropa barata y mal cortada que llevaba ese día, las canas incipientes, que no se teñía, la pelusa que se desprendía de su chaqueta de punto, las suelas desgastadas de sus zapatos. Al pensar en su falta de ambición y de cultura general, empezó a dudar hasta de su manera de comportarse. Acabó suspirando mientras se tocaba el rostro, que le pareció estropeado, al igual que su vida.

Colette no estaba convencida de que el método pedagógico teórico fuera el más eficaz con la joven. Necesitaba práctica, pero, rodeadas de franceses como estaban, encerradas entre cuatro paredes, la solución no saltaba precisamente a la vista. ¡Sobre todo porque era impensable que ella plantase un pie fuera!

La anciana se estrujaba las meninges en busca de inspiración, cuando de pronto las últimas páginas del periódico le devolvieron la sonrisa. Hablaban de las nuevas tendencias colaborativas nacidas en la era de internet: el intercambio de casas en todo el mundo y el exitazo de la plataforma Airbnb. Si bien no podía hacer gran cosa por Rose enclaustrada en su piso, Colette decidió que, puesto que ella no pensaba salir al mundo exterior, sería el mundo exterior el que iría a ella.

Atareada en la preparación de un estofado, Rose dejó de pelar patatas y

cerró los ojos para concentrarse mejor en la descabellada idea que acababa de exponerle la siempre inventiva Colette.

–Pero ¿para qué necesito a un *coach* de surf? No veo qué relación puede tener con las clases de inglés.

Perpleja, Rose dejó caer una monda de patata, que *Pitusa* engulló antes de hacer una mueca al darse cuenta de que no se trataba de un trozo de salchicha, a pesar de que su olor llenaba toda la cocina.

–¡No es eso! No le hablo de un *coach* de surf, sino de *couchsurfing*. Todo el mundo hablaba de ello hace unos meses, y esta mañana, sin ir más lejos, había un artículo al respecto en el periódico que me ha traído. ¡Mire!

Rose se inclinó sobre la página, pero no le apetecía leer el artículo entero.

–¿Tiene relación con los taxistas?

–¡Desde luego que no! Son personas que vienen a dormir gratis en tu sofá.

–¿Y cómo se escribe? –preguntó la joven mientras recorría el artículo con la mirada–. ¿*Cauchosurfin*?

Lo había articulado con el peor acento británico del mundo: la patata caliente en la boca tenía toques de Martinica. Luego agregó:

–Seguro que no lo pronuncio como es debido, no tengo su acento inglés, *Lady Colette*. Lo que no entiendo es por qué alguien iba a hacer algo así...

–¿Quién? ¿El que acepta dormir en casa de un desconocido o el que presta su sofá a un desconocido?

–¡Los dos! ¡Es algo que me supera!

–Pues bien, tómeselo con calma, porque vamos a hacerlo juntas. De esa manera, querida, podrá practicar inglés.

–Creo que habría preferido al *coach* de surf, después de todo... –añadió Rose, burlona, mientras escaldaba los tubérculos.

Con la barriga llena y las gafas ajustadas en la nariz, Colette clavaba la vista en la pantalla del ordenador de Rose. Las dos cómplices estaban descubriendo con estupefacción el mundo de posibilidades que se abría ante ellas. Miles y miles de personas de los confines del globo practicaban esa extraña actividad hostelera, lo cual, en el tan poco solidario mundo actual, sorprendía enormemente a Rose.

–Pero ¿cómo pueden estar seguros de que es una buena persona y no un

maníaco sexual? ¿Ha visto las cosas terribles que pasan ahí fuera? ¡La gente está loca! ¿Y usted, Colette, está dispuesta a invitar a un desconocido a su casa? ¡Me asombra tratándose de usted!

–Pues ya ve –replicó la anciana–. Lo que el artículo explica muy bien es que, en primer lugar, cada anfitrión y cada huésped tienen un perfil con las evaluaciones de sus experiencias previas. De manera que, cuando las cosas van mal, se sabe. Todo está anotado con precisión. Además, un nuevo anfitrión, como es nuestro caso, debe ser apadrinado. No todo el mundo puede ofrecer su sofá.

–Ah, ¿y quién puede apadrinarnos?

–Laurent, el paisajista. El otro día, cuando lo llamé para agradecerle nuestro maravilloso jardín de la azotea, me contó que ese tipo de instalaciones, que también tiene en su casa, causaban furor entre los turistas que pasaban por su sofá. La cosa se me antojó un tanto libertina. Hace unos minutos he vuelto a llamarlo para confirmar si era el *couchsurfing* lo que practicaba. Se muestra muy entusiasta con dicha actividad. Solo ha conocido a gente extraordinaria, ¡y se ha apresurado a aceptar apadrinarnos!

–Ya, pero si todo el mundo hiciera lo mismo... –insistió Rose, más terca que una mula con el tema.

Sin prestar la menor atención a aquella cabezota que buscaba todas las excusas del mundo para no reanudar la práctica del inglés, Colette prosiguió:

–Bien, en una palabra, nosotras seleccionaremos al huésped al que deseamos acoger; obviamente, solo elegiremos mujeres.

–Vale, después de todo, ¿por qué no? La verdad es que tenemos mucho que ofrecer: un techo en París, una buena comida típicamente francesa... Es usted de lo más original, Colette. Jamás lo habría imaginado. ¿Y dónde dormirá esa persona?

–En su estudio, desde luego. ¡Decenas de mujeres van a pelearse por nuestro sofá! ¿Dónde habré metido el mapamundi? Esta tarde elegiremos nuestro destino...

En el cuarto de baño, mientras dejaba correr el agua desde hacía largo rato, Colette, contemplándose en el espejo, recuperaba el hilo de las últimas conversaciones. No comprendía cómo había logrado convencerse de acoger a una extraña en su casa, solo por el bien de Rose. De transformar su piso en albergue improvisado y a sí misma en anfitriona modelo. ¿Tendría que permitir que una desconocida entrara en su hogar y lo tocara todo durante veinticuatro horas! Pero ¿qué mosca la había picado?

Rose era un soplo de aire fresco, pero de ahí a imponerse situaciones estresantes solo por ayudarla mediaba un abismo. ¿Por qué hacía todo aquello por ella? La anciana reconocía que su trastorno obsesivo-compulsivo no era fácil de gestionar, pero en realidad ese no era el principal problema. Estaba acostumbrada a sus manías y llevaba conviviendo pacíficamente con ellas los suficientes años como para haber aprendido a controlarlas, de vez en cuando, claro.

Ahora era otra cosa lo que la inquietaba. Desde hacía cierto tiempo, tendía a perder el equilibrio. Incluso recientemente se había caído dos veces. Por fortuna, Rose no estaba en la casa en ninguna de ellas. La segunda vez que le pasó, Colette se encontraba en el cuarto de baño, encerrada. Sola en el interior, tardó unos diez minutos en poder levantarse. En la caída se había golpeado contra el lavabo, y desde entonces todavía le dolía mucho. Sospechaba que se había lastimado el costado. ¿De qué serviría decírselo a Rose? No había nada que hacer contra una fisura en la costilla.

Lo que la había mortificado especialmente era la mentira que tuvo que inventar para justificarse. La situación había dado un vuelco el día en que los comerciantes del barrio se presentaron de improviso para comer con ella. Colette se había ausentado para ir al baño y tuvo que inventarse una historia sobre una ducha para contener a una Rose furiosa porque la había dejado sola

con sus cuatro invitados. ¿Qué habrían pensado de ella? ¿Que los miraba por encima del hombro? ¿Que se había vuelto loca? Eran las pocas personas que todavía la recordaban y la apreciaban sinceramente.

Colette dudaba de que sus juegucitos de manos siguieran funcionando mucho tiempo más. Rose no era idiota.

Lo único que debía hacer era aguantar. Físicamente. Ya no era de gran utilidad, al vivir recluida en la oscuridad de su pisito, pero Rose la necesitaba, necesitaba a alguien que la encarrilara de nuevo, que la sacudiera como nadie lo había hecho antes. La anciana era consciente de que se habían invertido los términos de manera más que inesperada. Pese a las apariencias, le correspondía a ella ayudar a Rose. ¡Un hada buena para una Cenicienta de los tiempos modernos!

37
Doña Pija

Véronique Lupin se encontraba de vuelta. Estaba que bufaba. Perímetro de seguridad obliga, sobre todo no había que acercarse a ella. Saltaba a la vista que el viaje con Richard no había salido según lo previsto. ¡Aquello parecía haberse convertido en una costumbre! Ni siquiera *Pitusa* le caía en gracia. En cuanto la perrita se le acercaba para celebrar su regreso, le soltaba una bronca.

La cincuentona estaba de un humor de perros. Rose optó por mantener un perfil bajo. Por su parte, Colette permanecía en su apartamento, lejos de la furia de su hija, que daba portazo tras portazo.

De puntillas, Rose agarró al lulú y se marchó del piso. No era el momento de interponerse en el camino del huracán. Véronique había invitado a unos amigos esa tarde para organizar la manifestación contra el centro de acogida para personas sin hogar, proyecto que había avanzado mucho en una semana, y de ninguna manera Rose deseaba contribuir a demorarlo.

Mientras bajaba en silencio la escalera del edificio con la perrita en brazos, la voz estridente de Véronique resonó por encima de su cabeza:

—¡Eh! ¡Oiga! Alto ahí. ¡Suba ahora mismo!

Rose se quedó parada en un escalón, dubitativa.

—¡Sí, usted! Vuelva aquí.

No cabía la menor duda. Véronique llamaba a una de las dos, o bien a su perra, o bien a la niñera de la perra. Dado el tono utilizado, Rose consideró que muy probablemente la orden fuera para el animal y bajó a toda prisa los últimos peldaños. Era una cuestión de principios. Hasta *Pitusa* con su mueca enfurruñada pareció confirmar que nadie se había dirigido jamás a ella en ese tono.

Rose se disponía a brindar una última oportunidad a su patrona, pues casi le daba pena verla desgañitarse de ese modo, cuando oyó vociferar a su espalda:

–¡Qué falta de educación, es inadmisibile! Le ordeno que se detenga.
¡Blanche, estoy hablando con usted!

Rose cerró de un portazo la puerta del edificio y se lanzó al bullicio de las calles parisinas en dirección al café. Al menos allí recordaban su nombre de pila.

Una pastelería de ensueño

Rose se ocultaba tras el periódico que tenía desplegado ante sí. Reía al ver a su jefa recorrer a grandes zancadas la calle en su busca, despeinada y vestida con un atuendo que por lo general reservaba para la noche.

Con las patas delanteras apoyadas en el ventanal, *Pitusa* meneaba la cola cada vez que pasaba su ama. A fin de ganar unos minutos de tranquilidad, Rose sobornó al lulú con un trozo de napolitana de chocolate, que el animal engulló en un visto y no visto. ¡Qué lejos quedaba la dieta de fuagrás y caviar!

Cuando, por casualidad, Véronique entró en el café para pedir un zumo de guayaba helado, le alivió cruzarse con la mirada de Rose y se dejó caer en la silla situada frente a ella.

–¡Por fin! Pero ¿qué mosca le ha picado? –vociferó la mujer.

Rose se quitó los auriculares y fingió no entender. Véronique le siguió el juego y prosiguió:

–¿Se puede saber qué le pasa hoy? Parece de mal humor. Haga el favor de poner algo de su parte, por Dios.

¡Le dijo la sartén al cazo!

–Ya puestos, necesito que me acompañe a la pastelería.

La joven le dirigió una mirada interrogante. ¿Desde cuándo acompañar a Véronique Lupin formaba parte de sus atribuciones? ¿Y desde cuándo comía pasteles? ¡Si siempre estaba a dieta! ¡Rose no recordaba haberla visto tragar otra cosa que aire!

–Verá, varias amigas que están a régimen vendrán esta tarde y me gustaría conseguir que cedieran a la tentación... He ganado setecientos gramos esta semana y no quiero ser la única foca en la clase de yoga del lunes que viene.

¡Una actitud muy sana, no cabe duda!

Rose pagó las consumiciones a Edgar, que le dio las gracias al tiempo que le mostraba su apoyo con un guiño. Solo *Pitusa* parecía encantada de

deambular entre sus dos amitas.

Véronique entró en la panadería como una actriz de teatro en un escenario. Sin duda deslumbrada por los focos, se saltó toda la cola y se situó justo detrás de la clienta que acababa de pagar. Había adelantado a los que esperaban con tan desconcertante naturalidad que nadie protestó.

Radiante de belleza (¿o de bótox?).

Isabelle, que acababa de servir a la clienta anterior, no reparó de inmediato en la presencia de Véronique, precisamente lo que esta más detestaba en el mundo.

Estaba que bufaba. Esperar se le hacía insoportable.

¡Las clases de yoga no parecen ser muy eficaces!

Al borde de un ataque de nervios y en plena crisis hipoglucémica a causa del ayuno que se imponía para perder algo de tripa, cuando a todas luces era víctima de una bulimia con fijación en las tartas, Véronique se volvió hacia la clienta que tenía detrás, de hecho, una de las que había adelantado al llegar, y le soltó:

–Sus tartas son deliciosas, ¡pero qué lentos son!

Todos guardaron silencio. Rose rara vez se había sentido tan violenta. Isabelle la había reconocido. ¿Cómo se atrevía Véronique a decir en voz alta cosas semejantes?

Todas las miradas se clavaron en ella, y Véronique, satisfecha, lo interpretó como una invitación a hacer su pedido.

–¡Por fin! Bien, póngame una tarta de limón y merengue para cuatro personas, pero sin añadir todas esas cosas de plástico de decoración. Y mientras espero, deme un petisú de crema.

Rose, que seguía indignada por la cara dura de su jefa, se quedó encantada de verla ceder a una bomba dulce, cuando planeaba tender una trampa dietéticamente malvada a sus supuestas amigas. El dependiente les presentó una cajita de cartón con el petisú en el centro.

Rose empezó a salivar. Se lo habría zampado entero, pero no había que contar con que Véronique le ofreciera ni una migaja. No habían comido del mismo plato... como sin duda le habría recordado su jefa. Esta agarró el envase de cartón y ofreció el petisú a... *Pitusa*. El lulu se lo atizó de un bocado, dejando a todos boquiabiertos.

Una vez servida, Véronique volcó el sonoro contenido de su monedero sobre el mostrador y dejó con aire despreocupado el importe de la tarta de

limón únicamente. Punto. El petisú se lo tomaba como un obsequio, sin duda en compensación por la espera «interminable» que, según ella, había sufrido. Después giró sobre sus talones, seguida de su orgulloso lulú y su *dog-sitter* muerta de vergüenza, la cual hizo una discreta seña amistosa a Isabelle antes de salir de la pastelería. Los golosos del establecimiento se quedaron atónitos, sin duda preguntándose si la tarta de limón iba destinada al pececillo de colores de la señora...

¡No me des más la brasa!

Nunca contento. Así es como Rose habría definido a su hijo. Tras más de dieciocho años cuidando de él, dándole lo mejor, seguía mostrándose insaciable. Después de haberla obligado a que le diera el nombre de su padre, Baptiste acababa de enviarle un mensaje de texto tan lacónico como el primero: «No consigo encontrarlo. ¡Confío en que no hayas vuelto a mentirme!».

¿Qué se suponía que debía hacer? Al bordear el parque de Batignolles con *Pitusa* pisándole los talones, tratando de olvidar la tremenda vergüenza que Véronique Lupin acababa de hacerle pasar en presencia de Isabelle, Rose decidió llamar a su hermana. Necesitaba consejos para arreglar las cosas con Baptiste.

Intuía que el menor error le costaría caro, que su hijo podría volverle la espalda de nuevo, cosa que daría al traste con todos sus esfuerzos. Cada vez que debía dirigirse a él o responder a sus mensajes, tenía la sensación de estar manipulando nitroglicerina.

Como solía ocurrir con la abogada, tuvo que insistir un poco antes de que se pusiera al teléfono. Cuando, al cabo de tres llamadas, la hermana de Rose contestó por fin, tenía la voz pastosa:

–Mmmm..., ¿sí?

–¿No te habré despertado? –preguntó Rose consultando su reloj, que marcaba las 11:30.

–Sí, estaba echando una cabezadita. Pero esta vez no corro el riesgo de que me desacrediten mis colegas: he cerrado mi despacho con doble vuelta de llave.

–No me digas que sigues con esa estupidez de levantarte todos los días a las cinco de la mañana como los americanos...

–No, eso lo dejé, seguí tus consejos.

–Por una vez –replicó Rose con sorna.

Al otro extremo del hilo se oyó un sonoro bostezo realmente muy profundo. Rose prosiguió:

–Y entonces, ¿por qué estás tan hecha polvo?

–He decidido hacerme vegana; estoy harta de ver todas las crueldades que se cometen con los animales, total por un trozo de carne o un bonito abrigo. Y ahora, ignoro por qué, estoy agotada *a todas horas*...

Rose se disponía a contestarle cuando de pronto sintió un miedo irracional. Al igual que cuando Baptiste tardaba en volver por la noche, acababa de encogersele el corazón, y esta vez tenía que ver con Colette. Aceleró el paso mientras Pitusa corría sin aliento tras ella, jadeando como un asmático, pero siguiendo a trancas y barrancas a su *dog-sitter*.

Rose había dejado a la anciana hacía más de una hora para hacer la compra de la mañana y acababa de tener un mal presentimiento. Sabía que no debía ausentarse demasiado rato. No era razonable.

–Bueno, Lili, no es que no me apasione tu nueva manía, pero tengo mucha prisa. Necesito que me respondas. Hace dos horas te he enviado un mensaje de texto y sigo sin saber a qué atenerme. ¿Nos vemos mañana para el aperitivo o también has decidido dejar de beber?

–¡Tienes un morro que te lo pisas! Fuiste tú quien me dejó colgada el viernes pasado para pasar la velada con la vieja locatis. Si has descubierto una pasión tardía por las mujeres de edad madura, no pasa nada, después de todo, ¿por qué no? Mientras haya amor...

–¡Muy graciosa! Me parto de risa. Vuelve a comer carne, ¡te estás atontando!

–Mi conversión al veganismo no es una «manía», me lo tomo muy en serio, mira por dónde. Es una filosofía muy poco conocida, se basa en la compasión hacia los seres vivos, y, en primer lugar, los animales. Una niñera para chuchos como tú debería saberlo...

Bip..., bip..., bip... Al igual que la de Véronique, la paciencia de Rose tenía un límite.

Quien no arriesga, no gana

Rose había subido los escalones de cuatro en cuatro. Entró en tromba en el apartamento de Colette. No la encontró en la cocina ni en ninguna otra habitación. Presa de la inquietud, bajó corriendo los peldaños y apareció sin previo aviso en pleno centro del salón, donde encontró a Véronique dormida en su sofá blanco. Pese a la brusca irrupción de Rose, la mujer no movió ni un músculo. Estaba zombi. Saltaba a la vista que se había tragado más píldoras de las necesarias para su dieta criogénica. Tampoco se enteró de nada cuando la joven registró cada rincón de su lujoso piso, antes de salir pitando de nuevo hacia las plantas superiores.

Ante la puerta de su estudio, Rose tardó largo rato en meter la llave correcta; sin embargo, una vez en el interior, seguía sin haber ni rastro de Colette.

Ya no sabía dónde buscar, la anciana jamás habría salido sola a la calle. A menos que...

Franqueó la ventana al fondo del pasillo y, una vez en el jardín de la azotea, encontró a Colette sentada tranquilamente, con el ordenador en el regazo.

Apoyada en la pared, sin aliento, Rose intentaba en vano recuperar la compostura. *Pitusa* se había tumbado cuan larga era en el felpudo que daba acceso al piso, no había podido dar un paso más.

Rose reparó por primera vez en el mensaje original estampado en la alfombrilla: «Itinerario recomendado», con dos flechas pensadas para invitar a entrar. No obstante, Colette se había tomado la molestia de girarlo, recomendando más bien a los potenciales visitantes que se largasen. Rose tomó nota mental de voltearlo, con el fin de mostrarse más acogedora durante la próxima experiencia de *couchsurfing*.

Ante la mirada interrogante de Colette, Rose le hizo una seña de que todo iba bien, aunque las mejillas encendidas de la joven doblada en dos a causa de

una punzada en el costado decían lo contrario. Se había asustado ella sola y no había razón para compartir sus angustias con su cómplice. De lo contrario, sería ella quien acabaría por parecer una loca rematada.

La anciana, haciendo caso omiso a la entrada teatral de Rose, se subió con calma las gafas sobre el puente de la nariz y empezó de nuevo a teclear en el ordenador.

Cuando recuperó por fin el aliento, Rose decidió no mencionarlo y dijo:

–¡Anda, tiene el mismo ordenador que yo!

–No, es el suyo. Me he permitido limpiarlo, estaba terriblemente sucio. Ha sido un rato de locos.

–Esto, un momento... Lo dejé en mi mesilla de noche, en el estudio...

–¡Sí, ahí es justo donde lo he encontrado! De hecho, le agradezco que me haya facilitado la tarea. Detesto pasarme horas buscando, ¡sobre todo algo que yo no he perdido!

–Pero ¿se puede saber...?

–¿Cómo he entrado? Con el duplicado de las llaves escondidas en el rellano. Es que era urgente.

–¡Ah! Ya sabía yo que algo no iba bien. ¿Le han vuelto las crisis de angustia?

–¡Pare el carro! ¿De qué está hablando? Me encuentro de maravilla. Solo necesitaba una conexión. Y un poco de aire puro. Para su información, ¡he encontrado a Pierre, su primer amor!

–*Whaaat?* –preguntó en un inglés de estar por casa una Rose derrotada.

–Vaya, ¿se ha vuelto bilingüe? ¡Bravo!

–Pero ¿cómo lo ha conseguido!?

–¡Aún no estoy para el arrastre! Y para su información, Pierre sigue siendo médico. Digamos que de algo sirve tener una paciencia a prueba de bomba y una libreta de direcciones de los especialistas de Francia ¡que haría palidecer al presentador de televisión Michel Drucker! Tenga, copie la información de contacto de Pierre y envíe de inmediato un mensaje a su hijo, ¡de lo contrario lo haré yo misma, se lo advierto!

–¿Y cómo, si puede saberse? No tiene su número.

–Claro que sí. ¿Cree que no me agencié también el de su hermana? ¡Hasta tengo el de su astrólogo! ¡Espero que no siga consultando a ese tipo! Viendo sus previsiones del año pasado, ¡habría podido usted denunciarlo! ¡Menudo charlatán! ¡No dio pie con bola!

–Pero ¿cómo es posible? ¿Dónde ha encontrado todo eso? ¡Siempre llevo el móvil en el bolsillo!

La joven reflexionó un instante. Colette sonreía como la Mona Lisa.

–¿El primer día? ¿Buscó en mis contactos?

–¡Bravo, Sherlock Holmes! ¡Siempre prefiero ser prudente cuando mi hija decide ponerme al cuidado de la primera chiflada que pasa! Ah, por cierto, tiene cita con Pierre el sábado. ¿Quiere que le dé su cero siete?

–¡Colette, se dice cero seis![1]

–¿Ah, sí? ¿Aunque no empiece por cero seis? Me gustaba mucho lo de cero siete, daba un toque a lo James Bond...

[1] Dado que en Francia la mayoría de los números de móvil empiezan por 06, en ocasiones se usan estas cifras en sustitución de la palabra «número». (*N. de la T.*)

Si te preguntan, ¡di que no sabes nada!

Finalmente, llegó la noche del viernes, y aquel ritual hogareño tras una semana de locos fue muy bienvenido. Cuando le abrió la puerta del piso, Lili estaba gris. Los primeros días de la dieta vegana se leían en su rostro: ojos cansados, mejillas hundidas y tez macilenta. De manera instintiva, Rose echó una ojeada a los aperitivos que su hermana había preparado para su tradicional bufé del viernes: ¡solo cosas nuevas y extrañas! Como en los últimos tiempos iba encadenando descubrimientos, debía confesar que aquello no le desagradaba; necesitaba añadir sal y pimienta a su vida. Y no solo en el ámbito culinario.

Si bien las últimas manías de Lili más que nada le habían hecho reír, estaba encantada de que esta vez su hermana se pusiera al servicio de una buena causa, la de los animales. Desde muy pequeña había decidido ser abogada para contribuir a crear un mundo más justo y prestar ayuda en los casos más desesperados. Un sueño de chiquilla, como otros habrían optado por ser bomberos o veterinarios, para renunciar ante la primera dificultad. Lili no lo hizo.

Con todo, al principio de su carrera había salido algo trasquilada: casos que ella no elegía (y en los que le constaba que el presunto inocente era a todas luces culpable), colegas machistas que le dejaban a ella la tarea de acompañar a los clientes y le daban palmaditas en la cabeza para felicitarla cuando había trabajado bien, o incluso algunos jefes que le prometían el oro y el moro a condición de que se arrastrara bajo la mesa de despacho si quería subir peldaños en el bufete.

A lo largo de varios años Lili había intentado ajustarse al molde, período durante el cual Rose confiaba en que su hermana recuperase sus convicciones y lo dejara todo para ir a defender las causas perdidas tal como siempre había soñado. Pero no, la joven abogada ansiaba demostrar que era tan capaz como

aquellos caballeros, y que un día también ella sería una gran penalista reconocida por su talento y respetada por su trayectoria.

A la espera de ese día glorioso, Lili se había privado de sueño, de novios, de hijos y, ahora, de carne. Por falta de ganas o de tiempo, no se mostraba clara al respecto, pero Rose percibía que detrás de la fachada de los animados aperitivos, las veladas entre chicas y los chismorreos sobre la difícil relación que mantenía con su hijo, Lili habría deseado tener también un motivo de preocupación que, por una vez, no fuese meramente profesional.

Mientras hacía los honores al bufé vegetariano, Rose fue directa al grano:

–Bien, ¿qué debo hacer con Baptiste y Pierre?

–¿Es que no puedes resolver tus propios asuntos?

–¿Cómo? Pero ¿qué te pasa, tienes la regla o qué? Sé buena, necesito tus consejos.

Ante la mueca enfurruñada de su hermana, Lili se lanzó:

–Vale. Resumamos la situación: Baptiste ha conocido a su padre y las cosas no salieron según lo previsto. Tu hijo me llamó; se siente completamente perdido. Comprendo que te eche la culpa. Te corresponde a ti ayudarlo. ¡Y nadie puede resolver tus problemas por ti! Nunca me has escuchado. En su día te animé a decirle la verdad a Pierre. Pero no, te hiciste la orgullosa, fuiste egoísta, y ya ves lo que has conseguido.

–¡Gracias por tu gran apoyo, hermanita!

Ambas se zambulleron de nuevo en sus cócteles respectivos, en silencio. Lili le había aguado la fiesta, pero finalmente Rose tuvo que claudicar:

–Sí, es verdad que en aquella época no seguí tu consejo con respecto a Pierre, pero me dije que hacía bien. ¡Creo que nunca es demasiado tarde para enmendar los errores!

–Es curioso, siempre has dicho lo contrario.

–Sí, pero las cosas cambian.

–Entonces debes hablar con Pierre.

–¡Tengo la sensación de que nadie me comprende! Te recuerdo que me anunció que se iba con una ONG a África para una misión de tres años, y pocos días después descubro que espero un hijo suyo. No podía abandonar a papá y a ti. Y tampoco podía pedirle que lo dejase todo por mí. De manera que me perdonarás pero yo no llamaría a eso egoísmo. Lo que habría sido egoísta es obligarlo a renunciar a su sueño, retenerlo, haciéndole asumir unas responsabilidades que no deseaba.

–¿Y nunca te has planteado que quizá le habría encantado estar al corriente? Tener un hijo no dejaba de ser una buena razón para quedarse... ¿Jamás has pensado que podríais llevar más de dieciocho años siendo felices juntos? ¿Que Baptiste habría podido tener un padre? ¿Que Pierre habría encontrado pese a todo la manera de estar presente? ¡Estás hablando de un regalo del que los privaste a los dos! Tomaste una decisión para protegerte a ti misma, porque tal vez no habrías soportado que te rechazara. Si de verdad quieres saber mi opinión, te toca a ti arreglar este asunto con Pierre. ¡Es lo menos que puedes hacer para facilitar la vida a Baptiste!

–¡Vaya morro que tienes! –exclamó Rose, con una réplica carente de gracia como era habitual en ella.

Quiso apurar la copa para disimular su malestar, pero estaba vacía. Al igual que su corazón, o su nivel de confianza. De manera que se sirvió una bebida más fuerte y agregó:

–Te necesito. Sabes que siempre he pensado en el bien de todos, ¡a menudo antes que en el mío propio! Así que de egoísta nada. ¡Y menos aún viniendo de una mujer sola que siempre lo ha hecho todo pensando en sí misma! ¿Qué sabes tú de altruismo? ¿Acaso has cuidado de alguien que no fueras tú?

Lili se atragantó con el resto de su cóctel de zanahoria y jengibre y se dirigió a la cocina, donde permaneció largo rato. Rose estaba preocupada, se había pasado un poco. Lili volvió con un pastelillo de chocolate fundido y dos cucharas. En tono más tranquilo, le dijo:

–En serio, ¿qué esperas de mí, Rose? ¿Que organice yo la reconciliación con tu hijo? Ya está hecho. ¿Quieres que vaya a hablar con Pierre en tu lugar? Eras bastante más lanzada y segura de ti misma a los diez años, cuando mamá nos dejó y te ocupaste de papá y de mí. Desde la muerte de papá ya no te reconozco, siempre estás dudando. Me pides consejo. ¡Antes era al revés! Era yo quien acudía a ti, siempre tenías la cabeza sobre los hombros. Recupera el control, Rose.

Esta guardó silencio. Permaneció unos instantes con la mirada perdida en el vacío. ¿Debía confesar que desde el fallecimiento de su padre tenía la impresión de no ser útil a nadie? Baptiste había ahuecado el ala, Lili se había vuelto más fuerte, como si la aflicción apenas la hubiera rozado. Mientras que ella se hundía, dudaba constantemente, era incapaz de tomar la menor decisión. ¿Cuál era ahora su papel? Se había extraviado por el camino.

–Bien, a lo largo de la vida a veces los papeles cambian. La hija se

convierte en la madre, la madre desempeña el papel de padre y la hermana que siempre se ha ocupado de todo necesita ayuda. Oriéntame, quiero recuperar a Baptiste. Hace ocho meses que se fue de casa y estoy harta de seguir en plena guerra fría con él.

Lili hizo un alto, depositó la cuchara llena de chocolate en el plato y miró su hermana a los ojos.

–De acuerdo, pero si te ayudo con Baptiste, tú tendrás que ayudarme también.

–Por supuesto, como siempre he hecho. No pido otra cosa. ¿En qué quieres que te ayude? No me pidas que deje de comer carne, por favor –respondió Rose con una salida que al instante consideró fuera de lugar.

–No, quiero que me ayudes económicamente. He dimitido.

Perder de vista lo esencial

Rose se quedó de piedra. No daba crédito a la descabellada noticia que le había dado su hermana. ¿Había dimitido? ¿Cuando la habían promocionado y debía trasladarse a Marsella en cinco meses?

–Pero... No entiendo nada –consiguió farfullar.

–Pues está muy claro. Hace mucho que sopeso los pros y los contras. Voy a cumplir cuarenta años y ya no puedo esperar a toparme por casualidad con el príncipe azul. ¡Mi trabajo es un vampiro que me chupa toda la energía!

–Pero ¿qué narices significa ese galimatías? ¿¿¿Estás segura de que comes suficientes proteínas??? ¿Qué relación puede haber entre tu trabajo y tus amores?

–Me parece evidente –replicó Lili–. Debo cambiar de empleo y largarme si quiero conocer a gente nueva, y tal vez, por fin, al hombre «adecuado». De todos modos, si existiera, tú ya lo habrías encontrado, te pasas los días fuera viendo a gente. Me planteé poner freno a mi obsesión de encontrar a un tío convirtiéndome en *dog-sitter*, pero...

–¡Estás en contra de las crueldades que se cometen con los animales! –la pinchó Rose.

–¡Eres una auténtica gilipollas! Hablo en serio con lo de la dimisión, Rose –le aclaró Lili–. Si hubieras visto la cara de mis jefes... ¡Cómo torcían el morro! Tendrás que compartir conmigo parte de tu salario como niñera de perros. Ya me conoces: siempre he sido más bien despilfarradora, y no creo que vaya a encontrar algo pronto. No tengo ninguna pista seria y me he visto obligada a descartar la opción de cuidadora de animales, dado que, como eres alérgica, un perro me habría hecho perder a la única persona de mente más o menos sana que acepta dormir en mi sofá con cierta regularidad. ¡Eres algo así como mi *couchsurfer*!

Las dos hermanas se abrazaron y permanecieron así largo rato. Ambas

necesitaban un poco de ternura. Una ternura de personas mayores perdidas a veces en un mundo de adultos.

Como dos gotas de agua

Rose tenía una cita. Y estaba estresada. No le ocurría desde... ¡En fin, qué más daba! Ya no sabía cómo comportarse, y se sentía tan mal que le subían arcadas.

¡Sobre todo, no contaminar el reencuentro con un síncope vasovagal o una diarrea verbal al estilo de Bridget Jones!

Con el fin de no sentirse completamente sola, lo había citado en el Café des Batignolles. Se había sentado en su mesa fetiche, pero no conseguía imaginar un final feliz para la conversación que se disponía a mantener. Definitivamente, era bueno que Edgar estuviera cerca.

Para que pudiera recogerla con una cucharilla, llegado el caso.

Cuando entró, el corazón le dio un vuelco. Había madurado y parecía cansado. Pero estaba guapo con aquel traje azul oscuro. Nunca lo había visto tan elegante. Se sentó frente a ella y se quedó mirándola fijamente. Le habría gustado que le sonriera o la besara en la mejilla.

Pero un tiburón no se transforma en pez payaso por acudir a una cita...

Edgar les llevó dos cafés. Permanecieron silenciosos unos instantes, cada cual absorto en su taza humeante. Finalmente, Rose se lanzó:

—Estás estupendo, hijo. Se me hace raro verte con traje. Enhorabuena por el diploma de hostelería; llamé a la escuela y me enteré de que habías obtenido un *cum laude*. ¿Cómo va el trabajo?

—He cambiado de empleo. He dejado a mi tutor de prácticas y ahora curro con el padre de Jessica, en su complejo hotelero. Ocupo un puestazo para mi edad. Tengo la suerte de que ha depositado su confianza en mí.

—¿Y cómo está Jessica? ¿Qué tal lleva el final del embarazo?

Buena jugada, la pregunta sobre la nuera. E importante para marcarme tantos con Baptiste...

—Pues sí, el nacimiento está al caer. Acaban de concederle el permiso de

maternidad. Su padre lleva años preparándola para la sucesión. También está empleada allí, como sumiller. En su familia se lo toman en serio, un poco como los Hilton, solo que Jessica no es Paris, sino más bien del tipo Politécnica...

¿Poli qué?

–Su padre aflojará el ritmo después del permiso de Jessica. Me está poniendo a prueba y me hace sudar la gota gorda, pero lo hace de buena fe. Me gusta trabajar duro, mientras siga siendo mi pasión.

Rose se quedó en silencio, no sabía cómo abordar la cuestión principal. Pierre. Lili le había dado instrucciones.

Déjalo hablar, haz preguntas abiertas, no lo juzgues y, sobre todo, ¡no pidas nada!

–Te he traído esto –se limitó a decir, mientras le tendía una vieja fotografía amarillenta–. Eres tú de bebé. Debías de tener solo días. ¡Mira qué carita! Ni un cabello, pero siempre sonriente. Espero que el bebé sea tan mono como tú.

–Es difícil decirlo. Por el momento, está bien calentito –comentó Baptiste, al tiempo que le mostraba en el móvil una foto de Jessica muy embarazada.

La joven pelirroja estaba radiante y ofrecía su más amorosa sonrisa al fotógrafo.

Rose estaba emocionada. Su hijo daba un paso hacia ella, conscientemente o no, eso la traía sin cuidado. Y había dicho «calentito», en masculino. La joven abuela deseó soltar una lagrimita, pero se contuvo.

¡No vayas a echarlo todo a perder!

Cuando Baptiste se guardó el teléfono en el bolsillo, Rose se puso tensa. Era necesario llegar al meollo de la cuestión. Sin embargo, no quería hablar la primera. Lili se lo había dejado claro: «En una negociación, el que pierde es siempre el primero que habla». Había aprendido a estar cómoda con los silencios. Permanecía muda como un pez.

Un verdadero maestro Yoda.

Rose miraba de reojo a Edgar, que los observaba y no comprendía aquel tejemaneje silencioso. Creyendo ser de ayuda, se presentó con una porción de tarta para compartir, pero Baptiste se levantó de inmediato.

–No tengo tiempo. Solo quería volver a verte y pedirte ayuda. Con Pierre. Me puse en contacto con él y todo salió fatal. Lejos de ser un encuentro de ensueño...

Menuda sorpresa.

–Yo me encargo de tu padre, Baptiste. El sábado hablaré con él y lo arreglaré todo. ¿Nos vemos la semana que viene para ponernos al corriente? Que trabajes a gusto, y dale un beso a Jessica de mi parte.

¡Bravo, Superabuela! Despreocupada y nada insistente. Justo lo que hacía falta. ¡Progresando!

Cuando su hijo salió del café, Rose se vino abajo. Al advertirlo, Edgar se sentó a su lado y la abrazó amistosamente para subirle la moral.

–Sécate esas lágrimas, Rose. ¿Qué te ocurre?

La joven estaba sin voz, se estremecía y trataba desesperadamente de responder.

–Lloro porque todo ha ido de maravilla, mil veces mejor de lo previsto – soltó por fin, para gran sorpresa de Edgar, que seguía sujetando el pañuelo empapado de su clienta favorita.

Pensar antes de hablar

Nada más cruzar el umbral del piso de Véronique Lupin, Rose volvió a salir y cerró la puerta a su espalda. Justo acababa de descubrir el SMS enviado por la primera *couchsurfer* a la que Colette y ella habían decidido recibir. Las piernas le temblaban tanto que tuvo que sentarse contra la pared del rellano, no tenía fuerzas para subir dos pisos para ir a refugiarse en la tranquilidad en su estudio.

La surfista de sofá japonesa había decidido adelantar el viaje una semana y estaba a punto de presentarse. ¡Era una catástrofe! Debía anular a cualquier precio su llegada. La famosa cena de Véronique estaba prevista para esa misma noche y bajo ningún concepto Rose podía correr ese riesgo inútil.

Siguió leyendo el mensaje de texto. La nipona le pedía que la llamase para confirmar que todo estaba en orden. A Rose le entró el pánico ante la idea de mantener una conversación enteramente en inglés. Entonces decidió enviarle un vídeo, en el que leería un texto inequívoco cuidadosamente preparado. Tras buscarse la vida para averiguar cómo iniciar el modo vídeo en su smartphone, Rose empezó a grabar sus explicaciones vociferando y recalcando cada palabra de modo que la japonesa captara la gravedad de la situación:

–¡No es posible que venga hoy! *Today, not possible!* El sofá ya está ocupado. *Couch already with someone inside.* (Una pequeña mentira, pero era un caso de extrema urgencia, ¿no?) La semana que viene OK. *Next week, YES. Today, NO. OK???*

Apoyada en la puerta de Véronique, Rose intentaba recuperar la calma. Había gritado su discurso en inglés como si su vida dependiera de ello. ¡No era precisamente lo más adecuado si uno pretendía ser un anfitrión 5 estrellas! Estaba tecleando un breve mensaje para incluirlo, cuando de pronto se cayó de espaldas, con lo que el mensaje se quedó sin enviar.

¡Esas confianzas!

Al salir corriendo en busca del tarado que aullaba y le impedía alinear sus chakras, fue a una *dog-sitter*, con la cabeza debajo de la falda y colorada de sorpresa y después de vergüenza, a quien Véronique Lupin encontró en el rellano al otro lado de su puerta .

—¿Rose? Pero ¿es usted quien vocifera como un gorrino? ¿Qué mosca le ha picado? —dijo pasmada Véronique, al tiempo que se apoderaba del móvil causante del delito para confiscarlo.

No era el momento adecuado para abrir la boca, Rose había aprendido a decodificar el lenguaje de su jefa.

En primer lugar, la última pregunta planteada era puramente retórica, en ningún caso Véronique deseaba saber, ni por asomo, los motivos de la falta de modales de su empleada. Ni estaba interesada, ni tenía tiempo que perder en ello.

En segundo lugar, Rose podía darse por satisfecha: Véronique conocía por fin su nombre de pila, aunque hubiera sido asociado con animales poco civilizados.

Véronique Lupin no se molestó en devolver el teléfono a Rose, ni siquiera en comprobar si se encontraba bien. Vestida con su pijama blanco de seda, se tendió en el sofá, se masajeó la bóveda plantar mirando fijamente a Rose y soltó:

—Estoy deprimida, siento un gran vacío en mi interior.

Cuánta lucidez en una sola frase... ¡A ver si se le funde el cerebro!

—Pero ¿se puede saber por qué? —la animó con falsedad Rose—. ¿Se ha anulado su manifestación contra los sintechos?

—¡Santo Dios, no! Afortunadamente. Es el único proyecto que me sube la moral en los últimos tiempos. Y hemos de conseguir a cualquier precio que pongan fin a esa tontería. Esta misma mañana he visto a algunos disfrazados de

refugiados miserables para atraer la compasión de los ingenuos y lograr que pongan a su disposición viviendas en los mejores barrios de la capital. ¡Cuando en realidad viajan en Mercedes!

—¿Como usted? Ah, claro, entonces entiendo mejor el *shock* que deben de producirle... En efecto, tiene que hacer algo al respecto, señora —prosiguió Rose, fulminada por la mirada interrogante de su jefa, que trataba de saber a qué atenerse.

—No me gusta nada ese tonillo, Rose. Salta a la vista que no es en sus cubos de basura en los que hurgan.

Pero ¿de qué tiene miedo? ¿De que trabajen para Hacienda y busquen las pruebas necesarias para un ajuste fiscal?

—Ocultan algo, no son trigo limpio; también yo los observo cuando llevo de paseo a *Pitusa*... —agregó Véronique.

Cosa que no debe de ocurrir prácticamente *nunca*.

—Bueno, volvamos al meollo del asunto. Esta tarde desfilaremos defendiendo nuestra causa. ¿Y a que no lo adivina? ¡Han previsto lluvia! Realmente, no nos lo ponen nada fácil. ¿Qué haría usted en mi lugar?

¡Para empezar, no manifestarme!

—Si he de llevar el paraguas, no podré sujetar la pancarta. A menos que...

—¿Y si se pone un chubasquero? —se apresuró a proponer Rose, que ya se veía metida en un lío.

Ante la vacía mirada de incompreensión de su jefa, se corrigió:

—¿Y si se pone un impermeable? ¿O una gabardina?

—¡Ni hablar de ponerme una prenda para la lluvia! ¿Está de guasa? Una cosa es tener convicciones, pero ¿renunciar a la elegancia? ¡Eso jamás! De hecho, la cuestión ya fue objeto de una reunión de dos horas en la que Bettina nos presionó con sus *macarons* de Pierre Hermé. ¡Haría mejor en mirarse el panderero en un espejo en vez de cebarnos! ¡Lo tiene como un bombo! Yo aguanté el tipo, bueno, tuve que ir dos veces al baño, pero al final llegamos al acuerdo de ponernos los abrigos de piel de entretiempo, los de manga tres cuartos. De lo más inadecuado para la lluvia. ¿Qué hago, Rose? A menos...

—¿Y si se hiciera un *brushing* muy pegadito y lacado? Así no se despeinaría, y saldrían en los periódicos como esas militantes de convicciones tan fuertes que están dispuestas a desafiar a los elementos.

—Pero ¿quién dice que tenga problemas capilares? A mí no me asusta el agua yodada. Figúrese, dos meses al año vamos en helicóptero a Dinard, al

chalé de Richard, para entrenarnos al golf. De manera que estar a la intemperie con mal tiempo constituye la menor de mis preocupaciones. Es a Samantha a quien se le encrespa el cabello. La pobre no puede ir ni al spa del Ritz sin que se le ponga la cocorota de caniche que lucía Nicole Kidman en sus comienzos. ¡Y ni siquiera se da cuenta de lo ridículo de la situación! No, mire, Rose, lo que nos haría falta es...

La joven, que ignoraba si su jefa estaba pensando en voz alta o si, por el contrario, exponía sus argumentos, supuestamente espontáneos, uno tras otro a fin de asestarle el golpe letal, prefirió escaquearse:

–¿Quién viene esta noche? ¿Amigos suyos?

–¿Amigos? ¿Se burla de mí? Los que vienen esta noche son cualquier cosa menos amigos. Si pudiera, gustosa pasaría de ellos. ¡No pertenecemos al mismo mundo! No son más que unos nuevos ricos vulgares, que visten como paletos. ¡Y tampoco son ningunas lumbreras! Lamentablemente, los necesito. Yo sola no podría poner fin a este ridículo proyecto. De manera que si eso significa tener que apechugar con Bettina, Samantha y las demás bobas del consultorio de Richard, que harían mejor en trasplantarse neuronas que en ponerse implantes mamarios, pues hago de tripas corazón y exhibo mi más falsa sonrisa –soltó Véronique de una tirada que parecía haberle exigido el mayor esfuerzo del mundo.

Lo menos que cabía decir era que no parecía tenerlas en gran estima.

Rose se daba cuenta de hasta qué punto su vida debía de ser triste. Siempre sola, actuando de cara a la galería para mostrar su mejor aspecto y sin ningún amigo de verdad. ¡No era de extrañar que la depresión y la criogenia fuesen sus mejores compañeros! Rose no entendía muy bien cuál debía ser su papel en aquel jolgorio. De manera que preguntó:

–¿Y qué hay de *Pitusa*, le hago practicar su número sobre las patas traseras? ¿Y las volteretas? Para su información, ayer la llevé a Karine, la peluquera.

–No me sature el cerebro con nombres que no me son de ninguna utilidad. ¿Quién es esa tal Karine? ¿Alguien de su círculo? ¿Se supone que debe interesarme? ¿Sabía que solo utilizamos el diez por ciento de nuestra capacidad cerebral...?

Algunas seguro que menos...

–... Así que guárdese los datos de su «Anuario de la baja sociedad» para usted. ¿Queda claro?

¡Meridiano!

–Prepare a *Pitusa* para sus números y hágame su carlota de fresas. Le sentará bien al trasero de Bettina. ¡Pues nada, no la entretengo más! Y, por cierto, no volveré a tolerar oírle chillar de ese modo durante sus horas de trabajo. ¿Al menos tenía una buena razón para ponerse tan nerviosa?

–Yo diría que no, la verdad... –admitió Rose mientras recuperaba su móvil y desaparecía en el apartamento de Colette.

¡Solo una nipona que intenta sumarse a su pequeña fiestecita! ¡Y no es seguro que pertenezca a su clase!

Bien, resolveremos los problemas uno por uno. La japonesa la semana que viene. Pero ¿qué es esto, cómo que no tengo suficiente espacio en el móvil para compartir el vídeo? ¡Se trata de una urgencia! ¡Uf, por fin, mensaje enviado!

En la historia de las manifestaciones sociales, jamás se había conocido causa tan absurda.

Pocas horas después de que Rose hubiera mantenido esa conversación con su patrona, tres pieles de zorro complementadas por un *brushing* a lo Catherine Deneuve, charlaban como descosidas en el sofá de cocodrilo albino del salón. Discutían sobre la elección del eslogan o el color de las pancartas, pero estaban de acuerdo en lo esencial: aquella manifestación contra los sintechos era lo más emocionante que habían hecho en su monótona vida, que se movía al ritmo únicamente de la lectura de las páginas salmón de *Le Figaro*.

Rose, que creía que le había tocado el gordo con Véronique, constató que la arrogancia de su jefa no era una edición limitada.

Tras haber fruncido el ceño ante su porción de tarta de merengue, la bandada de avestruces, abrigos de pieles desmesurados sobre unas piernas flacas como zancos, recorrieron la vivienda. Rodeadas de un frío polar, que sus terminaciones nerviosas ya no percibían, se extasiaban ante las últimas adquisiciones de su anfitriona.

Las reinas de las compras se deshicieron en elogios sobre el último hallazgo artístico de Véronique Lupin, una obra contemporánea titulada *Resaca y sinsabores*, que recordaba los restos de una velada estudiantil regada en exceso entre compañeros de piso. A los ojos de Rose, ¡aquello parecía cualquier cosa menos arte! Era evidente que el buen gusto no se compraba con dinero.

Con la nariz goteante y un hormigueo en los pies pese a la camiseta térmica, la joven observaba discretamente la escena. Jamás había visto de cerca tantas pieles, tantas joyas y tanta laca por metro cuadrado. A menudo se había preguntado si envidiaba a la gente para la que trabajaba. Como decían en

aquel anuncio de paté: «¡No tenemos los mismos valores!». Esta vez tenía la certeza. ¡Y era mejor así!

¿Quién podía aceptar en la actualidad que mataran a pobres animales únicamente por la suavidad de su piel, que de hecho eran las mismas personas que elogiaban el sedoso pelaje de *Pitusa*? ¿Quién podía gastar miles de euros en una obra de arte que parecía un vertedero? ¿Quién podía sentir verdadera repugnancia hacia unas personas sin hogar que buscaban en los cubos de basura los restos de platos que aquellas señoronas tiraban enteros por temor a engordar?

Rose se había preguntado alguna vez cómo reaccionarían Baptiste o Pierre si llegaban a enterarse de la índole de su trabajo. De lo que había hecho con todas sus ambiciones, con sus sueños de convertirse en enfermera. Era evidente que la actividad de Pierre como médico a lo largo y ancho del mundo debía de resultar más apasionante que sus sesiones de peluquería con *Pitusa*.

Pese a su pasión por la buena comida, Rose estaba dispuesta a hacerse vegana en el acto si con eso lograra barrer la estupidez humana de la faz de la Tierra. Pero, al parecer, ¡la imbecilidad era más contagiosa que la solidaridad!

Desde lo alto del edificio de piedra tallada, Rose vio partir la manifestación. Ignoraba cómo acabaría la cosa, pero deseaba olvidar a aquellas «hijas y esposas de», a las que el dinero les salía por las orejas. Lamentaba que su jefa no tuviera más mano con las plantas. Gustosa habría dejado caer, como quien no quiere la cosa, una maceta del balcón sobre una de aquellas gallinas ornamentales que se desgañitaban. O al menos un buen puñado de mantillo.

Véronique Lupin no resultaba fácilmente identificable entre la multitud. Todas sus amigas, o más bien conocidas, lucían el «uniforme» de rigor: abrigo de pieles, *brushing* rubio, perlas alrededor del cuello, pancarta y chihuahua debajo del brazo. Vestidas con sus mejores galas, habían acudido a desfilas en gran número. Aquello parecía una parodia.

Sus reivindicaciones daban escalofríos. Los curiosos se quedaban estupefactos. La mayoría pensaba que era un montaje o una cámara oculta. No lograban comprender cómo centenares de ricachonas podían deambular así por la calle. Lo más aterrador era la desenvoltura con que cada manifestante respondía a las preguntas de los periodistas, de manera simplista, apoyando sus imparable argumentos económicos ante la mirada boquiabierta de los

transeúntes.

«Si la alcaldesa no escucha nuestras peticiones, habrá represalias. Y lo que hayan construido ¡lo destruiremos!»

Rose se sentía avergonzada, tenía la impresión de estar colaborando. Debido a su silencio y su pasividad se consideraba cómplice de aquella causa abyecta. Sin ir más lejos, también ella había tenido la suerte de conseguir una vivienda social cuando se instaló sola con su bebé en Noisy-le-Grand. Sin aquellos centros construidos por el Estado, jamás habría podido brindar a Baptiste la oportunidad de abrirse camino en la vida. Para aquellos sintechos, la situación era todavía más crítica, y oír hablar de recurrir a la violencia para destruir las nuevas viviendas, cuando familias enteras las necesitaban, la exasperaba tremendamente.

Ante aquella horda de mujeres forradas que partía de Batignolles, para luego desplazarse simbólicamente desde la plaza Vendôme hasta la calle de la Paix, acudieron a su mente las activistas contra el uso de pieles que dejaban oír su voz en la capital parisina durante los desfiles de otoño-invierno y rociaban los lujosos abrigos con pintura roja, que simbolizaba la sangre de los animales sacrificados en nombre de la última moda.

Cuando Rose oyó las amenazas contra la alcaldesa del barrio y su controvertido proyecto, le hirvió la sangre. Cerró de golpe la ventana del balcón. Le era imposible escuchar nada más. Aquellas energúmenas cenarían en casa de Véronique esa misma noche. Si bien no había tenido tiempo de prever pintura colorada, ni siquiera unos tomates, ¡ya se le ocurriría algo para que su patrona lo viera todo rojo!

Un plato que se come frío

Acabada la manifestación, se reencontraron todos en casa de Véronique. Con una copa en la mano, los invitados esperaban a la anfitriona. Llevaba más de una hora haciéndose desear. Estaba al tanto del retraso habitual en la gente normal, el famoso cuarto de hora de cortesía que educadamente se concede a los anfitriones.

Pero Véronique había decidido inventar «los cuartos de hora de cortedad»: cuanto más demoraba su aparición, mayores expectativas creaba, mayor distancia entre ella y sus convidados. Más empequeñecidos resultarían y ella, en cambio, engrandecida. De todos modos, ¿cuándo se había visto a una estrella llegar puntual a un concierto? Por lo demás, no reparaba en gastos: los hacía esperar con champán de añada...

Todo estaba listo desde hacía horas, pero había que tener sentido de la organización. Véronique, como en un desfile, aguardaba la orden de salida para efectuar su entrada. Había decidido dar un cambio de look a su immaculado piso mediante una larga alfombra india, roja, por supuesto, para acompañar su llegada. Era la velada de su vida, en la que debía brillar ante sus invitados, mostrarse en su máximo esplendor. Cada elemento del decorado estaba en su sitio. Todo había sido pensado minuciosamente...

Pitusa estaba resplandeciente, con el pelo blanco, sedoso y brillante. Hasta a Rose le habían entrado ganas de acariciar al animal. Había reservado la tarde para las volteretas y cabriolas, todas ellas premiadas con una galleta para perros, que Rose se sentía orgullosa de haber introducido con éxito en la alimentación, antes deplorable, de la perrita. No había ninguna razón para que el animal no lo hiciera bien esa noche.

Aunque confesarlo habría desollado la boca de Rose, Verónique estaba espléndida. Se había puesto un vestido palabra de honor, entretejido con hilos de oro, que dejaba al descubierto, al bies, sus bronceadas piernas. Llevaba el

cabello ondulado y recogido en forma de cascada sobre un hombro, revelando los largos y centelleantes pendientes de diamantes. Era como estar en el preestreno mundial de una película de Charlize Theron o ante un anuncio de perfume.

Por su parte, Rose llevaba un uniforme de doncella de color malvavisco, con su delantal blanco. Había tenido que plegarse a los deseos de Véronique, que se lo había exigido para causar buena impresión a sus convidados. Le había hecho la observación de que la ropa que llevaba habitualmente no era digna de tamaño acontecimiento. Había subrayado, mezquina: «¿Qué pensará la gente al verla así vestida? ¡¿Que el centro de acogida para las personas sin hogar se encuentra en mi casa?!». Rose ni siquiera había replicado. Su hijo se habría avergonzado de ella. Estaba vendiendo su alma al diablo, renegando de sus principios, ¿y todo para qué? El objetivo inicial debería haber sido aceptar el trabajo con el fin de volver a encarrilar su vida. En cambio, ahora era más bien *Autopista al infierno*. Tenía que reaccionar.

Véronique se disponía a hacer su aparición, cuando de pronto se dio cuenta de que sus invitados habían acabado por olvidarla. Charlaban entre ellos y se habían desperdigado entre el balcón, el salón y la cocina. Hablaban de todo menos de ella. Entrar ahora habría echado a perder por completo una preparación tan minuciosa. Se estaba poniendo de los nervios, y una vena empezó a latirle en la sien. Eso no era precisamente lo más adecuado para su espectacular entrada. Entonces Rose sugirió una idea que agradó de inmediato a su jefa: crearía un acontecimiento antes del magno acontecimiento.

Le pidió una pausa de unos minutos para refrescarse antes de hacer entrar triunfalmente a la que vestía de Prada. Por supuesto, esta se negó.

–¿Le parece que es el momento? ¡Andando! ¡Dese prisa! El maquillaje se me está derritiendo con tanta espera. ¡Un minuto más y me pareceré a mi madre! –le espetó furiosa.

¡De *dog-sitter* había pasado a ser «chica para todo»!

Una vez más, Rose obedeció. Avanzó con sus ropas de Cenicienta de las doce y cuarto y puso música. Véronique le había pedido expresamente que pusiera su disco favorito, *Tus clásicos*, la pista 3: *El lago de los cisnes* de Tchaikovsky. Acto seguido invitó a todos los presentes a reunirse en torno a la obra de arte contemporáneo *Resaca y sinsabores*, junto a la que ya se habían acumulado algunas copas vacías. Dejó que acabase el primer ballet y encadenó con la marcha triunfal de *Aida* de Verdi. Al instante apareció

Véronique en el extremo de la alfombra roja, rodeada de los aplausos maravillados de sus convidados. Fingió ruborizarse de turbación mientras deambulaba como una princesa, con *Pitusa* debajo del brazo, en dirección a las acólitas que habían compartido con ella el desquiciado día de manifestación.

Sin besar a ninguno, sin duda para evitar que se le corriera el perfecto maquillaje, se dirigió a sus invitados:

–Mis queridos amigos, colegas, socios. Hoy ha sido un gran día. ¡El de nuestra victoria! Hemos dejado oír nuestra voz y nos han entendido. Han captado que, si no quedamos satisfechos, haremos saltar el polvorín, literalmente. En consecuencia, os anuncio que a la alcaldesa de París no le ha quedado otra opción que ofrecerse a recibirnos. ¡En los próximos días se organizará una mesa redonda en el ayuntamiento!

Todos los reunidos aplaudieron al oír la noticia, lo que produjo arcadas a Rose, quien no pudo por menos que preguntarse de dónde había sacado Véronique la inspiración para aquel discurso. Ciertamente, no de la educación que le había dado Colette, podía atestiguarlo..., o bien había algo en la naturaleza humana que se le escapaba por completo.

–¡Alcemos nuestras copas! ¡Por la victoria!

–¡Por la victoria! –respondieron a coro sus compañeros de lucha.

Entonces, volviéndose hacia su *dog-sitter*:

–¡Blanche, espabile! ¿No ve que nuestras copas están casi vacías?

Rose se dirigió a la cocina con la botella de champán vacía, que había apurado de un trago, y el lulú hambriento pisándole los talones.

¡¿Cómo consigo soportarla?!

Pitusa soltó una serie de gemidos que llevaron a Rose a pensar que aquella perra comprendía más cosas de lo que parecía.

La joven se escabulló en dirección al apartamento de Colette. Cuando se cruzó con la anciana, no tuvo ánimos para decirle nada y se encerró en el cuarto de baño. Necesitaba evaluar la situación, con el fin de hacer acopio de fuerzas para seguir adelante.

Se miró al espejo. La imagen que este le devolvió, la de una doncella – delantal y cofia– no era de lo más halagadora. Hacer repaso de su vida no le dejaba más remedio que admitir que desde hacía unos meses esta se le escapaba de las manos, y no es que antes fuera como para echar las campanas al vuelo. A punto de cumplir los 37 iba camino de convertirse en una

solterona.

Siempre se había mostrado demasiado juiciosa, demasiado bien educada – Colette habría dicho invisible y transparente—, una joven madre hundida en el fango de una vida mediocre y a la que todo el mundo pasaba por encima alegremente, sin tenerla en cuenta. Olvidada por todos al borde del camino.

Lo único que le quedaba era su desazón y su nuevo empleo. Véronique Lupin, tan rica como despreciativa, se permitía, cada vez que se dirigía a ella, utilizar el ego de Rose a modo de felpudo. ¡Esa noche se había llevado la palma! Y no precisamente la de oro en el festival de Cannes. Su jefa acababa de pasarse de la raya.

La autoproclamada reina la tomaba por su bufona.

Como una olla a presión que se calienta a fuego lento, Rose, que se había pasado toda la vida sin decir jamás lo que pensaba, guardandoselo todo para ella, acababa de llegar al límite. Se marcharía, pero con la cabeza bien alta.

¡Demasiado, aquello era demasiado! Había llegado la hora de poner en práctica su propósito de año nuevo: ¡autoafirmación!

Rose salió del cuarto de baño y fue al encuentro de Colette. La anciana estaba dando los últimos toques a la carlota de fresas que había preparado Rose para la fiestecita de Véronique. La señora Lupin no quería verse mezclada en aquella velada ridícula por nada del mundo, pero se había ofrecido a echarle una mano.

El uniforme de doncella, los ojos empañados y los incontrolables temblores de cólera de Rose bastaron para hacerle comprender que había llegado el momento tan esperado. Era el día D: Rose era capaz por fin de mandarlo todo al carajo. Y eso significaba poner término a la relación con su chiflada favorita.

En silencio, se sonrieron y acto seguido se lanzaron la una en brazos de la otra. Se estrecharon con todas sus fuerzas. No necesitaban poner palabras a lo que la joven se disponía a hacer ni a las consecuencias de aquella rebelión. Pese a todo, Colette la apoyaba. Su papel de atizadora oficial de patadas en el trasero acababa allí. Rose iba a tomar las riendas de su destino, ¡y su idea era diabólica! Se disponía a hacer pasar un mal rato a los amigos de Véronique, y a ella la primera. Con todo, era consciente de que después no podría dar marcha atrás. No habría manera alguna de escapar.

Con la perrita pisándole los talones, Rose bajó la escalera cargada con su enorme tarta. *Pitusa*, por lo general tan golosa, esta vez no le hizo ningún caso. El laxante que Rose acababa de añadir había repelido definitivamente a la bola de pelos, que prefería concentrarse en el número canino que iba a dejar a todos los invitados un recuerdo memorable.

El infierno son los otros

De puntillas, Rose volvió a la fiesta. Solo tenía una oportunidad de lograr su aterrador propósito. Puso la carlota de fresas en la bandeja más centelleante que pudo encontrar y vertió por encima una crema de mascarpone muy ligera; aquel postre tenía un aspecto succulento. Se contuvo para no untar el dedo y lamérselo.

Seguida de la perrita, salió de la cocina con la tarta, la depositó en el centro de la mesa del salón y recorrió a grandes zancadas la estancia en busca de su jefa. Se iba escurriendo entre invitados risueños que le dirigían miradas de curiosidad, cuando de pronto sintió que la agarraban del brazo y la arrastraban hasta la cocina, donde la estamparon contra la alacena.

La mirada furibunda de Verónique Lupin le dio la respuesta. Olía a alcohol y vociferaba más de lo necesario:

–Pero ¿qué se supone que está haciendo? ¿Acaso se cree que está en su fiesta de cumpleaños, deambulando con su aire de suficiencia entre convidados de otra clase? ¿Se propone hacer amigos y quizá hasta encontrar un marido rico que la saque de su miserable condición?

¡Antes tirarme al metro y morir aplastada que casarme con uno de ellos!

–¿Ha decidido rebelarse y hacer lo que le venga en gana? ¿Se considera más lista que nadie, quizá? ¡Pues no tiene ni idea, se lo digo yo! Basta mirarla para verlo. Reparé en ello la primera vez que la vi, en el portal, con las bolsas de basura.

¡Menuda memoria! No para las personas, ni para su nombre, pero en lo tocante a la basura, ¡Véronique se mostraba imbatible! Tal vez hubiera sido basurera en una vida anterior...

Si había sentido algún remordimiento de último minuto, Véronique acababa de hacer que lo olvidara; ¿cómo podía aquella mujer actuar con tal violencia, en sus gestos y sus palabras, con respecto a ella? No había hecho nada, y no

había excusa para el comportamiento de su patrona.

Rose apretó los dientes por última vez y puso en marcha su plan:

–Señora, la estaba buscando. Quería informarla de que *Pitusa* está lista para su *show*. Dígame, ¿desea que empiece ya o prefiere que ponga la música más tarde?

¡Cuidado, pregunta con múltiples opciones! Error en el sistema informático cerebral en: cinco, cuatro, tres, dos...

–Pues... No, no, ponga la música ya, pero sobre todo no intervenga. ¡Es mi momento con *Pitusa* y no me gustaría que lo echara todo a perder! Soy yo quien le ha enseñado cuanto sabe, ¿queda claro?

–¡Por supuesto, señora!

¡Hala, otra mentira! ¿A quién cree que va a engañar?

–No la entretengo más. Ponga la música. Y una vez acabado el número, pasaremos al postre. Espero que esté igual de bueno que el que me dio a probar el otro día. De lo contrario, ya puede ir olvidándose de trabajar aquí.

–Se lo prometo, señora, ha quedado incluso mejor. Ya me dirá.

¡Era hora de asestar el golpe de gracia!

¡Un golpe así puede matarte!

Rose se abrió camino entre los invitados. Quitó el CD de música clásica y puso, en *bluetooth* desde su móvil, la música que había previsto para el número canino.

La joven seguía mentalmente una cuenta atrás, como en Nochevieja. Al igual que el perro de Pavlov, a las primeras notas de la música de circo, *Pitusa* se irguió sobre las patas traseras. De inmediato todos los presentes se apartaron y Véronique se situó en el centro, cerca del lulú, con la evidente intención de atribuirse todo el mérito del adiestramiento.

—Ya ven cómo me obedece. Y ahora, *Pitusa*, ¡tumbada!

La perrita se sentó. Con la cabeza ladeada, esperaba su galleta de felicitación. Véronique le lanzó una mirada cargada de bótox y el lulú comprendió que, al revés de lo que ocurría en los ensayos con Rose, no tendría derecho a ninguna golosina hasta el final del espectáculo. De manera que, despechada, se tendió a la espera de las siguientes instrucciones.

—¡*Pitusa*, voltereta!

La perrita esperaba a que empezase la música de la voltereta —si Véronique hubiera preguntado, habría sabido que aquel animal era capaz de muchas más proezas— cuando, de repente, la animada música cesó y un ruido de fondo se dejó oír. Parecía una conversación mal grabada entre dos personas. Se distinguían dos voces femeninas, pero estaban deformadas, como si hubieran tapado el micrófono con un cojín.

Véronique estaba furiosa por que un incidente técnico hubiera interrumpido su número de circo. Buscó con la mirada a la *dog-sitter*, pero esta no se hallaba a la vista.

De pronto el sonido se hizo mucho más nítido y la aguda voz de Véronique resonó perfectamente en toda la sala. Los invitados se miraban unos a otros, divertidos por sorprender una conversación privada que a todas luces no

debería haber sido retransmitida; la curiosidad se leía en sus ojos.

Las charlas cesaron y todos aguzaban el oído para seguir aquel intercambio grabado entre Véronique y otra voz que les costaba identificar. Era la de Rose:

–¿Quién viene esta noche? ¿Amigos suyos?

–¿Amigos? ¿Se burla de mí? Los que vienen esta noche son cualquier cosa menos amigos. Si pudiera, gustosa pasaría de ellos. ¡No pertenecemos al mismo mundo! No son más que unos nuevos ricos vulgares, que visten como paletos. ¡Y tampoco son ningunas lumbreras! Lamentablemente, los necesito.

Véronique se quedó paralizada en el sitio. Todos la miraban boquiabiertos. Tras recuperar el dominio de sí misma, saltó hacia el equipo de música, pero no había CD que extraer. Gritó hecha una furia para cubrir el sonido, pero se oía con mucha claridad. Trató de sonreír para quitarle hierro a la situación.

–Yo sola no podría poner fin a este ridículo proyecto. De manera que si eso significa tener que apechugar con Bettina, Samantha y las demás bobas del consultorio de Richard, que harían mejor en trasplantarse neuronas que en ponerse implantes mamarios, pues hago de tripas corazón y exhibo mi más falsa sonrisa.

Véronique arrancó el enchufe del aparato y la conversación cesó por fin. Una vez más, era el centro de atención, sus invitados la rodeaban, pero las sonrisas habían dado paso a miradas escandalizadas, casi asesinas.

–No es lo que creen. Se trata de un montaje. Esa no es mi voz.

Comprendió que le habían tendido una trampa.

Uno a uno, los presentes abandonaron en silencio el salón y luego el piso, obsequiando a su anfitriona con una sonrisa de desprecio. Véronique era presa del pánico, les imploraba que se quedaran, pero todos hicieron caso omiso.

Una vez que se encontró a solas con *Pitusa*, Rose reapareció y se plantó ante ella.

–¡Usted! Voy a estrangularla. Se lo he dado todo: un empleo, un techo, un poco más de educación, ¿y así es como me lo paga? ¡Queda despedida!

La joven sonreía y eso exasperó todavía más a su jefa, que se acercó a ella con expresión claramente amenazadora. Si hubiera tenido a mano un cuchillo, Rose habría podido apostar a que se lo habría arrojado a la cara.

Véronique seguía avanzando hacia la *dog-sitter*. Saltaba a la vista que no pensaba dejar que se fuera de rositas.

Entonces, *Pitusa* se interpuso entre las dos mujeres y empezó a gruñir. La bola de pelos enseñaba los colmillos. Sin duda no soportaba ver a sus dos

amitas enfrentarse de ese modo.

–*Pitusa*, ven aquí! –ordenó Véronique–. Deja que esta pobre chica siga con su vida mediocre.

–No es usted quien me despide, señora, ¡soy yo quien se va! –declaró Rose, que había oído una frase parecida en una película–. Preferiría ir a hurgar en cada cubo de basura de París con esos desgraciados que se mueren de hambre antes que permanecer un segundo más a su lado; ¡tanto usted como su desmesurado egocentrismo me hacen vomitar!

Dicho esto, giró sobre sus talones y abrió la puerta del piso. En términos de réplica no es que fuera muy logrado, pero no se le podía reprochar que no hubiera dicho lo que pensaba. *Pitusa*, que estaba paralizada entre las dos mujeres desde el principio del enfrentamiento, dio media vuelta y siguió trotando a Rose, que bajaba corriendo la escalera.

Entonces, Véronique vociferó:

–*Pitusa*, vuelve aquí inmediatamente, de lo contrario...!

Rose no oyó el final de la frase. De todos modos, tampoco le interesaba. Pese a ser alérgica a los perros, abandonaba aquel edificio haussmaniano con sus cosas y un lulú feliz a su lado.

Colette tenía razón, ¡por fin se sentía libre!

Cuatro plantas más arriba, Véronique se había sentado en el suelo, sola en medio de su piso glacial, y devoraba con los dedos la carlota de fresas más reconfortante de toda su vida. Rose no le había mentado, estaba realmente deliciosa, jamás podría olvidar hasta qué punto...

Tres cuartos de lo mismo

Al día siguiente, Rose se sentía nostálgica. Le apetecía ver de nuevo a su amiga, pero tenía prohibido volver a poner los pies en su casa. Una vez más, Véronique tenía la última palabra: Rose ya no podría ocuparse de Colette. No volverían a compartir recetas a la hora de la comida, ni chismorrear en su jardín secreto, ni invitar a *surfers* internacionales; ya no tenían ningún sofá en común. Todo había terminado. Había perdido a una amiga. Hasta *Pitusa* parecía desorientada.

Rose había vuelto a pasar por allí esa noche para empaquetar sus cosas. No quiso despertar a Colette, que, por una vez, dormía a pierna suelta.

Era de locos constatar que su vida se reducía a tan poca cosa. Unas cuantas bolsas que contenían todas aquellas menudencias que le caldeaban el corazón, como las fichas de las recetas preparadas juntas y corregidas por Colette, quien siempre se mostraba intransigente con la precisión de las cantidades, sobre todo en repostería. ¡Cuántas veces la había obligado a rehacer la carlota de fresas! Rose se había aprendido de memoria los ingredientes. ¡Dejando aparte su sorpresa del chef!

Cuando cerró la puerta a su espalda, cayó en la cuenta de que olvidaba algo. Entró de nuevo en el piso y agarró el regalo que había olvidado en un cajón de su dormitorio, un peluche que había comprado para el bebé que había de llegar. Había pensado llevarse su objeto transicional de adulta, pero aquel era todavía más importante. Le recordaba su cariño por su propia familia, y aún le quedaba una importante tarea que cumplir.

Pese a lo avanzado de la hora, Georges, el encantador chófer de la señora Lupin, se había ofrecido a ayudarla a transportar sus efectos personales como el primer día, el día que comenzó toda aquella historia de locos... Esta vez Rose no vaciló a la hora de dar una dirección de destino a Georges.

La de Lili.

Evidentemente.

La venganza es un plato que se sirve frío

Colette se había puesto en marcha al amanecer. La anciana detestaba que su hija llevara a casa a gente de la alta sociedad. «A menudo son los menos pulcros», solía decir. De manera que la anciana se afanaba en desinfectarlo todo, tanto en su piso como en el de Véronique, de donde emanaba un olor desagradable. Se apresuró asimismo a tirar todas las bolsas de basura que su hija había dejado tiradas por ahí.

En cuanto a Véronique, había dormido mal y aún tenía retortijones. Confiaba en que el fracaso de la víspera no hubiera sido más que un mal sueño. Lamentablemente, ni siquiera las sábanas de raso impedían las pesadillas.

Para ella, lo urgente ya no era impedir la construcción del centro de acogida para personas sin hogar, sino recuperar su buena imagen. Lo cual, ciertamente, requeriría mucho tiempo, dado que, por supuesto, la escena, filmada por algunos de sus invitados, había aparecido en las redes sociales. Véronique Lupin pensaba empezar por el principio, llamando a su terapeuta, que le prescribiría algunos tranquilizantes hasta que pasara la tormenta. Ni siquiera Richard había dado señales de vida.

Rose marcó el número de su cómplice, que debía afrontar al dragón cargado de bótox. Al cabo de cuatro tonos de llamada, Colette contestó por fin, y Rose le dijo:

- ¡Hola, Colette! ¿Qué tal la carlota de fresas, tuvo éxito con su hija?
- ¡Sobre todo a nivel del tránsito intestinal!
- Tanto mejor. ¿Y usted, sigue bien?
- Más o menos. Salvo una nimiedad. Resulta que, según Véronique, yo

habría tirado accidentalmente a la basura una de sus últimas adquisiciones. *Resaca y sinsabores*, por si le suena de algo. En cualquier caso, me trae sin cuidado. ¡Estoy harta de sus continuas acusaciones! ¡Creo que las dos vamos a dormir fuera esta noche! Bien, he de dejarla, Rose, ¡tengo una tarta de frutas en el horno!

El nuevo ataque de Véronique a su madre dejó a Rose un sabor amargo en la boca.

No ser bien recibido

Estaba pasando una página de su vida. Rose se mudaba del barrio y temía no volver a ver jamás a todos aquellos que habían pasado a formar parte de su universo. Adiós a los amigos de Batignolles y sus apasionadas conversaciones en el café de Edgar. Adiós a *Pitusa* y sus comicidades. Adiós a Colette y sus ideas siempre estrambóticas.

Cuando ya había empezado a desembalar sus cosas en casa de Lili, tuvo una especie de presentimiento, una intuición real a la que decidió prestar atención.

Marcó el número de Colette, pero esta no contestó. Había muchas probabilidades de que se hubiera quedado sola. Y saltaba a la vista que la última discusión con su hija la había trastornado. Si había tenido una mala caída, ¿quién acudiría a levantarla?

Necesitaba asegurarse de que su nueva amiga se encontraba bien.

Al llegar ante el felpudo de la anciana, se dio cuenta de que las flechas del dibujo apuntaban en el sentido correcto y ahora invitaban a entrar. Rose no había tenido tiempo de ocuparse de ello, pero Colette había decidido recibir a las primeras *couchsurfers* con los brazos abiertos y, en consecuencia, ahora parecía dispuesta a dejar entrar a invitadas sorpresa en su vida. Se sintió emocionada al constatar los progresos de la anciana.

Dio unos golpes en la puerta, pero nadie salió a abrirle. Agarró el duplicado de las llaves oculto en el rellano, pero no encontró a nadie en casa de Colette. Subió un piso y entró en el que había sido su estudio: ni un alma. Y lo mismo en el jardín secreto.

La joven marcó de nuevo el número de Colette. Al cabo de varios tonos de llamada, una voz masculina la informó de un nuevo drama: Colette se encontraba en una ambulancia. Se había caído.

¡Dame un respiro!

La anciana había recuperado el conocimiento. El guapo enfermero de voz ronca resultaba tranquilizador. Debería haberle entrado el pánico al saberse fuera de casa, pero en aquella ambulancia, con sus grandes ventanillas, no tenía miedo.

Hacía un rato, en la cocina, la terrible pelea entre madre e hija se había recrudecido, y de pronto Colette se sintió débil. Véronique, furiosa, y convencida de que se trataba de un nuevo subterfugio, giró sobre sus talones y dejó a la anciana con su teatro.

Ya sin público, la señora Lupin había tenido una mala caída. Por fortuna llevaba encima el móvil, de manera que tuvo el tiempo justo de llamar al servicio de urgencias.

Tendida en el lecho improvisado, Colette se agarró al brazo del camillero que tenía al lado y le pidió un favor un tanto especial. Sorprendido pero no viendo en ello contraindicación médica alguna, este levantó la parte superior de la camilla de la anciana, que se puso a admirar el paisaje parisino que desfilaba ante su vista.

Colette lo intuía: las pruebas médicas a las que se disponía a someterse no podían tener mejores resultados que las anteriores. Estaba más débil y su hija aprovecharía la primera ocasión que se le brindase para decretar que, por su bien, debía ingresar en una residencia. De hecho, ya estaba en camino...

—Joven, supongo que no es posible que se tome su tiempo... Hace años que no veía estas calles que me son tan queridas y, antes de llegar a mi última morada, me gustaría aprovechar el espectáculo...

¿Por última vez?, se dijo.

Con la cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla, la anciana contemplaba la belleza de París, los parques de su infancia, los museos que había recorrido cuando era estudiante, los monumentos que le había encantado visitar con su

hija, de pequeña. Antes de su irreparable desavenencia.

Curiosamente, en aquel vehículo que atravesaba la ciudad a toda pastilla, con las sirenas aullando, Colette se sentía en paz.

Guardián entre el centeno

Rose había telefonado al hospital que se había hecho cargo de Colette. La anciana estaba mejor, un alivio; le informaron de que a última hora de la tarde podría pasar a visitarla, cuando acabaran de hacerle pruebas. La persona que le respondió en la recepción del servicio le preguntó: «¿Es usted su hija?», a lo que la joven repuso sin vacilar: «Sí».

Desde hacía unos meses la vida de Rose había tomado un cariz grotesco, pero se daba cuenta de que el amor lo superaba todo. Unas semanas atrás ni siquiera habría podido imaginar lo que estaba dispuesta a hacer por su hijo. Como Baptiste solía repetirle cuando era solo un chiquillo, se querían «hasta más arriba del cielo».

Rose se había preguntado con frecuencia cómo una madre y su hijo podían poner fin por completo a su amor maternofilial. Siempre había creído que Baptiste y ella acabarían por arreglar las cosas, pues, en lo más hondo de sí misma, nada podría interponerse jamás entre ella y la carne de su carne. Ni un novio, ni una guapa pelirroja.

Volvió a pensar en Colette. Seguía sin comprender cómo una madre y una hija podían llegar a perderse, a ignorarse. No daba crédito al desprecio de Véronique frente a la fragilidad de su madre, que rayaba la omisión de socorro a una persona en peligro, como con buen criterio le había dicho Lili. Huelga decir que la buena conciencia había impulsado a Rose a avisar a Véronique, quien, tras un largo silencio, acabó por responder: «Conozco a mi madre, tiene la piel muy dura, se recuperará...».

Cualquiera que hubiese podido ser la relación entre aquellas dos mujeres, frente a la adversidad, a la enfermedad, deberían haberlo olvidado todo, haber dejado de lado rencores y amargura. En aquel preciso instante Rose tuvo claro que aquello le serviría de lección para el resto de su vida. Rememoró las palabras de su padre, que siempre le decía: «Cuando la vida nos brinda una

nueva oportunidad, hay que saber aprovecharla...». Agarró el móvil, le quedaba una importante tarea por cumplir que ya había postergado demasiado tiempo.

Sin pérdida de tiempo, marcó el número de su primer amor. Pierre contestó enseguida.

Corazón de melón

A la hora de la comida, Rose se reencontró con los comerciantes de Batignolles. Deseaba saludar a los amigos y darles las gracias por su apoyo. Les había contado lo de la hospitalización de Colette y todos se ofrecieron de inmediato a acompañarla a hacerle una visita, lo cual la conmovió sobremanera.

Los comerciantes estaban sentados a la mesa alrededor de Rose. Escuchaban alucinados las surrealistas peripecias por las que la joven acababa de pasar: la grabación de Véronique emitida en directo en las redes sociales, la carlota de fresas devorada entera y Colette que había tirado a la basura la obra de arte de su hija antes de que tuvieran que llevarla al hospital.

El resultado era que Rose se había quedado sin trabajo y sin casa. Una nueva persona sin hogar con la que Véronique se había encarnizado. Sin embargo, la solidaridad del barrio carecía de fisuras: todos ofrecieron a la joven un sitio donde dormir, oferta que esta declinó cortésmente, dado que había decidido instalarse en casa de su hermana.

Mientras Rose se estresaba ante la idea de reencontrarse con Pierre en menos de una hora, Morgane les anunció algo.

–Aprovecho que nos hemos reunido todos, quizá por última vez, para anunciaros...

–Redoble de tambores –dramatizó Laurent.

–Que la última fecundación *in vitro* tampoco ha funcionado pero... por fin han aceptado mi expediente: soy la feliz mamá de un niño de cinco años. Viene de la República Democrática del Congo. Se llama César.

Sobreexcitada, les mostró la pantalla del móvil.

–Mirad qué mono es, siempre sonriente, cuando no ha tenido una vida fácil. Habremos de replantearnos nuestra vida cotidiana para dedicarle el mayor tiempo posible. Sin duda mi marido dejará el trabajo para ocuparse

únicamente de él; en todo caso, yo mantendré la tienda de ropa. Requerirá organización, pero ¡por fin comienza la aventura!

Todos se alegraron con la noticia.

–Otra dimisión –pronunció Rose en voz alta, perdida en sus pensamientos.

–¿Hablas por ti? –quiso saber Laurent, extrañado.

–No, me refiero a mi hermana. También ella va a cambiar de vida.

–¿Tienes una hermana? –se sorprendió Edgar, al que, sin embargo, se lo contaba casi todo.

–Sí, mayor que yo. Pero mejor volvamos a la fantástica noticia de Morgane. ¡Enhorabuena!

Esta seguía haciendo circular la foto del móvil, cuando de pronto Edgar susurró:

–Rose, creo que tienes visita. Vamos a dejarte.

–¿Ya? ¿Nos vemos de nuevo aquí más tarde antes de ir a visitar a Colette?

Nada más acabar la frase se encontró con la mirada de un hombre muy alto, de unos cuarenta años, que en efecto llevaba unos minutos esperando. Rose tuvo la sensación de que se le paraba el corazón. Lo reconoció al instante. La idea de que Pierre no la reconociera le pasó por la mente, tanto más cuanto que se dirigió al grupo, clavando la vista en Morgane:

–No he podido evitar oír su conversación, y la felicito, señora. Pasé cierto tiempo en el Congo y conozco bien la situación; esos niños necesitan todo el amor del mundo.

Entonces se volvió hacia Rose. El tiempo se había detenido. Como si la hubieran proyectado bruscamente veinte años atrás. Había envejecido, cierto, pero no había perdido nada de su encanto. Seguía siendo igual de guapo. Realmente no había cambiado un ápice. Tenía las mejillas algo más hundidas, pero los años no parecían haber hecho mella en él. Sus miradas se cruzaron y él, emocionado, le sonrió. A Rose todo le resultaba todavía tan familiar... Su voz, sus expresiones, su manera de moverse. Seguía siendo el hombre tranquilo que hace lo que hay que hacer y dice siempre la palabra justa.

¡Desde luego, no tenía nada de Darth Vader! Era más bien del tipo Han Solo.

Pierre le dio un cariñoso beso y se mostró afable, lo que dejó perpleja a Rose. Tras haberse enterado de que el encuentro con Baptiste no había salido según lo previsto, esperaba una reacción mucho más fría por su parte. Ahora bien, al mismo tiempo era consciente de que había que desconfiar de las aguas

mansas. De manera que siguió sentada, observó a sus amigos mientras se alejaban y, finalmente, sonrió cortés a Pierre.

Se secó las manos húmedas en los pantalones. Los nervios se la comían un poco más a cada minuto que pasaba.

Pierre y Rose habían estado perdidamente enamorados. Y se habían separado a regañadientes. El destino los había alejado el uno del otro casi veinte años atrás y, con la ironía que lo caracterizaba, los reunía de nuevo hoy en circunstancias harto singulares.

Se sentaron el uno frente al otro. Edgar les llevó unos cócteles de fruta fresca. Durante unos segundos, permanecieron silenciosos, comiéndose con los ojos.

–No has cambiado nada –le dijo ella.

–Tú tampoco. ¡Sigues siendo igual de guapa!

Rose, turbada, prosiguió:

–Bien, pues entonces, ¿es el momento de contárselo todo?

–Ya sé una buena parte: he conocido a Baptiste... Mi hijo. Bueno, nuestro hijo, perdona. Sigo sin salir de mi asombro. No sé qué decir. Me quedé completamente conmocionado con la noticia.

–Ya, lo imagino, yo ni siquiera sé por dónde empezar... Lo siento tanto... Habría querido que las cosas fueran de otro modo...

–¡Es un muchacho estupendo! –la cortó Pierre.

–Sí, es extraordinario. Me siento muy orgullosa de él.

Nada más decirlo se le humedecieron los ojos.

–¿Sabes, Rose? He pensado mucho en todo esto en los últimos días y está claro que no podemos cambiar lo sucedido... No hay vuelta atrás, de manera que de nada sirve atormentarse... Lo único que deseo es que valoremos este momento, que nos demos cuenta de que la vida nos brinda una nueva oportunidad. Deberíamos sentirnos agradecidos por ello. Hay que ser positivo. ¡No me dirás que no es original descubrir el mismo día que uno es padre y futuro abuelo!

Su ocurrencia hizo reír a Rose. Se dijo que Pierre no había renunciado a su vena filosófica. Siempre había conseguido calmar sus miedos, porque tenía el don de relativizarlo todo.

–Entonces, ¿te lo contó todo?

–Casi todo...

–Entonces, hay algo que no entiendo. Creía que no querías volver a verlo...

Que os habíais enfadado... Creí entender que vuestro encuentro había ido mal.

–¿Enfadados? Ayer volví a quedar con él y hemos previsto comer juntos mañana. ¿A eso lo llamas «estar enfadados»?

–Pero él me dijo...

Rose se interrumpió para pensar un momento. Pierre parecía seguro de lo que afirmaba. En cambio, Baptiste siempre se había mostrado muy evasivo sobre los motivos de la disputa con su padre.

¿Acaso había...?

–¡Oh, menudo manipulador! Estoy soñando... Pero ¿a quién habrá salido?

–A mí no, eso seguro –bromeó Pierre.

–¿De manera que todo va bien entre vosotros?

–¡Perfectamente!

–¿Lo que implica que mi hijo me soltó un cuento chino?

–Eso parece.

–¿Y por qué tuvo que hacerlo?

–¿Tú qué crees? Como cualquier crío. Para que sus padres se reencuentren.

Rose sonrió. Notó que se ruborizaba.

¿Era posible que, por primera vez en su vida, hubiera una alineación de planetas... en su favor?

A la hora de la comida, Rose se reencontró con los comerciantes de Batignolles. Luego irían a visitar a Colette. Edgar y sus amigos habían seguido el folletín de Rose con pasión, sobre todo el reencuentro con Pierre, y le pedían que les contara cosas al respecto... Había unanimidad en el grupo. Reencontrarse con su primer y único amor, como si se hubieran separado la víspera, le había producido un *shock* mucho más devastador de lo que jamás habría admitido ante nadie.

Le costaba concentrarse en la conversación de sus amigos. Estaba obnubilada por Pierre. Habían hablado de todo y de nada, y todavía les quedaban muchas cosas que decirse... De todos modos, en lo esencial se había quedado tranquila. Seguía siendo el mismo hombre: comprensivo, maduro ¡y guapísimo!

Habían quedado en verse de nuevo el sábado siguiente. Rose tomó nota mental de comprobar en el horóscopo lo que los astros pensaban realmente del asunto. Uno no cambia así como así de la noche a la mañana...

—Rose, ¿estás con nosotros? Acabamos de ponernos de acuerdo en que distraigas al personal sanitario mientras nos colamos en la habitación de Colette para raptarla.

—¡Sí, sí, muy bien, perfecto! —confirmó la joven, pensativa.

—Mejor así, teníamos miedo de que el hecho de enseñar los pechos te molestara, pero si estás de acuerdo, ¡pues adelante!

—¿Cómo? Perdonadme, he debido de perderme algo. ¿Enseñar los pechos? ¿Yo? ¿Estáis seguros? ¿Y qué es esa historia de que vais a raptarla? ¿No se suponía que solo íbamos de visita? En mi opinión, está mejor allí que al lado de su hija, sobre todo en este momento.

—Te estamos tomando el pelo, Rose. Esta tarde iremos todos a verla como estaba previsto. Laurent llevará un ramo de claveles, por supuesto, e Isabelle

unos bollos de azúcar.

–¿Es Cupido quien te produce ese efecto? –se burló Laurent, reprendido al instante por la mirada contrariada de Edgar.

–Pero ¿sigue soltero? –intervino Isabelle–. Porque, que yo sepa, un buen partido como él no está mucho tiempo disponible en el mercado. ¿Has comprobado su dedo anular, Rose?

–Pues... no. ¿Debería haberlo hecho? La verdad es que no sé si está casado. No he pensado en preguntárselo. No venía a cuento.

–¡¿Estás de guasa?! Pero si es lo primero que hay que preguntar, guapa –encareció Laurent–. Uno debe averiguar cómo está el terreno antes de plantar la semilla; en fin, eso es lo que dicen en mi oficio...

–Pero ¿podéis dejarla tranquila de una vez? –cortó Edgar–. ¿No veis que estáis consiguiendo que se ponga colorada?

No era del todo mentira. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para olvidarse de preguntarle si había alguien en su vida?

Nada de embalsarse, se dijo, al tiempo que echaba el freno a la música de la marcha nupcial que resonaba en su cabeza desde su reencuentro con Pierre.

Cierto aire de familia

Cuando entró en la habitación de Colette, Rose experimentó un *shock*. Su cómplice, que estaba durmiendo, parecía diminuta, de una fragilidad extrema. Se sentó en el borde de la cama, a su lado, y le acarició el cabello. La anciana sonrió.

–Sabía que se estaba haciendo la dormida, Colette. Empiezo a conocerla.

Esta abrió un ojo y prorrumpió en carcajadas.

–¿Qué es lo que ve en mí? ¿Por qué sigue a mi lado?

–No lo sé. Digamos que la quiero mucho.

–Pues estoy muy desmejorada y debilitada, ni siquiera consigo levantarme sola.

–Tranquila, todo volverá a ser como antes, Colette. Es normal, la atiborran de medicamentos y, como nunca ha tomado ni una sola pastilla, forzosamente han de darle mareos.

–Cuando tengan los resultados de las pruebas, seguramente me transferirán a una residencia.

–¿Qué? Un momento, pero ¿¿por qué?! ¡Todavía no es usted dependiente! ¡No está obligada a ir! ¡¿Es su hija quien lo ha decidido por usted?! ¿Es eso?

–No, en absoluto. Nada de eso. Soy yo quien ha hecho la petición.

La joven se quedó paralizada.

–Escuche, Rose, no soy eterna, y lo he pensado bien: no tengo ningunas ganas de volver a vivir con mi hija. En el sitio al que van a transferirme hay un magnífico jardín y una vez por semana organizan talleres de repostería. Estaré rodeada de gente y más tranquila. Me he resignado. No tiene sentido que me ponga enferma por quedarme junto a mi hija, que vive en un congelador. Lamentablemente, nuestros vínculos se rompieron hace tiempo. Querría terminar mi vida con mayor serenidad. En el ínterin, me quedaré aquí varios días o varias semanas más. Tienen un bonito parque, ¿le apetece dar una vuelta

por él conmigo?

–Desde luego que sí, y además la necesito, Colette. Se trata de un tema delicado del que solo se puede hablar con una amiga íntima. Una persona de confianza que no te juzgará.

La anciana sonrió y posó la mano sobre la de Rose. Más que dos amigas, estaban unidas por un lazo casi maternofilial, imposible de romper por el mero hecho de rescindir un contrato de *dog-sitter*.

La joven empujaba la silla de ruedas por el jardín del centro médico. Se le hacía muy raro ver por fin a aquella mujer menuda en el exterior, a su lado. Solo faltaba *Pitusa* para completar el cuadro. Hicieron un alto, Rose se sentó en un banco y reanudaron la conversación.

–Hay algo de lo que deseaba hablarme, ¿no es así, Rose? ¿O me equivoco?

–Así es. Verá, desde que la conocí, siempre me ha animado a tomar las riendas de mi vida...

–Se trata del padre de Baptiste, ¿no es cierto?

–A usted no hay quien le oculte nada.

–¡Qué pálida está! Apuesto a que no ha comido nada en las últimas veinticuatro horas... Para que me quede tranquila: ¿al menos sigue siendo capaz de meter un plato congelado en el microondas?

–No se burle, Colette –rogó Rose con una sonrisa–. Además, sabe muy bien que ya no como platos congelados. Vale, le cuento: he vuelto a ver a Pierre y desde entonces estoy inquieta. Me entran como mareos.

–¡Eso se llama amor, querida! Es una estupenda noticia.

–Más o menos...

–¿Por qué? ¿Qué es lo que no va bien? ¿No me diga que le guarda rencor?

–No, no lo creo. Me pareció que más bien se alegraba de verme. De todos modos, no es del tipo rencoroso. No, el problema es que ignoro si sigue disponible. Me invitó a cenar y no me atreví a contestarle.

–¿Qué día le propuso cenar?

–Pasado mañana, sábado.

–¡Pero esto es increíble! ¿Por qué no me lo ha dicho antes?

–No sé cómo reaccionar. Tengo tanto miedo...

–¿Qué puede perder?

–No quiero embalarme sin motivo y volver a sufrir. No sé qué hacer.

–¡Usted y su maldita manía de hacerme preguntas cuando conoce de antemano las respuestas! ¡Solo me lo cuenta porque necesita una patada en el

trasero! Sabe perfectamente lo que tiene que hacer. ¡Haga el favor de sacarse el dichoso móvil del bolsillo y llamarlo ahora mismo si no quiere que le pase por encima con la silla de ruedas!

Rose tomó la mano de la anciana y le dio un tierno beso.

–¡Es usted mi hada madrina! Ande, vamos dentro, tiene otros visitantes que llegarán de un momento a otro...

–¿Ah, sí? ¿Y quiénes son?

Unos metros más allá, las dos mujeres se dirigieron hacia la entrada del servicio y, al divisar a sus amigos de Batignolles con un ramo de claveles en la mano, a Colette se le empañaron los ojos. Emocionada, pensó en el dicho: «Los amigos son la familia que uno escoge».

Todos tenemos nuestra media naranja

Rose rogaba para sus adentros que Pierre no contestara. Sin embargo, este respondió al segundo tono de llamada. Hablaba tranquila aunque hervía por dentro y no sabía por dónde empezar; no podía preguntarle, como si estuvieran en el patio del colegio: «¿Tienes novia?».

–Hola, Pierre, perdona que te moleste, pero necesitaría verte lo antes posible. Tengo dos o tres cosas que comentarte.

–Yo también tengo algo que decirte. Conozco un pequeño restaurante japonés donde se come bien y estaremos tranquilos. ¿Reservo para esta noche y te envío la dirección por SMS?

–Sí, perfecto. Hasta luego, Pierre.

Vaya por Dios... ¿Qué será eso tan grave que tiene que decirme? ¿¿¿Y qué mosca me ha picado para llamarlo???

A las nueve Rose se encontró con Pierre, sentado a la mesa con un ramo de flores. Por espacio de un segundo, rezó por que las flores fueran realmente para ella y no para un paciente enfermo o, peor todavía, para una cita galante que tuviera justo después de cenar con ella...

Afortunadamente, nada más llegar a la mesa, Pierre se levantó, le dio un beso en la mejilla y le tendió las rosas. Blancas. Si Laurent, el florista paisajista, hubiera estado allí, le habría recordado que era «una buena señal». ¡Pero sobre todo no embalsarse! Pierre era muy capaz de dar una de cal y otra de arena en la misma frase, y sin darse cuenta.

Tenía que librarse de aquel peso antes de cenar o le sentaría mal la comida. De manera que se lanzó:

–La otra vez no tuvimos tiempo de charlar demasiado. Cuéntame, ¿qué hay de nuevo?

¡¡¡Qué hay de nuevo!!! Pero serás negada... No era así como iba a lograr tirarle de la lengua.

–¿Qué quieres saber en concreto? Veinte años son muchos para resumirlos, y no todo es interesante. Ahora bien, si yo te cuento mi vida, también querré saber más sobre ti, y sobre Baptiste. Me he perdido tantas cosas que me gustaría ponerme al día lo antes posible.

–No sé... Por ejemplo, ¿estás casado? ¿Qué le dijiste a Baptiste? Solo me gustaría estar al corriente de las mismas cosas que él, para saber a qué atenerme.

–Casado, sí.

¡Oh, me... cachis en la mar! ¡Quiero morirme! Dejad que perezca en este restaurante japonés donde te ceban con menús cerrados...

–Hace diez años me casé con una enfermera que trabajaba conmigo en el extranjero. Estábamos muy entregados a nuestra misión allí y nos perdimos un poco de vista por el camino. Nos separamos al cabo de seis años; ya no teníamos los mismos sueños. Yo empezaba a agotar las misiones en el extranjero, mi padre estaba enfermo, pero ella quería ir a otro país, para un período todavía más largo. Y ya está. Eso es todo.

–¡No, no, no! –lo interrumpió la joven–. Quiero decir, no creo que eso sea todo. Si no me equivoco, os separasteis hace cuatro años. En cuatro años pueden pasar muchas cosas...

–¡Siempre me has hecho reír, Rose! Pregúntame directamente si estoy con alguien, será más rápido. ¿Y tú, estás con alguien?

–¡Oye!, yo he preguntado primero, así que responde a mi pregunta.

–Bueno, he tenido algunas aventuras, pero nada serio. Y por ahora nadie a la vista, o casi...

–Mmm..., vale, aunque la respuesta podría mejorar. Yo tampoco estoy con nadie en especial en este momento. He andado bastante ocupada últimamente.

–¿Ah, sí? Interesante... ¿Y a qué te dedicas? El otro día, cuando charlé con Baptiste, no lo entendí muy bien. Estaba convencido de que habrías hecho enfermería...

¡Grrr! Menuda memoria...

–Esto..., no, todavía no, bueno, que aún no me he puesto a ello. Pero últimamente me lo planteo muy en serio, la verdad... No desespero. Una amiga muy querida me ha hecho tomar conciencia de que en la vida nunca es demasiado tarde para pensar en uno mismo. Bueno, ya está.

–Escucha, Rose, tengo que pedirte un favor...

–¡Lo que quieras! A decir verdad, no estoy en posición de negarte nada.

–Como ya te dije, lo pasado, pasado. No te he hecho el menor reproche por haber descubierto mi paternidad al cabo de dieciocho años, pero hay algo que es importante para mí...

–¿Sí?

–Me gustaría reconocer a Baptiste como mi hijo. No existe razón alguna que lo impida. Me he informado, hay que hacer algunas gestiones administrativas, pero es factible. Evidentemente, no quería hablarlo con él sin contar con tu aprobación... ¿Tú qué opinas?

Hola, Luna. Aquí la Tierra. ¡Contesten!

Rose estaba boquiabierta. Era tal su obsesión con el celibato de Pierre que había olvidado lo esencial: Pierre acababa de ser padre con casi cuarenta años. Como hombre íntegro y apasionado que era, quería hacer las cosas bien. Como siempre. Como antes. Aquella decisión no era ninguna nimiedad, al contrario. Ella ni siquiera lo había esperado en ningún momento. Y qué mejor regalo podían hacer juntos a Baptiste que aquella «formalidad»...

–Es más de lo que me atrevía a esperar, Pierre.

Él le dirigió una mirada intensa y, de no ser por su pudor, le habría dicho que jamás había olvidado cuanto albergaba en su corazón.

Si se hubiera atrevido, le habría contado que no había dejado de pensar en ella en todos aquellos años, que, si pudiera volver dieciocho años atrás, en lugar de perderla por las ambiciones profesionales, abriría un consultorio en el campo para evitar aquella separación. Si pudiera retroceder en el tiempo, la conservaría a su lado, y habrían criado a Baptiste juntos, sin duda habrían tenido más hijos, tan guapos, inteligentes y sensibles como él.

Deseaba decirle todo eso, y se disponía a tomarle la mano entre las suyas, cuando de pronto el móvil de Rose sonó...

Al ver aparecer el nombre de Baptiste y su famoso *selfie* como fondo de pantalla, a Rose le dio un vuelco el corazón. Tenía un extraño presentimiento. Una vez más.

–¡¡Hola!! ¡¿Me oyes?! ¡¿Estás ahí?!

–¡Sí, sí! ¡Aquí estoy! ¡¿Qué ocurre?!

–Jessica ha dado a luz. Estamos en el Hospital Americano. Aquí ya no autorizan las visitas, pero, excepcionalmente, sale mañana. Me encantaría que pudieras pasarte por casa de sus padres para vernos. ¿Puedes llamar a Pierre y avisarlo? Me gustaría que viniera también. ¿Qué tal mañana a las dos de la tarde? Te envío la dirección por SMS.

Entre sollozos mezclados con risas, Rose dejó que explotaran su alegría y su alivio.

–¡Claro que sí, cariño! Me siento tan feliz...

Fue ella quien finalmente agarró la mano de Pierre, con los ojos anegados en lágrimas y una ancha sonrisa iluminándole el rostro.

–El bebé ha nacido, Pierre. ¡Y vamos a conocerlo juntos!

Antojo de chocolate

Lili llevaba más de diez minutos riendo como una loca. Rose no conseguía frenarla. Aquello rayaba en lo vejatorio.

–¡Bueno, para ya! Solo te he dicho que cenamos juntos, eso es todo. No hay nada más que añadir. Nos vemos mañana en casa de Baptiste. Y ya está.

–¿Y ya está? ¿Eso es todo? No pretenderás hacerme creer que volver a ver al único amor de tu vida no te da ni frío ni calor... ¡A otro perro con ese hueso, guapa! ¿Cuántos kilos has perdido en esta última semana?

–¿Qué? ¡Y yo qué sé! Dos, tal vez. ¿Por qué?

–¡Enamorada, su señoría! ¡Ese es su crimen!

Lili prorrumpió en renovadas carcajadas, muy divertida, ante una Rose enfurruñada.

–Voy a conocer a Jessica y te necesito para no dar un paso en falso. *Please!*

–¡Vaya políglota! Constato que estás lista para mañana, para el encuentro con tu nuera...

–Oh, mierda, tengo tanto miedo que había olvidado que encima será en inglés. ¡Quedaré en ridículo al lado de Pierre y de Baptiste! Pero ¿por qué siempre tendré que meterme en situaciones imposibles, Dios mío?

El renacuajo

Rose estaba superestresada. El día que tanto había esperado durante meses había llegado por fin. La joven abuela iba a poder estrechar al diminuto bebé entre sus brazos. Olisquear su cuellecito. Mordisquearle suavemente las manitas.

En ocasiones, las mayores pruebas se resuelven con tal simplicidad que resulta desconcertante.

Como de costumbre, no había podido pegar ojo en toda la noche, demasiado impaciente y preocupada. Baptiste había simplificado las cosas: Rose y Pierre debían acudir a casa de los padres de Jessica, pero estos se hallarían ausentes. Los encuentros de uno en uno; primero Jessica y el bebé. Lo demás ya se vería más tarde. Hasta Mercurio y Júpiter estaban de acuerdo con aquella aproximación en dos tiempos.

La casa en que vivían Jessica y su familia se hallaba situada en el oeste de París, no muy lejos del Racing, el distinguido club tan apreciado por Véronique. La vivienda era gigantesca. Rose había acudido en metro y luego continuado a pie. Se encontraría con Pierre en el interior. No obstante, ante la alta verja, se dio cuenta de que le quedaba un trecho similar que recorrer a pie una vez dentro del parque privado.

Llevaba en la mano un paquetito. Su regalo para el bebé. No había querido dejar de señalar con un signo distintivo el acontecimiento. También llevaba una tontería para Jessica, pero elegirla había supuesto un auténtico quebradero de cabeza. De hecho, se había deslomado tratando de averiguar cuáles podían ser sus puntos en común, y finalmente había preparado un sencillito regalito que podría dar en el clavo.

Se disponía a llamar al interfono, que estaba equipado con una cámara de vigilancia, cuando la verja se abrió por sí sola. Rose se había codeado de cerca con familias acomodadas, pero estaba penetrando en un mundo de un

nivel superior. ¿Por qué tenía que verse confrontada con aquellas personas a las que jamás igualaría? Sea como fuere, si a su hijo y su nieto les cabía la suerte de poder aprovecharlo sin dejar de tener los pies bien plantados en el suelo, por ella estaba bien.

Cuanto más se acercaba, más desmesuradas eran las proporciones que adquiriría la vivienda. ¿De cuántas habitaciones dispondría? ¿Y cuántas personas tendrían a su servicio? Mientras subía los peldaños de la escalinata, una berlina negra estacionó a su espalda. De ella se apeó un hombre elegante y perfumado; reconoció a Pierre, vestido de punta en blanco. Esbozaba una sonrisa crispada. Y precisamente porque aquel día era tan importante para ella, estaba encantada de ver que el padre de su hijo tampoco las tenía todas consigo. Este la miró y le dijo:

—¿Preparada para conocer a «nuestra» pequeña familia?

La agarró del brazo y avanzaron juntos por el vestíbulo, donde reinaba un gigantesco árbol de Navidad, decorado con sumo gusto. Ante ellos apareció Baptiste, con una criaturita dormida en los brazos. Tenía un aspecto magnífico, tan sereno.

—Os presento a Justin —dijo el joven papá, meneando la manita del pequeño—. Sentaos en uno de los sofás. ¿Te apetece cogerlo? —propuso a su madre.

Radiante de felicidad, Rose avanzó hacia la cabecita de un rubio cobrizo. Justin se dejó tomar en brazos y al instante Rose notó que le subía un sollozo.

No debo llorar, no en el primer momento. De lo contrario, Baptiste se burlará de mí y, sobre todo, me expongo a asustar al chiquitín...

Miró a su alrededor. Pierre y Baptiste acababan de saludarse con un prolongado abrazo. El gesto de un padre, muy natural, como si la fibra paternal hubiera estado siempre ahí, latente en lo más hondo. Rodeó los hombros a su hijo con el brazo y se limitó a decir: «¡Enhorabuena, muchachote!». Resultaba hermoso verlos así; dos mundos que ella siempre había conocido separados se reunían por primera vez ante sus ojos. Para lo mejor, ya que lo peor había quedado atrás.

Rose comprendió que su vida ya no volvería a ser la misma. ¡Que definitivamente se había convertido en abuela a los 37 años! Aquel diminuto ser era perfecto, y mientras lo estrechaba entre sus brazos pensó en todas las pruebas por las que había tenido que pasar y se dijo que, para poder apreciar aquella felicidad, estaba bien que así hubiera sido. El sentimiento que la

embargaba en aquel instante era muy intenso.

Tal vez los planetas se hubieran alineado por fin. O quizá no. Ya no pensaba en las predicciones. Muy a menudo las cosas más bellas que a uno le toca vivir son inesperadas.

Baptiste reanudó la conversación con un toque de humor:

–Pierre, ¿te molesta si no te llamo «papá», sino directamente «abuelito»?... Es una broma. Estoy muy contento de que hayas venido.

Rose sonrió en silencio. No decir nada. No echarlo todo a perder. Dieciocho años y ella seguía esperando su «mamá». Pierre aún no tenía derecho a ello, y era más que normal. Había que dar tiempo al tiempo, las cosas vendrían por sí solas.

Justin olía tan bien... Rose le susurraba palabras tiernas al oído, luego se acercó a su cuello para darle enormes y sonoros besos. El pequeñín parecía sonreírle. Ella disfrutaba de lo lindo.

Al cabo de un buen rato, durante el cual la reciente abuela tenía la sensación de estar sola en el mundo con el mayor regalo que la vida pudiera ofrecerle – por fin–, se dio cuenta de que aún no había saludado a la joven mamá inglesa.

–¿Dónde está Jessica? Me gustaría mucho conocerla. Y aunque sé que todavía no estamos en Navidad, tengo unos regalitos para los tres.

–Yo también he traído una tontería –añadió Pierre–, pero, ahora que me doy cuenta, va solo destinada a ti, Baptiste.

–Esperemos a Jessica. Llegará dentro de un minuto, estaba acabando de arreglarse. ¡Mirad, ahí viene!

La joven bajaba en ese momento la escalera para reunirse con ellos en el salón. Llevaba un vestido ligero por la rodilla y se había dejado el cabello suelto, ondeando por la espalda. Realmente, era de una belleza impresionante. Tenía cierto parecido con la actriz Jessica Chastain. Normal que su hijo se hubiera enamorado de un bellezón semejante al primer vistazo. El reciente parto casi no se leía en su silueta, solo el rostro parecía algo fatigado.

Entonces, Rose le tendió al bebé y aprovechó para estrecharle cortésmente la mano, siguiendo el único consejo que su hermana, Lili, le había dado: «Con los ingleses, no demasiada familiaridad en un primer momento. Nada de besos, solo un firme apretón de manos y una sonrisa sincera. Todo ello acompañado de un pequeño presente, no es complicado».

–Jessica, como habrás adivinado, estos son mis padres: mi madre, Rose, y mi padre, Pierre. Para mí es una gran novedad verlos juntos y se me hace muy

raro. Pero realmente me alegra mucho que estéis aquí los dos –concluyó Baptiste.

–A mí también –agregó Jessica en un francés a lo Jane Birkin–. Sé hasta qué punto lo deseaba Baptiste. Gracias por haber venido.

–Un placer mutuo, sinceramente –respondió Pierre–. Tenemos unos regalitos para los tres. Nos hemos anticipado un poco a la Navidad, pero Justin no nos lo tendrá en cuenta. ¿Empezamos?

Rose entregó en primer lugar el peluche destinado al bebé. Al descubrir el conejito tan suave al tacto, Jessica dio las gracias a su suegra.

–Eso no es todo. También tengo algo para ti, Jessica, que debes abrir con Baptiste. *If I may, can I hold Justin in the meantime?* –musitó con un hilo de voz–. ¿Puedo cogerlo? –se apresuró a precisar en francés, convencida de que nadie había entendido nada.

Rose recuperó a Justin y tendió un paquetito cuadrado a Baptiste, que estaba desconcertado.

–Pero ¿desde cuándo hablas inglés así?! ¿Trabajas para una familia extranjera?

Rose se ruborizó.

–No. Como Jessica habla inglés, la abuelita debía ponerse a la altura en su honor y a no tardar en el de Justin... Además, recibí un poco de ayuda. ¿Y bien, ese regalo?

–Tiene toda la pinta de ser un libro –la pinchó Baptiste.

–¡Ábrelo y lo verás!

Baptiste deshizo el envoltorio y descubrió lo que en efecto parecía una novela. Sin embargo, al abrirla, se quedó sorprendido. Fotos, fotos y más fotos. De él. A todas las edades.

Un bebé en el baño, un niño en el tióvivo, un alumno aplicado en el banco situado delante del colegio, luego de vacaciones en el mar o incluso en un viaje a Londres delante del Big Ben, un adolescente con sus amigos Freddy, Thierry y Willy, y tiempo después, con traje, el día de su entrada en la escuela de hostelería.

–¡Ignoraba que tuvieras todas estas fotos!

–Hace mucho que lo preparé, era para el día en que cumplieras los dieciocho, lo que pasa es que no tuvimos tiempo... Pero sabía que te haría gracia. ¡Si ni siquiera recordabas ya la carita que tenías de bebé!

–Es un álbum genial. Si es posible, me encantaría tener uno también, Rose –

pidió Pierre, que estaba descubriendo a su hijo crecer página tras página.

–Pues claro, lo he dejado en casa de Lili, pero por supuesto que tengo otro para ti. Habrá que continuarlo, ahora que la familia ha aumentado.

–¡Es realmente muy amable por tu parte, Rose! –añadió Jessica.

–Hablando de recuperar el tiempo perdido, también yo tengo un regalo para ti, Baptiste. Espero sinceramente que sea de tu agrado. Hala, me callo, de lo contrario, presiento que se me escapará una lagrimita...

Baptiste agarró el sobre que le tendía Pierre. Desdobló la hoja, la recorrió con la vista y acto seguido abrió unos ojos como platos.

–Es un acta de reconocimiento de paternidad. ¿En serio? ¿Tengo padre? ¿Oficialmente?

–Sí, si estás de acuerdo, evidentemente... –añadió Pierre con timidez.

Baptiste se levantó de un salto y estrechó con todas sus fuerzas a aquel hombre al que tantas ganas tenía de dejar entrar en su vida. ¡El padre al que tanto había echado de menos!

–También nosotros tenemos algo que pedirnos, a los dos... –manifestó el joven—. Y espero que esta vez, *mamá*, no te dé un patatús. Pierre y tú tenéis un compromiso el quince de mayo próximo... ¡Jessica y yo nos casamos!

Rose esbozó una sonrisa alelada. El anuncio de la boda ni siquiera le había llegado al cerebro. Se había producido un atasco de emociones a la altura de su corazón. Ansiaba seguir anclada en aquel momento único, mágico en la vida de una madre. Su hijo acababa de llamarla «mamá» por primera vez.

Lo mejor está por llegar

Rose había acudido a casa de Pierre. Era la cena de Nochevieja y los villancicos jugaban la prórroga en la radio. Los nuevos abuelos tenían la responsabilidad de ocuparse de Justin todo un fin de semana. Ella habría preferido pasar la velada en terreno más neutral, en casa de su hermana, por ejemplo, pero Lili tenía una cita romántica.

Jessica y Baptiste habían decidido concederse un poco de tiempo en pareja, por primera vez desde el nacimiento del bebé, y habían solicitado la ayuda de los padres del muchacho. Los de Jessica se hallaban de viaje en una gira de despedida del director general por sus diversos hoteles de todo el mundo.

Rose se había puesto a los fogones y, una vez devorado el plato, Pierre le hizo un comentario que nadie le había hecho nunca:

–Mmmm, está delicioso. No recordaba que cocinases tan bien.

–Estás de broma, es un plato sencillo, ¡una simple dorada!

¡Gracias, Colette! ¡Tenías razón, hada madrina!

Después de cenar, Pierre, todo un caballero, le había cedido su cama a ella y él se había acomodado en el sofá. Le había hablado de buenos propósitos, y gustosa Rose le habría respondido que nunca había estado en condiciones de cumplir ni siquiera uno.

Plutón podía confirmarlo...

No pudo pegar ojo en toda la noche.

La prueba: las 4:53 ¡y sigo sin conciliar el sueño!

No habría podido decir si se debía a la importante tarea de ocuparse del bebé de Baptiste, a la proximidad física de su primer amor, que dormía en la habitación contigua, o a la enorme responsabilidad que aguardaba a su nuera y a su hijo a partir de ese momento.

A decir verdad, un poco de todo.

La avalancha de buenas noticias de las últimas semanas contrastaba de tal

modo con la sucesión de catástrofes del año anterior que Rose tenía la impresión de estar en un sueño. Baptiste y Jessica se habían hecho cargo de la gestión de uno de los establecimientos parisinos del padre de esta, que tenía plena confianza en ellos. Rose se daba cuenta con gran admiración del enorme coraje y audacia de que había dado prueba Baptiste para conseguir que lo aceptaran y demostrar su valor y sus aptitudes. Se sentía tan orgullosa de él...

La ventaja, en relación con la situación profesional de la joven pareja, era que ya no tendría que preocuparse por el futuro o las finanzas de su hijo, ni siquiera plantearse abandonar los estudios de enfermería, que acababa de reanudar.

Las cosas no siempre habían sido tan fáciles. Los padres de Jessica, un poco como Rose, no habían visto con muy buenos ojos el embarazo prematuro de su única hija, y su amor por «un don nadie» sin duda arribista. Al principio Baptiste y Jessica habían tenido que arreglárselas sin su ayuda. En consecuencia, el muchacho se había visto obligado a bregar a marchas forzadas para demostrar su valía en el trabajo; solo entonces los padres habían acabado por aceptarlos bajo su techo.

Rose se hallaba perdida en sus pensamientos, cuando de pronto oyó gorjear al bebé. Sin duda le tocaba el biberón, se dijo. La joven abuela chocha tomó al nieto en sus brazos. A su lado, en la cuna, estaba Conejín. Un gesto simbólico de gran valor para Rose. Cuando se puso a besuquear el cuello de Justin (aquel era el olor que prefería entre todos), llegó Pierre despacio; se había anticipado y preparado el biberón. Ella dejó que se lo diera. Mientras el bebé se deleitaba en brazos de su abuelo, sentado en la butaca del dormitorio, Rose, divertida ante la situación, comentó:

—¿No querías recuperar el tiempo perdido?

—Formamos un buen equipo, ¿no te parece?

—¡Ya lo creo!

—Podríamos volver a formar equipo definitivamente...

Rose sintió que las mejillas le ardían.

Colette había acudido, y Rose se emocionó tremendamente al verla llegar.

—¡Una boda en un jardín tan bonito no es algo para perderselo!

Las dos mujeres cayeron literalmente la una en brazos de la otra.

La decoración de los bancos y del cenador era espléndida. Laurent, el paisajista, había hecho un magnífico trabajo para adornar con flores el pequeño jardín de la azotea de Colette.

Rose estaba estresada. Todo debía ser perfecto. Aún no había visto a Pierre y se preguntaba dónde se habría metido. Al percibir su angustia, Colette fue a colgarse de su brazo para llevarla a dar una vuelta y contarle las últimas novedades. La joven necesitaba distraerse.

La hora de la consabida patada en el trasero para tratar de librarla del estrés antes del gran acontecimiento.

Muchas cosas habían cambiado en el edificio de Véronique desde la partida de Rose. Si el concepto de los vasos comunicantes existía realmente, todo indicaba que había trastornado un tanto a la familia Lupin.

Mientras que la estancia en la casa de reposo había reconciliado a Colette con el mundo exterior, las cosas eran muy distintas para su hija.

Desde que habían iniciado la edificación del centro de acogida para personas sin hogar y familias enteras acudían a diario a las construcciones prefabricadas en busca de comida, Véronique Lupin se sentía «contaminada». Solía ser presa de temblores en el sofá, que ya nunca abandonaba. Temía tanto a sus nuevos vecinos que lisa y llanamente se negaba a salir de casa.

Colette, que había vuelto definitivamente a su hogar, estaba hasta las narices de oír a su hija gemir, sobresaltarse y gritar, de manera que la mayor parte del tiempo procuraba evitarla. Se paseaba entre el jardín secreto, el parque de Batignolles, el café de Edgar y el parque del centro de salud, donde le controlaban con regularidad la tensión arterial. De ese modo madre e hija ya

no se peleaban. O casi...

Los viernes por la noche, un fin de semana al mes, la anciana recibía a una invitada especial: Rose. Los términos de su acuerdo estaban claros: divertirse. La *ex dog-sitter* se presentaba con un plato cocinado por ella a partir de una de las recetas de Colette (quien con frecuencia la reprendía por las libertades culinarias que se había tomado), y esta preparaba el postre. El único imperativo era limitarse a especialidades francesas, con el fin de satisfacer a la invitada especial a la que ambas mujeres esperaban para la ocasión: ¡una *couchsurfer* elegida por la anciana! Un cóctel explosivo.

Así, Rose seguía progresando con el inglés; al presente ya no tenía miedo de soltarse ni de cometer errores. Le constaba que se hacía entender.

Nunca invitaban a Pierre a sus veladas. Lo cual les brindaba la ocasión de hablar de él, de los cotilleos del barrio, que cada vez interesaban más a Colette —ella misma recolectaba buena parte de ellos—, de Lili y sus últimas manías, de Baptiste y del pequeño Justin, que había empezado a balbucear en ambas lenguas.

Lo más sorprendente era el apego que Colette había desarrollado por *Pitusa*. Rose reencontraba gustosa al animal una vez al mes, aunque manteniéndolo a distancia para controlar sus alergias. Ahora bien, desde el punto de vista de la alimentación, la señora Lupin no era mejor que su hija. Mientras que Rose había conseguido reestructurar las comidas de la perrita, algo más en consonancia con las necesidades caninas, Colette seguía cocinando para dos todos los días...

Y vivieron felices

En el jardín de la azotea, los invitados habían empezado a llegar. Aquella boda íntima iba a ser realmente magnífica; el sol había acudido a la cita, los invitados iban de punta en blanco, el pequeño Justin estaba adorable con su polo blanco y sus pantaloncitos beis. Y *Pitusa*, pese a lo enorme que se había puesto, había encontrado un cojín y se había derrumbado en él; al parecer, no tenía previsto hacer sus numeritos circenses...

La ceremonia estaba a punto de empezar.

Todos los presentes habían ocupado sus sitios. Evidentemente, los amigos más íntimos, los comerciantes de Batignolles, formaban parte de ese grupo. Rose permanecía de pie al lado de su hermana. Al otro lado, Pierre y Baptiste estaban en posición de firmes. Estaba nerviosa, pero se negaba a dejar que se le notara. A Lili le costaba mantener la seriedad y la pinchaba.

—¿Y si él dice «no»?

—¡No me hables de desgracias, Lili!

—¿Sabes que estoy planteándome seriamente el matrimonio?

—¿De quién? —preguntó Rose, perpleja.

—¡El mío, claro! De hecho, Edgar parece estar por la labor...

—Esto..., no corráis tanto, tortolitos, hace apenas seis meses que salís juntos. Con todos los divorcios de que te has ocupado en el bufete, ¿no se te han pasado las ganas?

—Soy más ardiente que el volcán Eyjafjalla... ¿Cómo era el dicho?

—Prueba con «¡Estoy que ardo!».

Lili le dirigió la sonrisa más falsa de su repertorio y atacó discretamente los petisúes de fuagrás.

—No era esa la idea, aunque tampoco es que sea falso. Mmm, había olvidado lo buenas que eran estas cosas. Hala, otro más y luego paro. Rose, creo que te llaman...

Baptiste hacía grandes aspavientos en su dirección mientras el pequeño Justin hacía cucú con las dos manos; parecía que indicase las salidas de socorro de un avión.

¡Qué monada de crío! De hecho, era su verdadero ojito derecho. Al que adoraba con toda su alma.

—¡Mamá, ven, es para la foto de familia!

A Rose aún se le hacía muy raro reunirse con Pierre junto al hijo de ambos. A su izquierda, Baptiste llevaba en brazos a su pequeñín, orgulloso como un pavo real. A uno y otro lado, los jóvenes abuelos. La familia de Jessica había aceptado de inmediato aquella boda discreta en Francia, puesto que de todos modos tenían previstas unas fastuosas segundas nupcias en su casa de campo privada de Inglaterra.

Haciendo gala de extrema sencillez, ¡sin duda los padres de Jessica habrían invitado a todo el palacio de Buckingham!

Para ese segundo intercambio de votos allende el canal de la Mancha, huelga decir que Rose y Pierre formarían parte de la celebración, y la joven subiría a un avión por primera vez en su vida. Le angustiaba más eso que tener que practicar la lengua de Shakespeare todo un fin de semana, sobre todo ahora que cada vez la dominaba mejor.

Pitusa daba vueltas alrededor de la tarta nupcial. Rose le dirigía miradas amenazadoras, pero la carlota de fresas preparada con sus propias manos realmente despertaba en exceso la gula de aquel verdadero vientre con patas. Que por lo demás tenía muy flaca memoria. Rose no había podido evitar elegir ese postre pensando en Véronique, que no había sido invitada, aunque tampoco andaba muy lejos. De pronto, la gruesa bola hirsuta tomó carrerilla y... cayó cuan larga era en el huerto de Colette. La perrita andaba falta de ejercicio desde que Rose tenía mejores cosas que hacer.

Entonces, Colette avanzó para lavar al lulú —los viejos hábitos no se pierden así como así—; agarró la manguera y duchó al pequeño animal cubierto de tierra. Este salió disparado a la velocidad del rayo. Rose jamás lo había visto desarrollar tamaña rapidez durante sus paseos por el barrio. Saltaba a la vista que pasar de la loca de Véronique a la un tanto chiflada Colette le había sentado bien.

Una vez concluida la sesión de fotos, Lili se acercó a su hermana y le susurró:

—¿Pierre no se siente demasiado celoso de tu peluche en la cama?

–Conejín toma distancia estos últimos tiempos, así que todo va bien.

–Al menos, esta vez no habrás olvidado informar al padre...

–¿De qué estás hablando? –replicó Rose.

–¡A mí no me la das con queso! ¿Y bien? ¿Sigues sin querer decírmelo? ¿Es niño o niña?

Rose sacó la lengua a su hermana y luego miró con ternura a Pierre, que se lo pasaba en grande con los chistes de su hijo. Con una sonrisa enigmática, se limitó a responder tocándose el vientre:

–¡Dame un respiro! Esa es otra historia...

Y para terminar...

Dado que las últimas palabras de una carta suelen ser las más hermosas, porque están escritas con el corazón, estas frases van directamente dirigidas a vosotros, lectores, pero también a alguien muy especial que podría haberme susurrado cada palabra de la presente novela.

Llevo esta historia en la cabeza desde hace mucho tiempo. Si bien determinadas ideas no cambiaron un ápice, numerosas novedades me han acompañado en la escritura de este, mi tercer libro: mi bebé, Gaspard, la cómoda banqueta de la Pâtisserie des Rêves de Milán, un fondo de música de jazz, varias porciones de tarta de limón o de roscón de Reyes, litros de agua con gas y toneladas de capuchinos con un corazón dibujado en la espuma de la leche.

En el ínterin se produjo el éxito imprevisible de mi libro *Memé dans les orties* en bolsillo, acompañado de los miles de conmovedores mensajes que me enviasteis. Podría escribir centenares de novelas gracias a todo el amor que compartís conmigo. Continúa, os lo ruego. Seguir la vida secreta de mis novelas entre vuestras manos me hace llorar y reír. Mis libros son como botellas arrojadas al mar; sé que les sobrevienen peripecias extraordinarias, pero es gracias a vuestros correos como descubro, por ejemplo, que se convierten en el primer libro de vuestra vida, el que os hizo entrar en una librería de verdad, el que leéis para hacer un dictado a vuestros hijos, el que os impulsa a reanudar la lectura o la relación con algún ser querido. Me siento emocionada y muy orgullosa de vosotros. En período de escritura no consigo responder a todos los mensajes, pero tened la certeza de que los leo absolutamente todos (disponéis de la misma dirección de correo electrónico que utilizan mi madre y mi editora para contactar conmigo, y a ambas me interesa darles señales de vida sin pérdida de tiempo).

Mi primer agradecimiento se dirige, huelga decirlo, a todos aquellos que me

acompañan en esta increíble aventura: mi marido, mis hijos, mi familia, mis amigos, mi editora, Alexandrine Duhin, los equipos de Fayard y de Le Livre de Poche, los librereros y mis adorables lectores.

La presente novela pretende ser una pausa, un agradecimiento especial, en este mundo acelerado. Una llamada a la sensatez con objeto de volver a centrarse en lo que es importante y poder decir cosas a los que realmente cuentan.

Escribí esta historia sobre la relación madre/hijo estando embarazada, y hoy mi pequeño Gaspard tiene ya diez meses y seis dientes. Crece a la velocidad de la luz. Del mayor, Jules, de casi cinco años, mejor no hablar; ya es todo un adolescente que se pasa horas en su habitación con sus libros y su música. Intento aprovechar cada instante con ellos, pero, con mi trabajo no es que resulte fácil, precisamente. ¡El tiempo pasa tan deprisa!

De manera que me pregunté: ¿qué efecto me producirá cuando mis polluelos abandonen el nido, cuando sepa que solo me quedan unos meses que pasar con ellos bajo mi techo? ¿Y si se anticipan a mis previsiones y se van de casa antes de que esté preparada? Se trata de una experiencia que todavía no he vivido, pero por la que sí pasó una persona muy querida para mí.

Debo mucho a mis padres, sobre todo por los valores sencillos que me transmitieron, y cada historia que me conmueve y que comparto con vosotros ha nacido de la educación que se preocuparon de darme.

Al igual que Baptiste, jamás llamé «mamá» a mi madre. Todo sucedió de la manera más tonta: también ella fue una niñera que quiso hacer bien las cosas y no deseaba privilegiar a su hija en relación con los demás renacuajos.

A ella dedico esta historia de amor maternofilial y de segundas oportunidades.

Gracias por haberme educado bien, por haber procurado que a mi hermano y a mí no nos faltara de nada (de hecho, sin duda es por eso por lo que él sigue okupando la casa), por haberme responsabilizado muy pronto (un arma de doble filo, ¡es algo que forja un carácter endiablado!), por haberme inculcado el sentido del dinero, así como el de la importancia de dar o recibir una buena educación.

Dado que hay cosas que resultan más fáciles de escribir que de decir, querría disculparme por todo lo que no te he dicho. Perdón por no haber estado tan disponible como habrías deseado, por haberme ido a vivir lejos, por tenerte despierta porque todavía te preocupas por mí; perdón por no ser lo

bastante paciente, por reprenderte cuando dices «agua que pica», por pasar poco tiempo en vacaciones contigo o por darte a veces la impresión de que habría deseado una vida más bella.

He crecido, soy madre, y ahora soy yo quien dice «agua que pica» (hasta cuando no están los niños). De manera que ten presente que esta novela es también la historia de una segunda oportunidad, un recordatorio sobre el hecho de que no hay que tirar la toalla, aunque siempre veas el vaso medio vacío. ¿Y si hubiera una vida después del objeto transicional para mamás?

Hace unos días, mi hijo mayor, Jules, de cuatro años y medio, me enseñó el ombligo y me preguntó si también yo tenía uno. Estaba intrigado sobre su utilidad. Me disponía a contestarle de una manera «muy prosaica», cuando de repente se me antojó más bonito limitarme a decirle: es para que conserves una huella de tu mamá, siempre contigo, incluso cuando no está presente.

Gracias por todo, mamá.



MAEVA

Título original: *Minute, papillon!*

© Aurélie Valognes, 2017

Publicado por primera vez por Nagarine/Librairie Arthème Fayard

© De la traducción: Rosa Alapont, 2018

© MAEVA EDICIONES, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

Diseño de cubierta: Elsa Suárez

MAEVA defiende el *copyright* ©.

El *copyright* alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores.

Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del *copyright* y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que MAEVA, continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN ebook: 978-84-17108-67-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

Maeva en digital

Para saber más sobre las últimas novedades, noticias, próximos lanzamientos o nuestros puntos de venta visita:

www.maeva.es

Maeva Ediciones en las redes sociales

